

*Lehrbuch für
Frauen*

SERAINE 18

Fol 92

LOS PRECEPTOS

DEL MATRIMONIO



PARIS

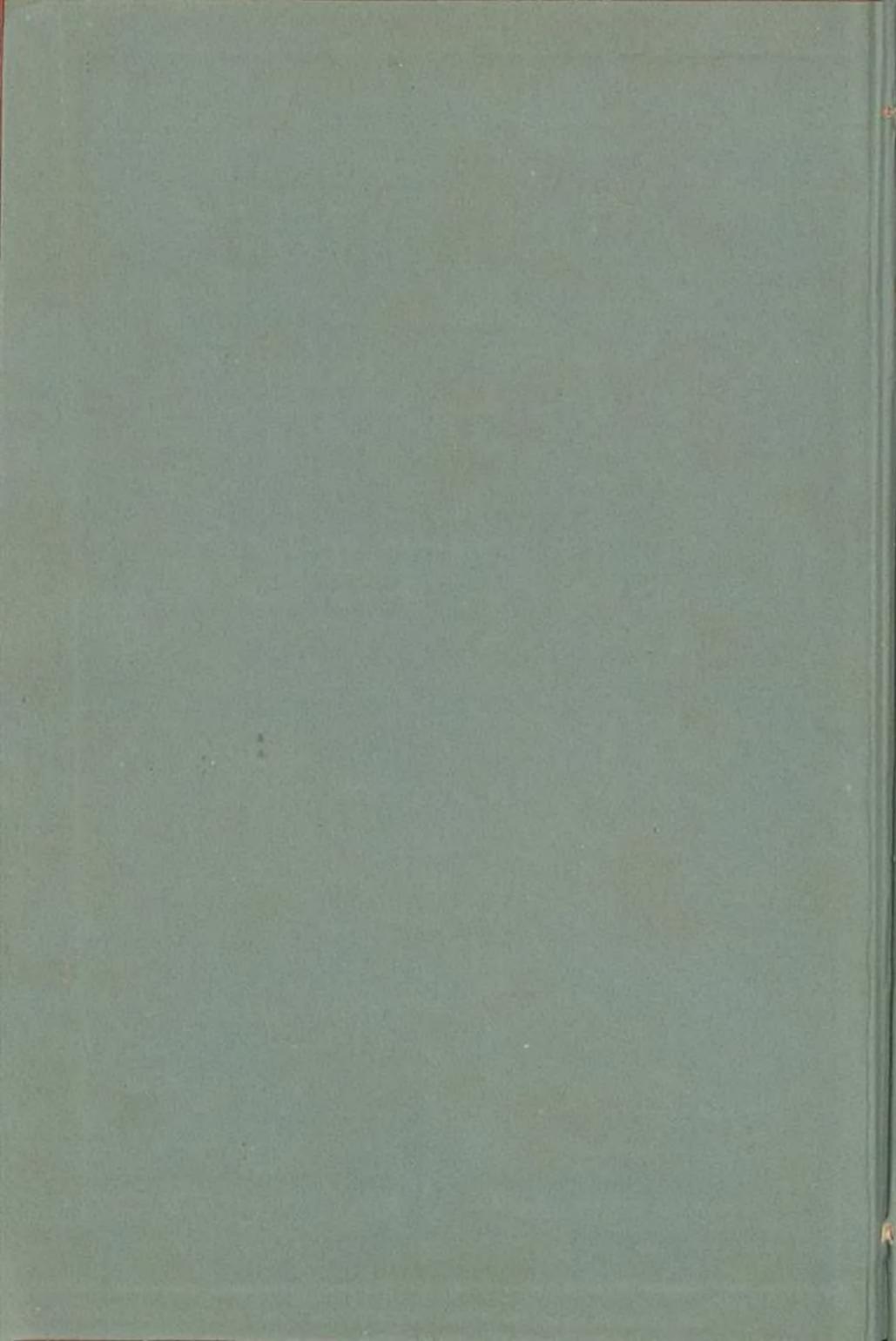
LIBRERIA DE CH. BOURET

23 CALLE VISCONTI 25

MEXICO

LIBRERIA DE CH. BOURET

18 CALLE SAN JOSÉ EL REAL 17



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE EAST ASIAN LIBRARY

LOS PRECEPTOS
DEL MATRIMONIO

~~77-1~~

07-2

LOS PRECEPTOS
DEL MATRIMONIO

TRADUCIDOS DEL GRIEGO DE PLUTARCO

AL FRANCÉS

POR

EL DR L. SERAINE

SEGUIDOS DE UN

ENSAYO SOBRE EL IDEAL DEL AMOR
DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA

—
OBRA TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA CUARTA EDICION FRANCESA

—
POR LORENZO ELIZAGA
—



PARIS

LIBRERIA DE CH. BOURÉT

23, Calle Visconti, 23

MEXICO

LIBRERIA DE CH. BOURÉT

18, Calle San José el Real. 18

1878

Propiedad del Editor.

Ante el Editor

Keyed for 92 see loc 18

PREFACIO

« No conozco tratado de moral mas juiciosa y mas pura que los preceptos de Plutarco sobre el matrimonio, y creo que toda madre tierna y prudente deberia copiar este capítulo con sus propias manos para ponerle en las de su hija desde la edad de quince años, para que le estudiase particular y profundamente. Estos preceptos son tan verdaderos, tan justos, tan bien dichos; encierran tanta lealtad é imparcialidad tanta, que es imposible que un alma honrada no se sienta penetrada de ellos y no haga el juramento tácito de observarlos.

« Este fragmento de las obras de Plutarco deberia imprimirse separadamente y hacerse popular.

— Su moral será siempre de todos los tiempos y de todas las épocas (1). »

Es imposible, en efecto, no pensar de esta pequeña obra maestra del filósofo de Queronea todo el bien que de ella dice la señora Adanson, en las bellas palabras que acabamos de citar, y hemos creído hacer una buena acción conformándonos al voto que expresan. Pero al tratar de hacerla popular aprobamos de todo corazón el consejo dado á la « madre tierna y prudente, de copiarla con sus propias manos para ponerla en las de su hija. » Además de la autoridad y la consagración nueva que una mano venerada le agregará al imprimirle su huella, la delicada previsión maternal sabrá distinguir lo que no puede convenir á su hija y que es preciso borrar.

La educación tiene por objeto ilustrar, dirigir ó reformar todas las tendencias, todas las necesidades que el Soberano Ordenador de las cosas ha colocado en nosotros. El amor es, de todas nuestras pasiones, la más poderosa para el bien ó para el mal : en el orden natural, está destinado á vivificar todo nuestro ser, y no hay inclinación más imposible de destruir, porque es el principal resorte de la vida hu-

(1) *Pensamientos*, por la señora Aglaé Adanson. — Paris, 1845.

mana, nuestro medio mas poderoso para elevarnos á Dios. Pero es preciso ilustrar esa necesidad de amar, mostrándole su objeto supremo; juiciosas lecciones deben hacernos conocer de antemano ese huésped divino, que debe fatalmente, á la hora señalada, venir á habitar en nosotros; y el silencio sistemático que se guarda sobre este asunto es una falta grave y perniciosa. Hoy, las madres mas previsoras obran sobre este punto á la manera de aquel artista de la antigüedad que queriendo pintar el sacrificio de Ifigenia y desesperando de la habilidad de su pincel, veló la cara de Agamenon : se callan.

Es tiempo de que se comience á comprender que un tratado del amor es uno de los mas importantes capítulos de la moral, y que en la calma de la razon, enseñar á conocerle bajo su verdadero aspecto es prevenir muchos peligros que la ignorancia no podría apartar. « Debiendo las mujeres, tarde ó temprano, adquirir el conocimiento del amor, hay ménos peligro, dice un escritor de nuestra época, en exponer su inocencia á la edad en que su persona no puede tomar parte, que en dejar á la casualidad el cuidado de dar esas lecciones en el tiempo en que la belleza física es susceptible de servir de caucion á las adquisiciones de la experiencia. » El amor es un sentimiento que no

puede despertarse con palabras marcadas de conveniencia y de pureza; nada puede excitarle en nosotros mas que su objeto. No es posible, pues, desear que llegada la hora, el objeto del amor nos sorprenda desprevenidos, llenos de ignorancia, y por decirlo así, desarmados.

Al escribir este pequeño tratado de moral, Plutarco se inspiró en las ideas de su tiempo y de su país; no hay, pues, que asombrarse de que se dirija especialmente á la mujer para trazarle deberes severos y rigurosos. Si un filósofo moderno emprendiera escribir nuevos preceptos sobre el matrimonio, hoy que la doctrina del Evangelio ha cambiado la condicion de las mujeres y destruido la opinion injusta que la antigüedad profesaba á su respecto, impondria seguramente al esposo y á la esposa deberes mas iguales, y enseñaria la doctrina que se encuentra en estas palabras de san Jerónimo :

« Las leyes de Jesucristo y las de los emperadores no son semejantes ; entre nosotros, lo que se manda á las mujeres está mandado á los hombres. En condiciones iguales, igual es la obligacion. »

Tenemos bastante confianza en el lector para no dudar que en algunos puntos sabrá enmendar la moral de Plutarco, tener en cuenta la diferencia que existe entre nuestra época y aquella en que él

escribia, y volver á la mujer su merecido lugar en la pareja humana.

No solamente, segun la expresion de la señora Adanson este pequeño tratado encierra la moral mas juiciosa y mas pura, sino que como obra de arte, es una de las mas perfectas de Plutarco, « ese divertido historiador, como dice Courier, que brilla sobre todo por el estilo, al que da tanta importancia, que haria ganar á Pompeyo la batalla de Farsalia, si esto pudiera dar un poco de redondez á su frase. »

Primero habiamos pensado en publicar la traduccion de Amyot; pero el buen Amyot mas bien ha hecho de nuevo la obra de Plutarco al estilo y al gusto de Montaigne, que traducidola, y el viejo frances del gran capellan de Carlos IX, aunque muy lleno de una gracia y de un encanto inimitables, es algunas veces confuso, difícil de comprender, y casi en todas partes de una crudeza de expresiones con que no se aviene ya la castidad de nuestros oidos. Habria sido preciso retocar ese estilo medio galo y purificarle; solo Paul-Louis Courier ha podido intentar la empresa y llevarla á cabo con buen éxito. Hemos creído, pues, mas conveniente hacer una traduccion nueva, en la cual, al mismo tiempo que esforzándonos en permanecer fieles al texto griego, hemos tratado principal-

mente de interpretar de una manera clara, el espíritu y el sentido de nuestro autor.

¡Ojalá no hayamos quedado muy léjos del objeto!
¡ojalá sobre todo que la moral pura y verdadera de este libro toque los corazones, y purificándolos y elevándolos, haga para todos, de esa divina institucion de la familia, una fuente inagotable de paz y de felicidad!

LOS PRECEPTOS DEL MATRIMONIO

PLUTARCO

á Poliano y á Euridice

Ahora que la sacerdotisa de Cérés, uniéndoos con los lazos del matrimonio, os ha sometido á la ley de la patria, será bueno y útil, ¡oh discípulos amados! que me escuchéis con atención. Inspiradas por el espíritu de esa ley, mis palabras serán propias para fortificar vuestra unión y hacerla venturosa y duradera. Nada hay, en efecto, mas hermoso y mas importante que los consejos por medio de los cuales hace la filosofía amables el uno para el otro á los que se unen para vivir felizmente juntos todos los dias de su vida. He reunido estos consejos de la sabiduría, en forma de cortos preceptos, á fin de que mas fácilmente encuentren un lugar en vuestra memoria, y os los envío como regalo de boda, rogando á las Musas acompañen á vuestro lado á la diosa Vénus, y le presten su ayuda. Porque tan digno es de ellas establecer con

juiciosos discursos la buena armonía entre los esposos, como acordar el arpa ó la lira.

Los antiguos colocaban á Mercurio al lado de Vénus, y de esa manera querian dar á entender que solo las buenas y dulces palabras pueden hacer agradable el matrimonio. Les agregaban tambien á la Persuasion y á las Gracias á fin de enseñar á los esposos que jamas deben recurrir á las querellas y á las riñas para obtener el uno del otro lo que desean, sino solamente á la dulzura y á la afabilidad.

I

Solon ordenaba que ántes de habitar con su marido la mujer comiera membrillo, queriendo hacer comprender, y con razon, que una esposa debe agradecer y hacerse amar primeramente por el encanto de sus palabras.

II

En Beocia se coloca una corona de espárragos silvestres en el velo de la recién casada, porque en un tallo erizado de espinas, esta planta da un fruto muy dulce.

Sucede lo mismo con una joven esposa : el marido que no se desanima desde el principio adquiere muy pronto (y para toda la vida), á costa

de algunos cuidados y de ligeras dificultades, una compañera llena de amabilidad y de dulzura. Es tan necio no saber soportar algunas contrariedades de parte de una jóven, como rehusar uvas maduras porque alguna vez ofendieron el labio las uvas verdes. Y así mismo, una recién casada que, al primer disgusto, se alejara de su esposo, mostraría tan poco juicio como si por haber sido picada por una abeja, rechazara una torta de miel.

III

Importa evitar con cuidado las disensiones y las ofensas, muy especialmente en los primeros días del matrimonio. Las diversas partes de un vaso compuesto de varias piezas se separan con facilidad cuando están recién agregadas, y por el contrario, apenas pueden el hierro y el fuego desunir las juntas afirmadas por el tiempo.

IV

La paja y las estopas se inflaman fácilmente, pero su fuego se apaga tan pronto como se enciende, á ménos que no se le agregue una materia propia para alimentarle y conservarle.

Si el amor de los jóvenes casados no está excitado mas que por la belleza del cuerpo, no puede

haber ni estabilidad ni duracion. Es preciso que tenga su fuente en el corazon y que una las almas, para producir un afecto duradero.

V

El pez se deja coger fácilmente con los cebos envenenados, pero entónces se convierte en un alimento peligroso. Sucede lo mismo con las mujeres que para seducir á los hombres y hacerlos caer en su poder, recurren á los artificios de la voluptuosidad; se dan por compañeros de toda su vida séres embrutecidos y corrompidos. La encantadora Circe no se aprovechó de los que habia cambiado en bestias; los despreció luego que estuvieron metamorfoseados de aquella manera; pero amó apasionadamente al prudente Ulises, que al lado suyo habia sabido conservar su prudencia y resistir al peligro de sus encantos y de sus pérfidas caricias.

VI

Una mujer que prefiera mandar á un marido desprovisto de sentido y de razon, mejor que aceptar los consejos de un esposo juicioso y razonable, se parece á los que prefieren conducir ciegos en vez de seguir á guías experimentados y previsores.

VII

Las mujeres no quieren creer que Pasifae, que tenia á un rey por esposo, se haya enamorado locamente de un toro; y sin embargo, se ve muchas de ellas que desdeñan el afecto de maridos honrados para entregarse á libertinos.

VIII

Hay hombres á quienes la debilidad ó la cobardía impiden lanzarse sobre sus caballos; no saben mas que enseñarlos á bajarse y arrodillarse ante ellos. Los hay tambien que casados con mujeres bien nacidas y de una gran nobleza de corazon, las abajan y las dominan, en lugar de tratar de elevarse hasta ellas y asemejárselas. Es preciso que ante el jinete el caballo guarde su altura natural, y que para su marido conserve la mujer toda su dignidad.

IX

Miéntas mas distante del Sol se haya la Luna, tiene mas brillo y mayor luz; y se oscurece á medida que se acerca á él. Por el contrario, una mujer

honrada solo debe brillar al lado de su marido, y, en su ausencia, es de su obligacion guardar la casa y permanecer allí oculta.

X

Las mujeres, al dejar sus vestidos, no abandonan toda modestia, como lo pretende Herodoto; la esposa casta, por el contrario, se cubre entónces con su pudor como si fuera un vestido. El respeto mútuo de los esposos es la prueba y la medida de su amor.

XI

El acuerdo de dos tonos toma siempre su nombre del tono mas grave. Así, en un matrimonio bien arreglado todo se hace de comun acuerdo, pero todo parece ejecutarse segun los designios y la voluntad del marido.

XII

El Sol, dice la fábula, fué mas poderoso que Bóreas. En efecto, miéntas mayor era la violencia con que soplabá el viento esforzándose en arrebatá la capa del viajero, mas la estrechaba este contra sí mismo y con mayor fuerza la retenia.

Pero cuando habiendo cesado el viento, hizo el Sol sentir el ardor de sus rayos, el viajero se quitó al mismo tiempo su túnica y su capa. Las mujeres obran de un modo semejante : se enfadan y resisten á sus maridos cuando quieren oponerse violentamente á su gusto por el lujo y por los vanos gastos; pero, si mas sabios y mas prudentes, recurren ellos á la dulzura y á la persuasion, ellas hacen por sí mismas el sacrificio de sus fantasías y se avienen de buena voluntad á una vida simple y modesta.

XIII

Habiendo un senador abrazado apasionadamente á su mujer en presencia de su hija, Caton le expulsó del senado. Si la decencia prohíbe á los esposos darse públicamente pruebas demasiado íntimas de ternura, ¿no les prohíbe con mayor razon, injuriarse y reñir? En el matrimonio es preciso que las muestras de afecto permanezcan ocultas; y las advertencias, las reprimendas y los consejos deben quedar secretos.

XIV

Nada vale un espejo si no hace ver la verdadera imágen de los objetos; y ni el oro, ni las piedras preciosas de que puede estar adornado, podrian hacerle bueno y útil. Las riquezas tampoco bastan

para que una mujer sea amada, si al mismo tiempo ella no arregla sus gustos por los de su marido, y si no considera como una felicidad ordenar su vida conforme á la voluntad y á los deseos de este. El espejo es malo é infiel si da un semblante sombrío al que es alegre, ó una fisonomía risueña al que tiene el aspecto triste y apesadumbrado; y la mujer es desagradable si cuando su marido quiere procurarse algun entretenimiento, pone mala cara, ó si quiere reir y embromar cuando él se ocupa en negocios importantes. Una mujer debe arreglar sus costumbres conforme á las de su esposo, y participar con él las ocupaciones serias, los pensamientos graves y los placeres.

XV

Los maridos que no se cuidan en manera alguna de hacer agradable la vida á sus esposas y que se rehusan á hacer partícipe á la compañera de sus penas de las diversiones á que se entregan, les enseñan de esa manera á buscar en otra parte el placer y la felicidad que ellas no encuentran en su casa.

XVI

Cuando agrada la música á los reyes, su reino produce muchos músicos; muchos literatos, si prefieren las letras; y si tienen gusto por los com-

bates de atletas, sus súbditos se dedican á los ejercicios corporales. Lo mismo cuando un hombre ama el atavío, inspira á su mujer la afición á los ornamentos del cuerpo; si se abandona á los atractivos de los placeres sensuales, ella se vuelve frívola, coqueta, y adquiere las costumbres de una cortesana; pero si él tiene la pasión de lo bello y de lo bueno, la hace semejante á sí, es decir, virtuosa.

XVII

Se preguntaba á una jóven Lacedemonia si se habia acercado á su marido : « Nó, respondió ella; pero él se ha acercado á mí. » Así es como debe conducirse una esposa honrada y púdica. Provocar las caricias, es, como la cortesana descarada, olvidar todo pudor; evitarlas ó recibirlas de mala gana, es carecer de gracia y de amor y dar una prueba de indiferencia ó de desden

XVIII

Una mujer casada no debe tener amigos particulares, sino que entre ella y su marido los amigos deben ser comunes. Siendo los dioses los primeros y los mejores amigos que puede tener un hombre, una mujer no debe reconocer y servir mas que á los que venere su marido.

XIX

Segun Platon, la ciudad se halla tanto mejor ordenada y es mas feliz cuanto mas raramente se oye decir : « Esto es mio, aquello es tuyo ; » porque entónces cada uno usa con libertad de todo lo que necesita. En ninguna parte deben ser pronunciadas esas palabras ménos que en la sociedad conyugal. Segun dicen los médicos los golpes dados en el lado izquierdo se resienten igualmente en el lado derecho ; así el marido y la mujer deben resentir en comun todos los golpes de la fortuna á fin de que, como los nudos sacan su fuerza del entrelazamiento de las dos extremidades, un mutuo cambio de afecto y de benevolencia sea el inquebrantable apoyo de la union de los esposos. La naturaleza ha querido que para transmitir la vida no formásemos mas que un solo sér, y que en el niño estuvieran representados el padre y la madre de tal suerte, que fuese imposible discernir en él lo que proviene del uno ó del otro. Importa pues muy especialmente en el matrimonio poner todas las cosas en comun, á fin de que uno de los dos esposos no goce de aquello de que el otro se veria privado. Cualquiera que sea la cantidad de agua que mezclamos al vino, conserva siempre el aspecto y el nombre del vino : la fortuna y los bienes de la casa tambien deben llevar siempre el nombre del marido, áun cuando la mayor parte de esos bienes provenga de la mujer.

XX

Elena tenia la pasion de las riquezas, y Páris se abandonaba á las voluptuosidades; Ulises era prudente y Penélope casta; así es que el matrimonio de estos fué dichoso y digno de envidia, miéntas que la union de los dos primeros atrajo sobre la Grecia y la Asia una Iliada de males.

XXI

Un Romano, á quien sus amigos vituperaban haber repudiado á su esposa, cuya virtud igualaba á su hermosura y á sus riquezas, extendió el pié y les dijo : « Este calzado tambien es elegante y bien hecho; me lastima, sin embargo, y ninguno de vosotros podria decir en qué sitio! » Para hacerse amar las mujeres no deben, pues, contar ni con su fortuna, ni con su nacimiento, ni con su belleza, sino solamente con su habilidad para penetrar cada dia mas en el corazon de sus maridos, mostrándose para ellos, á cada instante, amables, graciosas y obsequiosas. Las enfermedades engendradas por causas ocultas que obran poco á poco, son consideradas por los médicos mucho mas peligrosas que las que nacen bajo influencias sensibles y manifiestas; así mismo nada turba mas profundamente la felicidad doméstica y desune mas á los

esposos que los pequeños disgustos diarios : renovándose sin cesar, destruyen la buena armonía del matrimonio y cambian en amargura toda la dulzura de la vida conyugal.

XXII

El rey Filipo de Macedonia se enamoró de una Tesaliense que fué acusada de haber recurrido á las influencias de la hechicería para ganarse el corazón del monarca. La reina Olimpia mandó conducir aquella mujer á su presencia, y viendo que no solamente era de una rara hermosura, sino que brillaba tambien por tanta discrecion como gracia : « Atras las calumnias, le dijo, porque bien veo que todos vuestros sortilegios están en vuestra persona ! » Puesto que la buena gracia tiene tanto poder cuando está unida á la decencia, ¿quién, pues, podría arrebatár el afecto de su marido á la mujer bastante juiciosa para colocar así en sí misma, su dote y su nobleza y áun el mismo cinturón de Vénus?

XXIII

Otra ocasion, sabiendo que un jóven de la córte se acababa de casar con una mujer de gran belleza, pero de mala reputacion, Olimpia exclamó : « Si hubiera tenido buen sentido no se hubiera casado nunca solamente segun sus ojos. » En efecto, no

deben tomarse los ojos por guías en el matrimonio, porque no podrian sondear el corazon, y lo que importa saber, no es cuanto tiene de dote una mujer, sino si posee todas las cualidades esenciales á nuestra felicidad.

XXIV

« Aconsejad á los jóvenes, decia Sócrates, si son feos, que corrijan su fealdad con la virtud; si son hermosos, que no manchen su belleza con el vicio.» Una mujer sensata debe aprovechar esta leccion, y decirse, si es fea : « ¿Qué será, pues, si tambien carezco de pudor? » Y si es bella : « ¡Cuánto no aumentaré mis encantos con la virtud! » Porque es mas glorioso ser amado por las bellas cualidades del alma que solamente por los atractivos del cuerpo.

XXV

Habiendo enviado Dionisio, tirano de Sicilia, joyas y trajes preciosos á las hijas de Lisandro, rey de Esparta, éste los rehusó : « Semejantes presentes, dijo, darian á mis hijas mas vergüenza que honor. » Antes que Lisandro, Sófocles habia dicho tambien :

« Hombre frívolo y vano, ese falso atavío deshonra al mismo tiempo tu corazon y tu razon. »

Es que nada, en efecto, puede ataviar mejor á

una mujer que su dignidad, su modestia y su virtud; y ni el oro, ni la púrpura, ni las pedrerías serian capaces de reemplazar esas cualidades tan preciosas.

XXVI

Cuando se hacen sacrificios á Juno nupcial, se arranca la hiel del cuerpo palpitante de la víctima y se arroja al pié del altar. Instituyendo esta ceremonia se ha querido dar á entender que en el matrimonio jamas debe haber ni cólera ni ofensivos reproches. Seguramente que una madre de familia debe ser seria y reflexiva; pero, sin embargo, es bueno que la austeridad de su carácter sea, como la del vino, útil y agradable, y no dura y repugnante como la del aloé.

XXVII

Pareciéndole á Platon que el filósofo Xenocrates tenia costumbres demasiado severas, le exhortaba á sacrificar á las Gracias. Una mujer honrada debe tambien unir la amabilidad á la virtud, « á fin, dice Metrodoro, de hacer feliz la vida de su marido, y de no hacerle detestar su juicio. » La economía no debe conducirla á descuidar el aseo de su persona; y es preciso que no apele á la sinceridad de su amor para dispensarse de ser afable

y cariñosa; porque la falta de amabilidad hace á la virtud odiosa, como el desaseo hace aborrecer la economía.

XXVIII

Una mujer que no se atreve á sonreír á su marido, ó á entregarse en su presencia á la felicidad y á la alegría, temiendo parecer atrevida y sin decoro, no difiere de la que por temor de ser acusada de usar perfumes y afeites, dejara de lavarse la cara ó de cuidar su cuerpo. Los poetas y los oradores que quieren conmovier y encantar á quienes los escuchan se empeñan en no expresar mas que sentimientos naturales. A su ejemplo, una honrada madre de familia evitará la coquetería y desdeñará las superfluidades del lujo y del tocador. Mas juiciosa y mas sensata, cifrará toda su felicidad en agradar á su esposo por la dulzura de sus costumbres, por una vigilancia llena de ternura en los cuidados ordinarios de la vida, y estudiará la manera de excitar en su corazón el amor de todo lo que es noble y hermoso. — Sin embargo, si sucede que la virtud y las buenas cualidades de una mujer están acompañadas de excesiva austeridad y rudeza, su marido debe soportarla con paciencia. «No podriais tenerme á un mismo tiempo por amigo y por adúlador, » respondió un dia Focion á Antipater, que le pedía una cosa indigna de un hombre honrado. Es preciso que el marido de una mujer virtuosa sepa decir lo mismo: « Ella no puede ser al mismo tiempo mi esposa y mi querida. »

XXIX

En otro tiempo las leyes de Egipto prohibían á las mujeres llevar calzado, á fin de obligarlas á permanecer siempre en su casa. Hoy, para hacerlas quedarse bastaría quitarles los brazaletes, los collares de perlas, y los trajes de púrpura.

XXX

Un dia, Teano (1), al ponerse su vestido dejó ver su brazo : « ¡Oh! ¡qué brazo tan bello! exclamó uno. — Sí, respondió ella, pero no conviene que lo vea todo el mundo. » Una mujer honrada debe, no solamente velar su cuerpo, sino también no hablar mas que con mesura y discrecion, absteiniéndose con tanto cuidado de faltar á la reserva en sus discursos como de descubrir su cuerpo; porque, por mil indicios, nuestras palabras revelan nuestros gustos, nuestras costumbres y nuestras afecciones.

(1) Teano era esposa de Pitágoras. A una mujer que le preguntaba cuánto tiempo se debia emplear en purificarse para tomar parte en los misterios de Céres y de Proserpina, despues de haber habitado con un hombre, le respondió : « Si es el vuestro, estais pura en el mismo instante; si es otro, no lo estareis jamas.

XXXI

La Vénus de Elida, obra de Fidias, tenia el pié sobre una tortuga, para dar á entender que la mujer no debe salir de la casa, sino permanecer en ella en silencio. Es conveniente que una esposa no hable mas que á su marido ó por medio de su marido; no debe desagradarle no hacerse oír, sino, como la flauta, por boca de otro.

XXXII

Honrando á los filósofos y á los literatos, los reyes y los ricos se honran á sí mismos; pero los filósofos y los escritores que hacen la corte á los grandes y á los poderosos pierden la estimacion pública y se cubren de vergüenza sin honrar á los que inciensan. Por la misma razon, las mujeres que se someten á sus maridos son dignas de alabanza; y muy al contrario, las que quieren dominarlos se atraen, con justicia, mas desprecio que las que sufren su yugo. El marido debe mandar á la mujer; no como un déspota á su esclavo, sino como manda el alma al cuerpo, al que está intimamente unida, y con quien divide todas las afecciones. Ahora bien, como el alma puede muy bien velar sobre el cuerpo sin avasallarse á sus voluptuosida-

des y á sus deseos sensuales, bien puede el marido ejercer su autoridad sin dejar de ser afable y complaciente para su mujer.

XXXIII

Segun dicen los filósofos, los cuerpos compuestos son de várias clases : unos están formados de partes distintas y separadas, como una flota ó un ejército; otros de partes que se tocan y están ligadas entre sí, como una casa ó un buque; otros, en fin, de partes unidas desde el nacimiento, creciendo y viviendo juntas, y formando un solo todo, como son los cuerpos de los animales. El matrimonio puede compararse á esos diferentes géneros de union, porque es tambien de muchas especies. Si los esposos se aman tiernamente, el matrimonio se parece á la union de los elementos diversos de los cuerpos vivientes; si le ha determinado la dote ó el deseo de las voluptuosidades sensuales, es análogo á los cuerpos cuyas partes no hacen mas que tocarse; pero si sin amistad el uno para el otro, los esposos no tienen entre sí mas lazo que una habitacion comun, su union solo puede compararse á los cuerpos cuyas partes son distintas : en lugar de la fusion de dos existencias, no hay mas que el uso de una misma morada. En el matrimonio, bienes, parientes, amigos, todo debe ser comun, y eso con una realidad comparable solamente á la íntima mezcla de los cuerpos líquidos. Grande era, pues, la sabiduría con que las

leyes romanas se oponian á que el marido y la mujer se diesen mutuamente alguna cosa, no para impedir que el uno participase de los bienes del otro, sino porque consideraban con razon todas las cosas como si les fueran comunes.

XXXIV

Era costumbre en la ciudad de Leptis, en Libia, que la recién casada, al día siguiente de sus bodas, enviase á pedir una marmita á la madre de su esposo. Esta la rehusaba; y por esta negativa la jóven sabia, desde el primer día de su matrimonio, que la suegra tiene siempre algo de la madrastra; á fin de que si mas tarde tenia serios disgustos con ella no la sorprendiesen ni la turbasen. Una jóven casada debe, pues, evitar dar pretexto alguno á esa mala disposicion que no es otra cosa que los celos de una madre por la amistad de su hijo, y empeñarse en ganar el corazón de su marido, sin tratar de desviar ó de disminuir en nada el afecto que debe profesar á su madre.

XXXV

Si las madres tienen ménos afecto á sus hijas que á sus hijos, parece que es por presentimiento del apoyo que tal vez un día encontrarán en ellos; y los padres, manifestando mas ternura por sus hijas, parecen guiados por la necesidad que ellas

tienen de su auxilio. Tal vez tambien en razon de su amor recíproco, el uno prefiere lo que mas se parece al otro, á fin de darse mutuamente una nueva prueba de afecto. Sea de ello lo que fuere una jóven da siempre pruebas de un gran juicio cuando manifiesta mas inclinacion á honrar á los padres de su marido que á los suyos propios, y si, cuando sufre algunos sinsabores domésticos, los escoge por sus confidentes preferidos. De esa manera se atrae su confianza dándoles la suya propia, y gana su afecto con el amor que les profesa.

XXXVI

Los capitanes del ejército de Ciro recomendaron á sus soldados que si los enemigos los atacaban gritando los recibieran en silencio; y que si, por el contrario, se presentaban sin decir una palabra, dieran grandes gritos en el momento del combate. Las mujeres sensatas obran lo mismo: cuando sus maridos, arrebatados por la cólera, gritan, juran y truenan, ellas guardan silencio; si por el contrario, encierran en sí mismos sus cuidados y sus penas, ellas los calman y los consuelan con la dulzura y la amenidad de sus palabras.

XXXVII

Eurípides critica con razon el uso de la lira durante la comida; porque se debe reclamar el

auxilio de la música para apaciguar la cólera ó moderar el dolor, y no para excitar mas á los que ya se abandonan á la voluptuosidad. Seria caer en semejante error, ¡oh amigos míos! el no dormir juntos en la misma cama sino en los momentos de buena armonía, é ir á descansar cada uno de vosotros por su lado cuando esa armonía da lugar á algun mal humor, porque nadie es mas hábil que la diosa Vénus para curar tales males, como nos lo enseña Homero por boca de Juno :

« Voy á juntarlos con el atractivo del placer y á terminar al fin demasiado largos disgustos. »

XXXVIII

Siempre y en todas partes preciso es que los esposos eviten ofenderse ; pero deben hacerlo sobre todo cuando están juntos en la misma almohada ; seria difícil, en efecto, encontrar tiempo y ocasion en que pudieran apaciguarse las discordias, los disgustos y las cóleras que nacieran en ese asilo del reposo y de la ternura.

XXXIX

Hermiona ha dicho con razon :

« Dando demasiado acceso á mujeres perversas, he causado toda mi infelicidad. »

Esto sucede no solamente cuando son admitidas

en una casa mujeres perversas, sino sobre todo cuando penetran en ella en el momento en que alguna discordia ó algun acceso de celos les abre, con las puertas, el espíritu y el corazón. Entónces una mujer juiciosa y honrada debe cuidadosamente guardarse de su charla, porque, á no dudarlo, envenenaria el mal, con tanta seguridad como el aceite anima el fuego. Téngase, pues, presente en la memoria la respuesta de Filipo de Macedonia á sus amigos que le excitaban contra los Griegos, que le calumniaban despues de haber sido colmados de sus beneficios : « ¿Y qué seria, respondió este príncipe, si yo les hiciera mal? » Por consiguiente, cuando esas lenguas pérfidas digan á la esposa : « ¡Qué! vuestro marido os hace sufrir semejantes afrentas y tan injuriosos tratamientos, á vos, cuyo amor y cuya virtud conoce? — ¿Qué no me haria, responderá ella, si ultrajándole, le diera yo justos motivos de queja y de descontento? »

XL

Un señor perseguia á uno de sus esclavos que se habia fugado, y este se precipitó en un molino (1). « ¡Miserable! le dijo el amo alcanzándole, en ningun otro lugar habria yo preferido encontrarte. » Una mujer que por celos está á punto de separarse de

(1) En Grecia existia la costumbre de castigar á los esclavos enviándolos á moler al molino, porque era el mas penoso de todos los trabajos.

su marido y que se halla afligida, debe decirse tambien : « ¿En qué estado tendria mayor placer en verme la que me pone celosa, que abismada en tal dolor, y á punto de abandonar mi casa y el lecho conyugal? »

XLI

Los Atenienses hacen tres labores sagradas : la primera en la isla de Siros, en memoria del muy antiguo descubrimiento del arte de cultivar la tierra; la segunda en el lugar llamado Raria, y la tercera muy cerca de la ciudad, en honor de la invencion de uncir los bueyes al yugo. Pero mucho mas santo y mucho mas respetado debe ser el acto misterioso que como la labor para la tierra, es el origen de la fecundidad conyugal; cuyo objeto y fin natural es el nacimiento de los hijos y que ha merecido á Vénus el nombre de fértil Citerea que le da Sófocles. Acordaos siempre, jóvenes esposos, del carácter sagrado de la íntima union que perpetúa la especie humana; no os acerqueis á esa fuente de la vida sino con religiosidad y con prudencia; mirad como un crimen toda tentativa de no recoger fruto alguno de vuestro amor, y cuando ese fruto se haya producido, guardaos de avergonzaros de él ó de ocultarle.

XLII

El retor Gorgias exhortaba á la concordia á los Griegos reunidos en los juegos Olímpicos, y Me-

lantio exclamó : « ¡ Mirad á ese bello hablador ! nos aconseja que vivamos en buena inteligencia, y no es capaz de establecer la paz en su casa, donde, sin embargo, no hay mas que tres personas : él, su mujer y su criada. » Se decia, en efecto, que Gorgias amaba á esa criada, y su mujer estaba celosa. El que quiere gobernar los negocios públicos ó dirigir los de sus amigos, debe servir él mismo de ejemplo, y sus palabras son tan estériles y vanas como ridículas, si su vida privada no está llena de honor y es digna de elogios. Además, es de notar que las faltas de las mujeres escapan mas fácilmente al público que las que se cometen contra ellas mismas.

XLIII

Si el olor de los perfumes, que segun se dice enfurece á los gatos, turbara tambien á las mujeres y las volviera locas, seria muy indigno que un marido no se abstuviese de hacer uso de ellos, y que por un placer tan frívolo expusiera á su esposa á un peligro tan grave. Pues bien, una vez que semejantes desgracias suceden á las mujeres, no cuando sus maridos se perfuman, sino cuando son infieles y van á llevar á otra parte su amor, son, pues, muy culpables causando, por un poco de placer, á sus esposas tanta turbacion y dolor tanto, en lugar de serles fieles. Manifiestan entónces ménos prudencia y ménos imperio sobre sí mismos que las personas que cuidan á las abejas, porque

sabiendo que esos animales se irritan con la presencia de cualquiera que se ha acercado á una mujer, tienen la prudencia de evitar ese contacto para no causar su furia.

XLIV

Las personas que conducen á los elefantes cuidan de no vestirse de trajes blancos, y los que se acercan á los toros no toman jamas vestidos rojos, porque la vista de tales colores pone furiosos á esos animales. Se dice que los tigres, cuando oyen el sonido del tambor, entran en una verdadera rabia y se desgarran ellos mismos. Puesto que hay hombres para los cuales nada es mas insoponible que las fiestas y los placeres del mundo, ¿por qué es, pues, tan difícil para sus mujeres abstenerse de ellas? Con una vida tranquila y dulce harian la felicidad de sus esposos, miéntras que los disgustan y los hacen desgraciados no queriendo abandonar esos falsos placeres tan ruidosos como dispendiosos.

XLV

Una jóven dijo al rey Filipo, que queria arrastrarla por fuerza : « Dejadme, señor ; en las tinieblas, todas las mujeres son iguales ! » Esto no se puede decir mas que á los libertinos ; en las sombras de la noche, una mujer virtuosa no podria confundirse con una cortesana, porque áun cuando su persona está invisible, ella sabe todavía hacer brillar, con su amor, su pudor y su castidad.

XLVI

Platon exhortaba á los viejos á mostrarse reservados y llenos de honor ante los jóvenes, á fin de que su ejemplo fuese una enseñanza que los hiciera respetar. Si los viejos, en efecto, carecen de decoro y no obran segun las reglas de la virtud, no es posible que los jóvenes muestren hácia ellos deferencia y veneracion.

Un marido debe tener presente siempre esta leccion. El respeto de los demas nunca es mas necesario que cuando se trata de una esposa, y la cámara nupcial, donde frecuentemente recibe de su esposo las degradantes lecciones del vicio, no deberia ser para ella mas que una escuela de honor y de virtud. Para un marido, disfrutar de placeres que prohíbe á su mujer, es ordenar á esta combatir enemigos á los cuales se ha entregado ya él mismo.

XLVII

Vos, Eurídice, vos que habeis leído los sabios consejos dados por Tixmoene á Aristila sobre las frivolidades del tocador y del atavío, conservadlos siempre grabados en vuestra memoria. Y vos, Poliano, no espereis que vuestra mujer apague en ella el gusto por el lujo y por los ornamentos fútiles, si vos mismo no sabeis desprenderos de

ellos, si cifrais toda vuestra felicidad en poseer copas ricamente doradas, departamentos adornados de pinturas y caballos cubiertos de arneses suntuosos. Seria injusto, en efecto, querer prohibir á las mujeres los gustos, las costumbres y los placeres á los cuales ven á sus maridos abandonarse en su presencia.

Puesto que sois de una edad ya madura para la filosofía, embelleced vuestras costumbres, Poliano, practicando sus divinas lecciones. Buscad á los que las poseen y que pueden, con sus discursos, ayudaros á progresar en ella. A la manera de las abejas, recoged para vuestra mujer lo que juzgueis que puede serle útil y hacedle amigos y familiares los mejores pensamientos y los mejores libros llevándooselos vos mismo; recoged, juntad por todas partes, porque ahora haceis para ella las veces de padre, y de hermano, y de madre venerada. Nada hay, en efecto, mas honorable para un marido que oír á su mujer que le dice : « Vos sois mi preceptor y mi maestro en filosofía, y en todas las bellas ciencias. » La primera ventaja del estudio consiste en apartar á las mujeres de toda clase de ocupaciones indignas de ellas : una madre de familia que se aplique á las letras y á las ciencias tendrá vergüenza de bailar; y la que se deleite con la lectura de los sublimes escritos de Platon y de Xenofonte no dará jamas crédito á los encantos de los hechiceros.

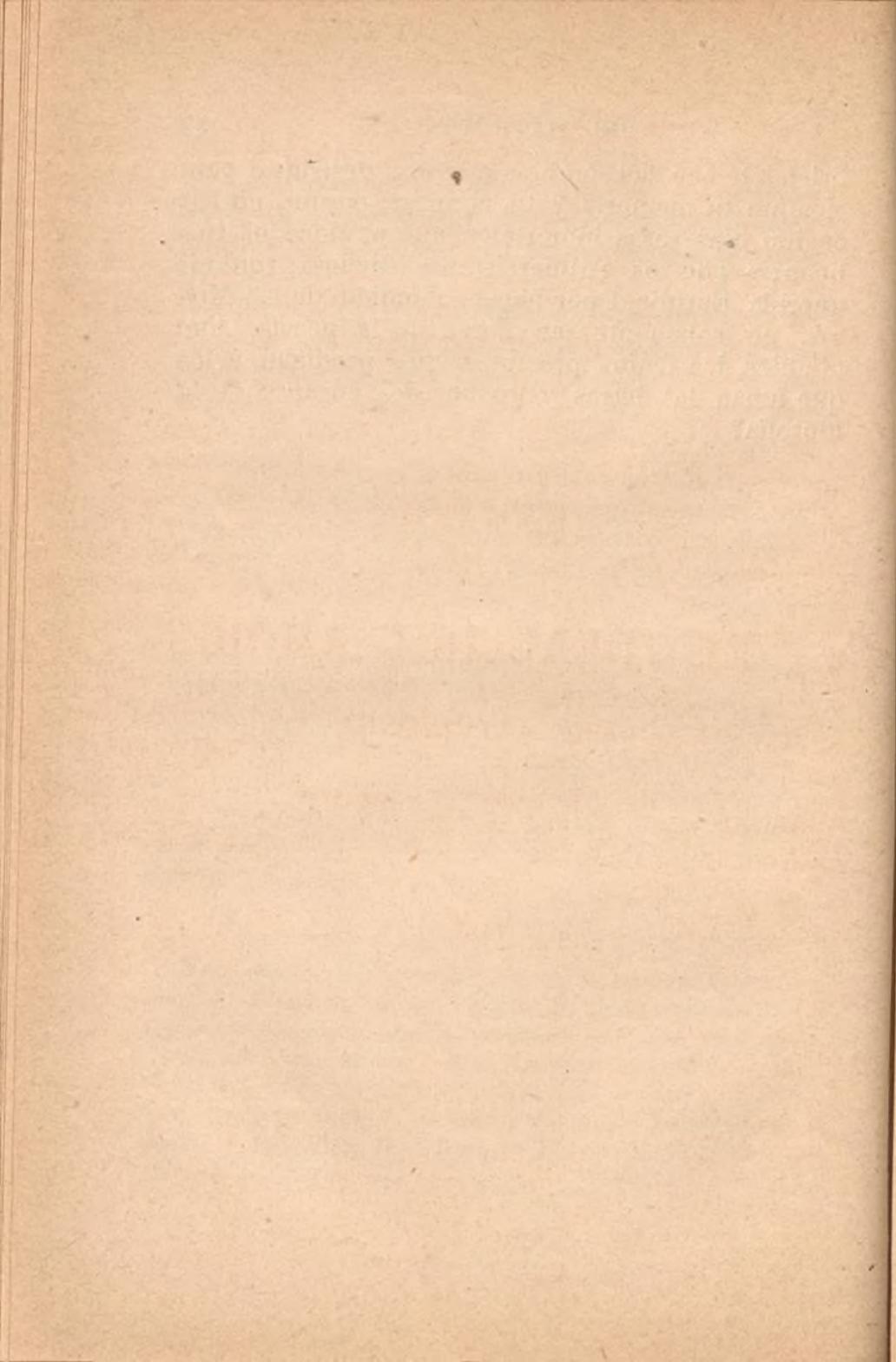
Sin el concurso criador del hombre no puede formarse en el cuerpo de las mujeres mas que moles informes, productos de humores corrompidos. Asimismo, si los consejos de la razon no les son

dados por sus maridos, si no están iniciadas por ellos en la ciencia de los sabios, en su espíritu abandonado á sí mismo se engendran opiniones extravagantes, y malas pasiones invaden su corazón.

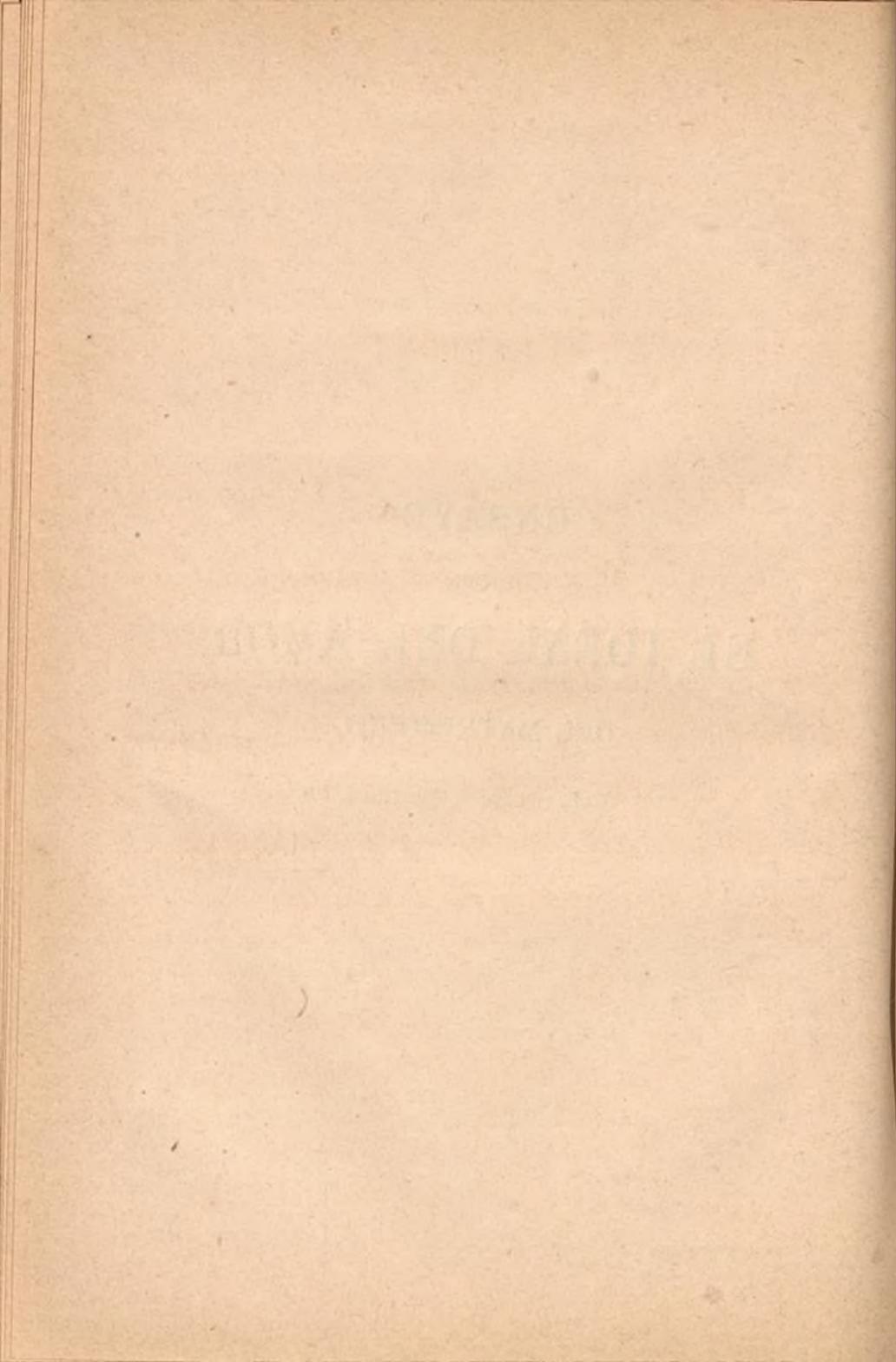
Así pues, Eurídice, nutrid vuestra alma con los preceptos de virtud que nos han dejado los mas grandes filósofos, que las lecciones de sabiduría que de mí habeis recibido, cuando érais niña, salgan frecuentemente de vuestra boca, á fin de que hagais las delicias de vuestro marido, y seais alabada y estimada de las demas mujeres cuando os vean poseer tesoros tan raros y tan preciosos. Es cierto que no podeis llevar ni las perlas de esta, ni los trajes de seda de aquella, porque no teneis su opulencia. Pero los ornamentos de las Teanos, de las Cleobulinas, de las Claudias, de las Cornelias (1), y tantas otras mujeres célebres, podeis, sin que nada os cueste, adquirirlos y ataviaros con ellos de manera que vivais dichosa y honrada. Si Safo, cuyas poesías tienen tanto encanto, y tan exquisita elegancia ha podido decir con orgullo, pero con verdad, de una mujer cuyo único mérito consistia en su fortuna : « La muerte, cu-

(1) Cleobulina, mujer de Leonidas, tan famoso por el combate de las Termópilas. — Claudia es aquella vestal que, sospechada de haberse dejado corromper, probó su inocencia y su castidad conduciendo sola á Roma, por el cinturon que ella le habia puesto, el buque que llevaba la estatua de Cibeles, y que los mayores esfuerzos no habian podido hacer entrar en el Tíber. — Cornelia, hermana de Escipion, y madre de los Gracos.

briéndote con las sombras eternas, destruirá para siempre tu memoria y tu nombre; porque no has cogido esas rosas inmortales que produce el Helicon; » ¿no os estimareis mas dichosa, ¡oh mi querida Eurídice! por haber obtenido de las Musas, no solamente las flores de la poesía, sino tambien los frutos preciosos que prodigan á los que aman las letras y gustan del encanto de la filosofía?



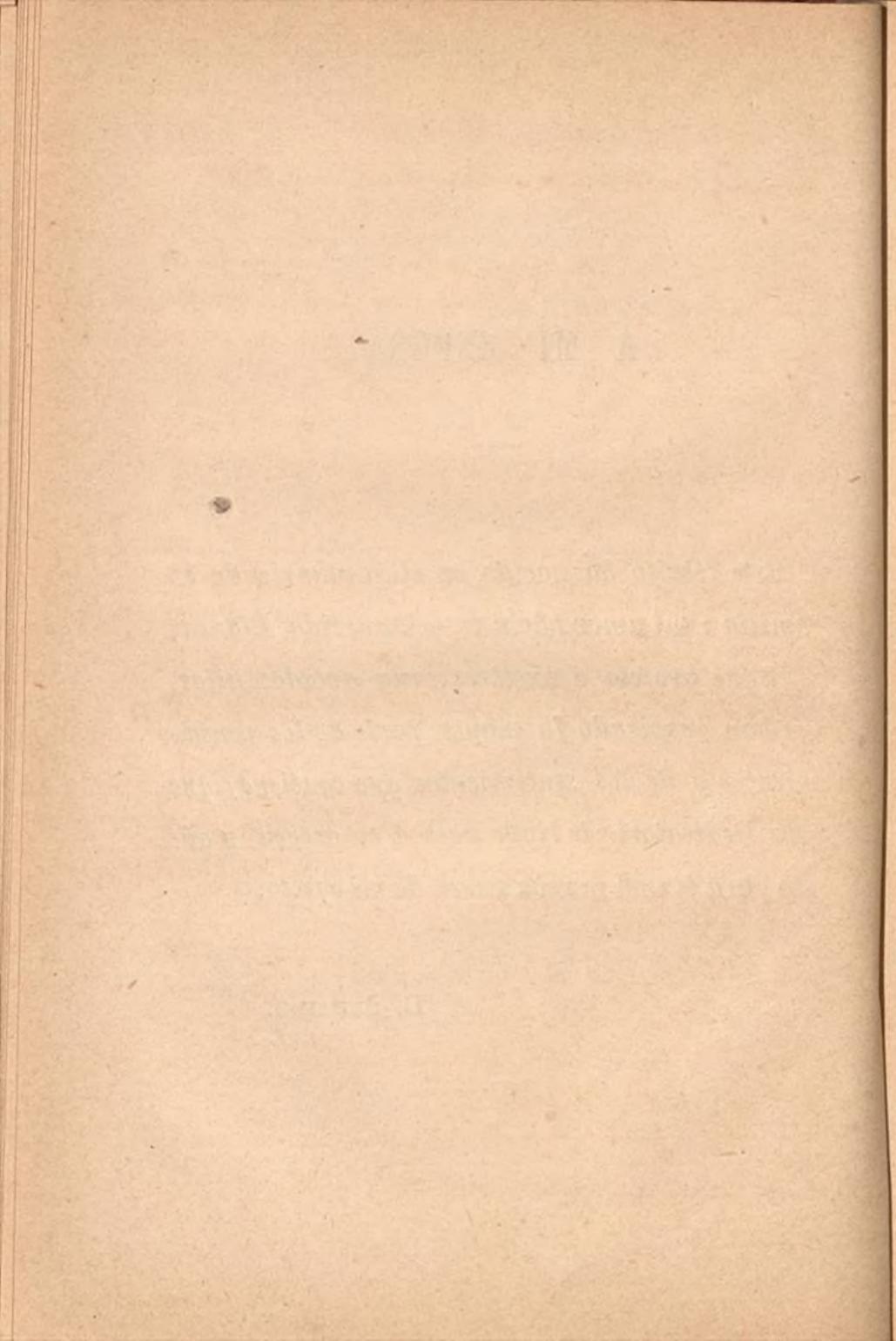
ENSAYO
SOBRE
EL IDEAL DEL AMOR
DEL MATRIMONIO
Y DE LA FAMILIA



A MI ESPOSA

Este librito ha nacido en el santuario de la familia : mi amor hácia ti, mi querida Blanca, y el que profeso á nuestros muy amados hijos, me han inspirado la mayor parte de los pensamientos y de los sentimientos que contiene; que esta Dedicatoria le ligue pues á su origen, y que sea para ti una prueba nueva de mi afecto.

L. SERAINE.



PREFACIO

He creído que no carecería de interés, después de los Preceptos de Plutarco, tan llenos de gracia y de pureza, presentar bajo la forma de un rápido bosquejo, el Ideal del amor, del matrimonio y de la familia.

El ideal es la concepción más elevada á la cual, de progreso en progreso, ha llegado la humanidad sobre el objeto de la vida del hombre, ya sea en su conjunto, ó ya en cada uno de los diversos círculos que la componen. Obra del espíritu humano iniciándose por grados en el plan de la creación y en los designos de Dios, por el estudio del hombre, por el de la naturaleza y el conocimiento de la historia, esa alta y fecunda noción debe ser la

regla de nuestros sentimientos y de nuestros pensamientos.

El ideal del matrimonio y de la familia es la determinacion del papel del amor en los dos círculos importantes que constituyen la mayor parte de nuestra vida, de la cual son el punto de partida y el término.

La vida práctica, en lugar de caminar al acaso, como un buque sin brújula, ó de seguir las huellas de la rutina, debe inspirarse en el ideal y ser su realizacion hasta donde le alcancen sus fuerzas. Porque, haciéndonos encontrar la regla en las circunstancias mas diversas y mas imprevistas, la nocion del ideal es la única que puede reunir, en un todo armónico, los actos de nuestra existencia, y ser para ella un venero de fuerza y de fecundidad.

Las cuestiones relativas al amor, al matrimonio y á la familia, requieren cada vez mas la atencion y el estudio. Me ha parecido que bastaria recoger las pensamientos que diariamente, en medio de la vida de familia suben de nuestro corazon á nuestra intelligencia para evitar muchos errores y reunir muchas verdades.

Hay muy pocas cuestiones de alguna importancia

entre las que abraza mi asunto, sobre las cuales no contenga este libro una palabra, un sentimiento, un pensamiento. La paradoja de la igualdad de los sexos, ese error tan contrario al principio fundamental del matrimonio, no constituye una excepcion. Pero me ha parecido que en un ensayo sobre el ideal del matrimonio, era imposible hablar de divorcio, que es su negacion y su ruina. Podria suceder que en el estado actual de la sociedad y del matrimonio el divorcio remediase ventajosamente algunas desgracias individuales; tambien hay enfermos á los cuales procura alivio el arsénico; por ser útil en ciertas enfermedades, el divorcio, lo mismo que el arsénico, no deja de ser un veneno.

He tratado de referir á la verdadera nocion del amor toda nuestra vida en el matrimonio y en la familia. En efecto, si de lo alto de esta ciencia del amor moral, enseñada por los mas grandes genios de todos los siglos, se dirige una mirada á las ideas extendidas hoy sobre el matrimonio, hay motivos para afligirse profundamente, y se comprende que su olvido es una de las fuentes mas profundas de las llagas del siglo. Se unen los cuerpos sin tener cuidado de unir las almas que se

echan en olvido: por lo mismo, siendo todo terrestre en el matrimonio, que hay de extraño en que todo sea terrestre en la vida? El amor moral, que purifica el corazón, eleva el espíritu, y conserva el cuerpo preservándole de las voluptuosidades que manchan y agotan, debe ser el fundamento del matrimonio. Sin él, no hay unión verdadera y por tanto, no hay felicidad; porque, según el bello pensamiento de Swedenborg: « ¿Qué haría una alma aislada en el cielo mismo? »

ENSAYO

SOBRE EL IDEAL DEL AMOR

DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA

PRIMERA PARTE

IDEAL DEL AMOR

I

NOCION DEL AMOR

El amor de la vida, es el poder fecundo que reúne, en círculos innumerables entrelazados entre sí, á todos los seres de la creación. El es quien gobierna todo en la naturaleza, en la vida del hombre y en la de las sociedades. No se vive realmente sino cuando se observan sus leyes; es el sol del alma que calienta y vivifica. Así es que no hay mas dicha verdadera que amar, y no somos felices sino según la medida de nuestro amor.

Vivir, es escuchar la voz del corazón, conocer la ley de amor, seguirla y realizarla en todos los círculos de nuestra vida, yendo de las obras crea-

das al Creador mismo; es llenar nuestro corazón de amor al contacto de la obra de Dios, y dejar ese amor desbordar sobre todo lo que nos rodea, en todos los instantes y bajo todas sus formas.

II

DEL CORAZON O DEL HOMBRE CONSIDERADO COMO SENTIMIENTO
EN SUS RELACIONES CON LA INTELIGENCIA Y EL CUERPO

El corazón es el fundamento, la piedra angular de la naturaleza humana.

« Todo nuestro razonamiento, dice Pascal, consiste en ceder al sentimiento. » Así el corazón es superior á la razón y debe marchar ante ella. Solo él no engaña, y su tendencia natural, invencible é invariable es hácia el bien : « Amad y haced lo que queráis, » dice san Agustín. Corresponde, pues, al corazón mandar en nosotros, dominar todo en la vida; sobre todo, que la luz del espíritu no destruya la llama del corazón.

La inteligencia puede tener dos amos : el corazón, que la eleva hácia las cosas celestes, ó el cuerpo que la baja hácia las de la tierra.

Unida al corazón y regida por él, es una compañera fiel que con su antorcha alumbra sus divinos instintos y nos lleva con toda seguridad al fin de nuestra vida.

Por el contrario, traicionando al corazón, rehusando seguir sus inspiraciones y escuchar su voz, se deja ella encadenar á nuestras tendencias sensuales, su luz apresura y precipita nuestra pér-

dida; esclava de nuestros ménos nobles motores, ella no es mas que un guia pérfido, un instrumento de perdicion.

Su natural destino, su verdadera funcion, consiste en ser la luz del corazon, su ayuda y su apoyo, hacer causa comun con él, para dirigir y someter los impulsos corporales á su legítima autoridad.

Sin la inteligencia, el corazon permanece débil, impotente, estéril.

Si el corazon no le indica el objeto y no le sirve de piedra de toque, la inteligencia, ciego y fatal piloto, se pierde en las vias engañosas de los senderos humanos, y conduce á los abismos del orgullo.

« Muy inoportunamente, dice Pascal (1), se ha quitado el nombre de razon al amor, y se los ha opuesto sin un buen fundamento, porque el amor y la razon no son mas que una misma cosa. No excluimos la razon del amor, puesto que son inseparables. Los poetas no han tenido, pues, razon, al pintarnos el amor como un ciego; preciso es quitarle su venda, y volverle para lo sucesivo el goce de sus ojos. »

Así, para cumplir nuestro destino, para subir sin peligro hácia el punto culminante de nuestra vida, es preciso que el corazon sea en nosotros el maestro soberano, pero es preciso tambien que la luz del espíritu se una al fuego del corazon para guiar nuestros pasos y hacernos reconocer los escollos; es preciso, sobre todo, que sea dado á

Discurso sobre las pasiones del amor

esos inseparables compañeros gobernar los sentidos, encerrar su poder en justos y exactos límites, y hacer callar su terrestre voz.

III

DE LAS FUENTES DEL AMOR

A la hermosura, á ese rayo divino que se escapa de la obra de Dios, ha sido confiada la dulce y elevada mision de excitar el amor en nuestra alma, es decir, de despertar en nosotros todas las energías que deben permitirnos cumplir nuestro destino.

« La hermosura, es Dios. » dice san Bernardo; es la irradiacion del Autor de la Naturaleza en su obra para revelarnos su omnipotencia y su bondad, y enseñarnos el amor, ese faro cuya luz, debe, á traves de esta vida, conducirnos hácia un mundo mejor.

El amor es el sentimiento de atraccion y de entusiasmo que en virtud de una afinidad misteriosa establecida por el Soberano Ordenador de las cosas, nos inspira el mundo, obra de sus manos. Así es que los Griegos no tenian mas que una palabra (*κόσμος*) para designar el mundo y la hermosura.

Toda la creacion, todo lo que tiene vida, todo lo que ha vivido y cuyo recuerdo conserva la humanidad, excita un sentimiento, una simpatía, un amor en el corazon del hombre, y el encadenamiento de esos sentimientos constituye su vida.

Ademas de sus papeles diversos en el concierto armónico de los séres, independientemente de sus otros destinos, todos los séres de la naturaleza tienen por objeto elevarnos á Dios y hacérselos amar. La contemplacion de la naturaleza nos lleva hácia El, le amamos á través de ella, y el amor que ella nos enseña no es el de sí misma, sino mas allá, el de su Divino Autor.

Las cosas creadas forman una jerarquía, una escala ascendente á cada una de cuyas gradas corresponde uno de los órdenes del amor. Miétras más elevadas están, mas perfecciones contienen, mas bellas y reveladoras son, y mas poder tienen tambien para atraernos y excitar nuestro amor.

La familia, donde el corazon del niño, yendo por sí mismo al objeto señalado por Dios, recibe las primeras lecciones de amor y encuentra primero donde ejercitar su corazon; la Naturaleza, espléndida manifestacion de la omnipotencia del Creador y sus innumerables maravillas; la Humanidad en su pasado, su presente y su porvenir; la sociedad en medio de la cual vivimos, donde encontramos desde luego amigos, y donde mas tarde buscamos para el porvenir esa mitad de nosotros mismos sin la cual no somos mas que séres incompletos, son otros tantos círculos donde nace y se desarrolla el amor de las cosas creadas, otros tantos órdenes diversos donde se ejerce. En fin, sobre ellos, y revelado por ellos, el objeto del amor por excelencia y su último término, Dios, el Soberano Autor de las cosas.

Todos esos amores deben converger hácia el corazon del hombre, llenarle y hacer de él un foco radiante sobre todos los pensamientos y todos los

actos de su vida. Mientras mas se encuentren unidos en él en un todo armónico y llevados á su poder supremo, mas elevado está él mismo en la jerarquía de los séres, mas se acerca al divino Ideal, que es el mismo Dios.

No impunemente dejan uno ó varios de esos amores su lugar vacío en nuestro corazon, y falta en el grupo del amor universal. Ningun amor es perfecto si no los tenemos todos, y estamos tanto mas distantes de la perfeccion de nuestro sér, cuanto mas imperfectamente los poseemos, en ménos número, y de una manera ménos armónica.

Puesto que es así, puesto que mientras mas ha latido nuestro corazon al contacto de esos amores diversos, mas han sido ellos de un órden elevado, mas se ha engrandecido él y purificado, mas buenos nos hemos hecho, mas bella y digna de los beneficios de su Creador es nuestra alma, enriquezcamos nuestro corazon con todos los órdenes del amor, consagremos nuestros esfuerzos á subir todas las gradas de la celeste escala que Dios ha colocado ante nuestros pasos para que nos elevemos hácia El y que cada día nos le aproximemos mas.

IV

EL AMOR EN LA INFANCIA

El amor, como la vida, es el movimiento en un círculo; siendo cada punto á un tiempo principio y fin, término y punto de partida. Como lo dice tan bien Pascal: « el amor no tiene edad; está na-

ciendo siempre, y por eso los poetas nos le representan como un niño. » Así es que ese compañero de todas horas, que sigue al hombre desde la cuna á la tumba, cambia de aspecto en cada uno de los períodos de nuestra existencia, y se transforma sin cesar, ganando, á cada mutacion, en nobleza, en grandeza y en pureza.

Durante la infancia (esa fase de la vida en que el sexo hace sentir ménos su influencia) es cuando nuestro corazon se despierta al amor, que desde entónces viene á abrir nuestra alma á todo lo que debemos amar. Su primer latido responde á los latidos del corazon de nuestra madre, nuestra primera sonrisa á su sonrisa, y á los rayos de ternura que se escapan de sus ojos, se enciende en nosotros la pura llama del amor filial.

¿Quién de nosotros, remontando á sus primeros recuerdos, no encuentra la huella de los sueños de su cuna; blancas visiones á las cuales sonreía entónces en su sueño, que le parecian las vistas de un sér superior, encargado de recordarle los vestigios de una vida anterior, y de hacerle entrever todos los arrobamientos de un mundo mejor? Mas tarde, á la edad del amor, cuando estalle en toda su fuerza el sentimiento de lo incompleto de nuestro sér, cuando se haga sentir la necesidad de buscar la segunda mitad de nosotros mismos, creemos encontrar en la mujer amada ese ángel de nuestra cuna, y su regreso, bajo una forma nueva y mas precisa, nos inundará de felicidad.

Al lado de la imágen de la familia, esa escuela de amor, y de los sueños encantadores de la cuna, nuestra memoria nos traza todavía, llena de un

encanto inefable que crece con los años, la viva imágen de los lugares donde se ha deslizado nuestra infancia. Volvemos á ver la ciudad natal, á la cual nuestra imaginacion presta encantos que ninguna otra, cualquiera que sea su esplendor, borrará jamas; sus antiguos monumentos, conocidos y amados como viejos amigos, ruinas veneradas, objeto de nuestras predilecciones de niño, que nos han hecho vivir con la vida de los siglos transcurridos, cuyo polvo hemos hollado en ellos con emocion. Bajo sus bóvedas sombrías nuestra tierna imaginacion hace revivir los gloriosos actores (gloriosos para nosotros sobre todo) que los han ilustrado con su vida ó con su muerte; nos hacen cara la patria comun; no pensamos en ellos mas que con respeto; tienen un lugar asegurado en el panteon de nuestro corazon.

En fin, al grupo de los recuerdos que nos hacen tan querido el suelo natal, viene á unirse para completar su círculo, la viva imágen de los primeros espectáculos que la naturaleza nos ha ofrecido, y hácia los cuales no podria trasportarse nuestro pensamiento sin volver á encontrar todas sus seducciones: caminos umbrosos donde se ha paseado nuestra infancia; limpidos arroyos que tanto nos agradaba ver correr, fuentes cuyo murmullo nos parecia tan suave, grandes árboles del bosque á cuya sombra tenian tantos encantos nuestras comidas de niño, el amor y los buenos cuidados de nuestras madres; tanta dulzura; objetos amados que otro ninguno ha igualado despues, ¿quién podrá arrebatarnos nunca al recuerdo de nuestro corazon?

Así, mucho ántes de la pubertad, todos los amores que deben llenar nuestra vida comienzan á florecer en nuestra alma.

V

DEL AMOR EN LA PAREJA HUMANA — SU IDEAL — SU TRADICION

I. — No hay amor mas natural, mas grande y mas noble que el que reune al hombre y á la mujer en la unidad de la pareja. Base de la familia, fuente de perfeccionamiento mutuo, el amor conyugal hace comunes á los dos las cualidades diferentes de cada uno. Así es que ocupa el primer lugar como medio de elevacion moral, al mismo tiempo que alimentando sin cesar el fuego de la vida á medida que la muerte viene á apagarle, es la fuente de la inmortalidad de la especie.

El amor nos pone en plena posesion de las facultades mas nobles de la naturaleza; exalta al mas alto grado la pasion de lo bello, del bien y de lo bueno, que existe en nosotros, y abre nuestra alma á los rayos que emanan del mundo invisible para vivificarla. Su relámpago revelador ilumina de un solo golpe todo el ideal de la vida, y solamente penetrados de esa savia maravillosa y fecunda podemos cumplir nuestros destinos inmortales.

A la edad del amor, época de metamórfosis, nuestra alma recibe una vida nueva, á consecuencia del crecimiento y del poder que adquieren nuestras facultades; nuestros sentidos, perfeccio-

nados, nos hacen conocer las cosas bajo otro aspecto; en una palabra, estamos entónces investidos del poder de rehacer en nosotros la creacion. El amante, lleno de un entusiasmo divino, ve á los hombres y á la naturaleza bajo un aspecto encantador, y bebe con embriaguez en la copa de la vida. Sentidos, espíritu y corazon, todo ha crecido en él; todas sus facultades son elevadas al rango de potencias creadoras, no solamente en el orden fisiológico, sino tambien en el mundo del arte, en la vida de accion, etc., y entónces es cuando el hombre se hace poeta, orador ó héroe!

II. — Como lo han dicho los antiguos, y se debe repetir porque no se puede decir mejor, la Divinidad envia al encuentro del alma humana que viaja á través de la vida para volver á su patria, bellas almas encarnadas en hermosos cuerpos para hacerla acordar de lo bello y de los bienes celestiales cuya contemplacion es su goce mas elevado, porque detras de la belleza humana siente al Sér soberanamente bello, fuente de toda hermosura.

Si absorta y empañada por el abuso de los goces terrestres, el alma se vuelve insensible al divino misionero, la vida, por decirlo así, sin sol, no le ofrece mas que penas y disgustos. Pero si, dócil á su llamamiento y aceptándole por guia, penetra en su seguimiento en el reino del amor verdadero, su fuego purifica nuestro sér de toda impureza y de toda bajeza. Entónces nos hacemos cada dia mas puros y mas magnánimos, es decir, mas felices. El objeto del amor, la bella alma que un hermoso cuerpo nos ha hecho amar y comprender, en vez de ser el término último, el verdadero objeto

de nuestros trasportes, no es, pues, para nosotros mas que la vía, el celeste incentivo que debia hacernos admitir en el coro de los elegidos del amor, esas almas elevadas y puras que solo arden con el deseo de conocer y de amar el bien y lo justo, y de conformar á ambos su vida.

Llegados á tal grado del amor, frente á frente con el ideal de la vida, que comprenden y aman con ardor, el amante y la amante han adquirido una perspicacia nueva; léjos de desconocer las manchas de su alma, y sus imperfecciones recíprocas, son, por el contrario, mas sensibles á ellas sin amarse ménos, y se ayudan mutuamente para hacerlas desaparecer, para purificarse y para curarse, á fin de llegar á ser cada dia mas dignos el uno del otro, acercándose á la Fuente y al Modelo de todas las perfecciones. Solo entónces, por la completa é íntima fusion de las dos mitades de la pareja, hay matrimonio real, es decir, union de todas sus facultades y todas sus fuerzas con la mira de cumplir el destino impuesto por el Creador: comprender el celeste fin del hombre, contribuir á la perpetuidad de la especie humana, amar á cada uno de los miembros que la componen, consagrarse á su perfeccionamiento y á su alivio; sobre todo amar y adorar al Sér soberanamente bello y soberanamente justo que lo ha creado todo.

La ciencia del bien, fruto divino del árbol del amor, se hace cada dia mas completa en las manos de los amantes. Con el auxilio de su luz, penetran todos los misterios del alma humana. Aplicándola al estudio de los mas eminentes, es decir, de los mejor dotados y de los mas perfectos de los hom-

bres (ya sean de los que viven en su época y á su lado, ó ya de aquellos cuyo recuerdo ha conservado la historia), reuniendo en una imágen única los rasgos mas brillantes de la belleza moral que existe en cada uno de ellos, completan su conocimiento de la ciencia del hombre y de la de la vida.

Así, ensanchando diariamente sus círculos, agregando á sus rayos nuevos rayos, el amor nos conduce al fin á las mas elevadas cimas. Partido de las cosas creadas, encendido por una chispa brotada de un corazon humano, se desprende cada vez mas de las personas, y el alma humana, ávida de perfeccion, dirige todas sus aspiraciones hácia fines mas vastos y mas universales.

III. Sobre el amor así comprendido, sobre esa grande y consoladora ciencia del corazon demasiado descuidada por la de la inteligencia, de la que jamas deberia estar separada, escuchemos un momento las voces de los mas grandes y de los mas sublimes genios, respondiéndose á traves de los siglos :

« Hay dos Vénus, dice Platon : una, de mas edad, hija del cielo, es Vénus Urania ó celeste ; la otra, mas jóven, hija de Júpiter y de Dionea, la llamamos Vénus Pandemios ó popular. De los dos amores que son ministros de esas dos Vénus, debemos nombrar al uno celeste, y al otro popular.

« El amor que acompaña á la Vénus celeste no tiene los sentidos fogosos de la juventud ; se dirige al alma, y el amante de un alma bella permanece fiel toda su vida, porque lo que ama es durable.

« El amor popular es popular tambien ; reina

entre los que aman sin eleccion, mas bien el cuerpo que el alma, y que no aspiran mas que al deleite. »

El culto de Vénus Urania ha sido el de todas las grandes almas, de todos los nobles corazones : Sócrates, Platon, Plutarco, Eloisa, Dante, Petrarca, Miguel Angel, Pascal, esos hermosos genios, se han complacido en celebrarle, y todos los dias sus obras inmortales le ganan nuevos adoradores.

« El amor es el que da la paz á los hombres, los acerca y les impide ser extraños los unos para los otros. Es el principio y el lazo de toda sociedad, de toda reunion amistosa. Llena de dulzura y destierra la rudeza. Es pródigo de benevolencia y avaro de odio. Propicio á los buenos, admirado de los sabios, agradable á los dioses, objeto de los deseos de los que no le poseen todavía, tesoro precioso para los que le poseen, vela sobre los buenos y descuida á los malos. En nuestras penas, en nuestros temores, en nuestros pesares, en nuestras palabras, es nuestro consejero, nuestro guia, nuestro sosten y nuestro salvador. En fin, es la gloria de los dioses y de los hombres, el mas hermoso y mejor amo, y todo mortal debe seguirle.(1)»

Dejemos por algunos instantes la palabra al filósofo de Queronea, al encantador escritor que sabe siempre agradar :

« Trasplantada á esta vida, el alma cree que nada hay mas elevado y mas admirable que los objetos que hieren su vista, y así es hasta el dia en que se deja sorprender por un amor casto y divino que remedia sus errores, y que, á través de las cosas de

(1) PLATON, *el Banquete*.

este mundo, le conduce al campo de la verdad, mansion de esa belleza pura é inalterable hecha para desear y comprender. Semejante á ese maestro de ceremonias misteriosas que conduce á los iniciados, el amor le sirve de guia, y la eleva á la contemplacion de esos grandes objetos. Enviada á esta vida, el alma no puede ya considerarlos solo por sí misma sino con el intermediario de los órganos del cuerpo. Cuando los niños no están capaces todavía de comprender las ideas puramente abstractas, los geómetras les ponen á la vista figuras visibles y palpables. Así mismo, el amor celestial nos presenta objetos esencialmente bellos, y á través del ser humano brillando con todo el esplendor de la belleza, nos hace ver las cosas divinas.

« Los que han quitado del amor lo que tiene de demasiado grosero y de demasiado violento, para no dejar penetrar en el alma mas que su luz, su brillo y su calor, no tardan en pasar de la admiracion de la hermosura corporal de las personas que aman á la contemplacion de la belleza del alma. Se aficionan á la pureza de las costumbres, y apartando sus miradas del exterior, se consideran recíprocamente el uno en el otro las imágenes de belleza moral marcadas en su alma. Encuentran algunas huellas de esa belleza divina que los atrae; entónces el placer y la admiracion los trasportan fuera de sí mismos, y llenos de entusiasmo, se unen fuertemente, gozan sin reserva de ese bien tan deseable, hecho para ser amado universalmente, y que los hace verdaderamente felices (1).»

(1) PLUTARCO, *del Amor*.

¿Quién no comprende, al leer estas bellas palabras, tan nobles y tan sencillas al mismo tiempo, donde se vé la naturaleza sorprendida, por decirlo así, por un observador digno de penetrar sus misterios, cuán fácil es á las almas bellas trasportar el amor ideal á la vida real?

« Cuando Beatriz estaba ahí, dice Dante, si alguno me hubiera pedido hacer algo por él, léjos de rehusar nada, no habria yo podido mas que responder con efusion en la humildad de mi corazon : ¡Amor! ¡amor! »

« ¡Oh mujer! en quien florece toda mi esperanza, dice en otra parte, tú que te has dignado, por mi salvacion, dejar la huella de tus pasos en el dintel del infierno, me has vuelto de la esclavitud á la libertad; la tierra ya no tiene peligros para mí, conservo viva en mi seno la imágen de tu pureza, á fin de que en mi último dia mi alma se escape de mi cuerpo agradable á tus ojos! »

Tal era el amor en Dante: dueño soberano del alma, inspirador de la caridad y purificador.

Escuchemos ahora á Petrarca, al hombre ilustre que fué á un tiempo, como diria Cristina de Suecia, un grande enamorado, un gran filósofo y un gran poeta :

« ... De ella te viene el amoroso pensamiento que miéntras que le sigues te envia al Soberano Bien, estimando poco lo que todo hombre desea.

« De ella te viene ese noble valor que te guia hácia el cielo por el sendero directo, por el que yo voy lleno de sublimes esperanzas (1). »

(1) Soneto XII.

— « Toda virtud me viene de tí, como todo árbol de su raíz. »

— Sabed, dice en su *Diálogo con san Agustin*, que las costumbres de Laura son un perfecto modelo de la virtud mas pura. Sabed que no es su cuerpo lo que yo amo. Lo que á ella me atrae es una alma muy superior á todo lo que se ve en este mundo. Su conducta y sus costumbres son una imágen de la vida que se lleva en el cielo. Si tuviera la desgracia de perderla, diria yo como Lelio, el mas sabio de los Romanos, decia á la muerte de Escipion : « *Yo amaba su virtud que vive todavía!* »

« Pongo por testigo á la verdad que nos oye, de que jamas ha habido en mis sentimientos por Laura nada de reprehensible mas que su exceso. Quisiera yo que se pudiera ver mi amor, como se ve su semblante : se le parece, es como él, puro y sin mancha. Debo á Laura todo lo que soy. Jamas habria llegado á este grado de reputacion en que me encuentro, si los sentimientos que me ha inspirado no hubieran hecho germinar en mi corazon las semillas de virtud que la naturaleza habia puesto en él. Me ha sacado de los precipicios adonde me habia arrastrado el ardor de la juventud. En fin, ella me ha mostrado el camino del cielo y me sirve de guia para llegar á él. Porque es un efecto del amor trasformar á los amantes y hacerlos semejanter al objeto amado. »

« El amor en que ardo por ella es el que me ha elevado al amor de Dios. Amo el alma de Laura y no su cuerpo. Hé aquí una prueba de ello que no tiene réplica : miéntras mas avanza ella en edad, mas siento redoblar mis fuegos. En su misma pri-

mavera la flor de los encantos ha comenzado á marchitarse, pero la belleza de su alma aumentaba entónces, y mi pasion con ella. Si yo no hubiera amado mas que su cuerpo, habria experimentado lo contrario, y habria cambiado al mismo tiempo.

« El cuerpo es como la imágen y el espejo del alma. Si la belleza del alma pudiera ser vista inmediatamente y sin el intermediario del cuerpo, yo amaria una alma bella aunque estuviera alojada en un cuerpo feo. »

Asi es como Petrarca, ese revelador del amor casto, comprendia su amor por Laura y le justificaba; por él se elevaba al ideal y buscaba á Dios.

Prestemos una vez mas el oido á la voz de ese cantor sublime.

« Dulces crueldades y bienaventuradas negativas, llenas de casto amor y de tierna bondad; encantadores desdenes que calmaron (ahora lo comprendo) el ardor insensato de mis deseos;

« Noble hablar en que brillaba claramente la suprema cortesía unida á la honestidad suprema; flor de virtud, fuente de belleza que desterró de mi corazon todo abyecto pensamiento;

« Divina mirada capaz de hacer al hombre dichoso, tan pronto llena de vigor, á fin de refrenar mi alma audaz que aspira á lo que es justamente negado;

« Y tan pronto diligente para asegurar mi vacilante vida. Esa bella diversidad ha sido la base de mi salud, que de otra manera me abandonaba (1).»

Miguel Angel, arquitecto, pintor, escultor y

(1) Soneto CCCXIV.

poeta, creador en todos los ramos del arte, poderoso genio cuya frente está ceñida de una cuádruple corona, ha dejado sonetos en los que ese grande amante de la hermosura se muestra en amor uno de los mas nobles discipulos de Platon. No citaremos mas que algunas líneas de esas poesías (1) :

«EL POETA. — Amor, dime si mis ojos ven verdaderamente la hermosura que admiro ó si la llevo de tal manera en el corazon, que por do quiera que fijo mis miradas veo su semblante y le veo cada vez mas hermoso....

« EL AMOR. — La hermosura que tu ves emana de ella; pero si, por los ojos mortales esa hermosura penetra hasta el alma, crece y se eleva á una region mejor.

« Allí se vuelve pura, bella y divina, como quiere serlo una cosa inmortal; esa hermosura es, y no otra alguna la que se presenta hoy ante tus ojos (2)! »

— « La sensualidad es un deseo desenfrenado que mata el alma, y no es el amor. El amor tiene el poder de hacer á las almas perfectas aquí abajo, pero las hace mas perfectas aun en el cielo (3)! »

— « El poder de un semblante hermoso me transporta hácia el cielo, porque nada hay sobre la tierra que para mí tenga tanto encanto, y me elevo vivo entre los elegidos favor raras veces concedido á un mortal.

« La criatura se armoniza tan bien con el Crea-

(1) *Miguel Angel, poeta*, por Lannau-Rolland.

(2) Soneto XI.

(3) Soneto II.

dor, que por esa divina compasion me elevo hasta El, y todos mis pensamientos y mis palabras se inspiran de El, miéntras que ardo en amor por una noble mujer (1). »

— « Como guia seguro de mi vocacion, desde mi nacimiento me fué dado ese sentimiento de lo bello que en los dos artes me sirve de antorcha y de espejo; y si alguno piensa lo contrario, se equivoca.

« Solo ese don eleva mi mirada hasta aquella altura que me esfuerzo en alcanzar para pintar y para esculpir.

« Los espíritus temerarios y groseros son los que reducen á un efecto sensual la belleza por la cual toda sana inteligencia se siente conmovida y trasportada hácia el cielo.

« Los ojos atacados de esa enfermedad no se elevan por objetos mortales á la Divinidad y no llegan jamas á esa altura donde todo pensamiento, sin la gracia divina, es impotente para elevarse (2). »

A ese coro glorioso de los maestros del amor, hay que agregar tambien el nombre de Blas Pascal, ilustre hace tanto tiempo por otros títulos. Ese grande espíritu, unido á un corazon tan grande, habiendo anotado por decirlo así, dia por dia, miéntras que estaba enamorado, cada uno de sus sentimientos, ha dejado así sobre el amor algunas páginas dignas de Platon (3) donde su noble corazon

(1) Madrigal VII.

(2) Soneto III.

(3) *Discurso sobre las pasiones del amor*. Véase PENSAMIENTOS. edic. Feugere, t. I, p. 105.

está marcado todo entero, probándonos, como lo dice él mismo en ese escrito que « en una grande alma todo es grande. » Se nos agradecerá que cite-mos algunas frases.

« Nacemos con un carácter de amor en nuestros corazones que se desarrolla á medida que el espíritu se perfecciona, y que nos impulsa á amar lo que nos parece bello, sin que jamas se nos haya dicho lo que lo es. ¿Quién duda despues de esto que hayamos venido al mundo para otra cosa que para amar? »

« La naturaleza ha impreso tan bien esta verdad en nuestras almas, que parece que tenemos un lugar que llenar en nuestros corazones y que se llena efectivamente.

— « El hombre solo es un sér imperfecto, es preciso que encuentre otro sér para su felicidad. Hay siempre en el corazon del hombre la esperanza de hallar una mujer.

— « El primer efecto del amor es inspirar un gran respeto; se tiene veneracion por lo que se ama. Es muy justo; no se reconoce en el mundo nada que sea tan grande como eso. El respeto y el amor deben estar tan bien proporcionados, que se sostengan sin que ese respeto sofoque el amor.

— « El amor hace nacer cualidades de que se carecia anteriormente. Se vuelve uno magnífico sin haberlo sido jamas. Hasta un avaro que ama se vuelve liberal, y nunca se acuerda de haber seguido una costumbre opuesta.

— « Parece que se tiene un alma enteramente diversa cuando se ama que cuando no se ama; se

eleva uno por esta pasión y se vuelve todo grandeza. »

Así pues, para todos los maestros ilustres, la concepción más elevada del amor ha sido esta : los dos elementos de la pareja, el hombre y la mujer, prosternados ante el Ideal celeste que es el lazo de su corazón, arrobados en el concierto de sus adoraciones, y aviniéndose divinamente en la unidad de su objeto.

Nó, el matrimonio no se ha establecido solamente con la mira de la perpetuidad de la especie. El matrimonio es la unión de dos seres de diferente sexo que poniendo en comun las facultades diversas de que están dotados, se completan el uno al otro, reconstituyen el ser humano verdadero, y contribuyen sin cesar á su perfeccionamiento mútuo. Según la voluntad y las leyes del Creador, los dos seres así asociados deben concurrir á perpetuarse, trasmitiendo con la vida á sus hijos las tendencias buenas ó malas que han adquirido en la vida, y cultivándolas después por medio de la educación.

« Dios, dice Platon, nos ha dado dos alas para elevarnos hasta El : la razón y el amor. » Porque ni uno ni otro de los dos individuos que componen la pareja posee esos dos auxilios, no puede ir solo hasta Dios, y es necesaria su unión con el término complementario de su naturaleza.

VI

DEL AMOR SENSUAL. — UNA PALABRA SOBRE LAS INFLUENCIAS
HEREDITARIAS Y LA ARMONÍA DE LOS ESPOSOS.

I. *Del amor sensual.*— Pero porque no es el principal objeto del matrimonio, la perpetuidad de la especie no deja de ser uno de sus fines. Un deber no cesa de subsistir porque no es el primero, y el amor terrestre no es malo y condenable sino cuando está solo : puesto en su lugar subalterno, dominado y purificado por el amor moral, es tan puro como él y se purifica con esta alianza. La castidad no es la continencia : « Es, como dice san Agustín, la sumisión de los instintos voluptuosos del cuerpo al yugo de la razón (1). » Someter no es destruir, es arreglar.

La fuerza dada por el Autor de las cosas al instinto sexual que asegura el desarrollo continuo de la raza humana es una prueba de la importancia de la especie á sus ojos, y de sus designios sobre su duración.

La mujer, bajo el aspecto fisiológico como bajo el aspecto moral, está especialmente ordenada para este fin : á ella, por excelencia, le está confiado el cuidado de conservar la vida de la especie humana.

(1) Castitas est virtus sub yugo rationis impetum libidinis refrenans (S. Ag., *De finibus*).

Ella es la que despues de haber llevado en su seno al nuevo sér, esperanza de la próxima generacion, le alimenta con su leche, y durante su infancia debe dar á su espíritu los primeros conocimientos en todas las cosas. A ella está confiada la mision de depositar en su corazon el gérmen de todas las virtudes, enseñándole á apartar su mirada de la tierra para llevarla hácia el cielo, á honrar y amar á Dios.

El amor sensual debe subordinarse al amor moral; no es legítimo sino en el matrimonio, fuera del cual es una causa de desmoralizacion para los individuos, y de perturbacion para la sociedad; no es puro sino por su tendencia hácia la generacion, cuando los dos séres procreadores están dominados por el pensamiento de transmitir á los hijos, no solamente la vida del cuerpo, sino tambien y sobre todo, la vida moral, el amor de lo bello, de lo bueno y de lo justo.

« La filosofía, dice Montaigne, no se pronuncia contra las voluptuosidades naturales, siempre que sean mesuradas, y predica la moderacion en ellas, no la fuga; dice que los apetitos del cuerpo no deben ser aumentados por el espíritu, y que se evite todo goce de que tengamos sed y hambre; en cuanto al servicio del amor, nos ordena tomemos un objeto que satisfaga plenamente las necesidades del cuerpo, que no conmueva el alma, la cual no debe hacer de él objeto principal de sus propios deseos, sino seguir solamente y ayudar al cuerpo.»

Si se quiere imponer diques demasiado fuertes al irresistible poder del instinto sexual, si se hace esfuerzos para callar enteramente la voz imperiosa

de la naturaleza, la facultad procreadora, temerariamente comprimida, comunica á la sangre un ardor tumultuoso que agita nuestro corazon y turba nuestro espíritu. Si se deja flotar demasiado las riendas, el abuso de este poder, que debemos someter á la razon y gobernar con mano firme, nos pone en un peligro todavía mas grande, debilita y abate nuestra inteligencia, al mismo tiempo que quita á nuestra alma su delicadeza y su calor. Porque, como lo ha dicho muy bien Montaigne, « nada hay en nosotros durante esta prision terrestre, puramente corporal, ni espiritual. Es razon que el cuerpo no siga sus apetitos á expensas del espíritu; pero por qué no ha de serlo tambien que el espíritu no siga los suyos con detrimento del cuerpo? »

El amor sensual debe tener su papel en la vida del hombre, y el Creador ha manifestado claramente su voluntad á este respecto, haciendo de este instinto una fuerza casi irresistible. Pero ese amor que no trasmite la vida sino á expensas del sér que la da no podria ocupar el primer lugar en la vida, y debe obediencia y respeto á nuestro sér moral, que altera en su esencia si no se contiene en estrechos limites. Es, si se quiere, uno de los dos polos de la vida humana, y ántes de ceder á sus atracciones, no debemos olvidar que el polo genital no pasa los límites de su esfera de accion, si no debilitando el polo intelectual y moral, cuyo poder disminuyen los excesos, y hasta pueden aniquilarle. En efecto, en la procreacion, el hombre arranca en cierto modo de sí mismo con violencia una parte de su sér: es el principio mismo de la

vida, el hueso de sus huesos, y la carne de su carne lo que pierde entregándose al amor sensual; cómo, después de eso, asombrarse si esa pérdida le agota, y si por poco que se traspase los límites se observa después efectos desastrosos? Huid, pues, el exceso de esos placeres que es al amor verdadero lo que la embriaguez del vino es á la razón. Una y otra embriaguez conducen á la degradación moral, y nos arrebatan, con la fuerza del cuerpo, la luz del espíritu.

II. *De las influencias hereditarias, y de la armonía de los esposos.* — En el matrimonio no solamente se desea tener hijos, sino que también se quiere, con razón, ó mejor dicho, se debe querer que estén dotados de las mejores cualidades del cuerpo y del alma. La fisiología, la higiene y la medicina reunidas, pueden dar sobre este asunto los mejores consejos: pero es muy raro que los que deberían seguirlos se tomen el trabajo de conocerlos. Así es que, como dice Charron (1), « puesto que los hombres se hacen á la aventura y al azar, no es de admirarse que tan raras veces se encuentre uno hermosos, buenos, sanos, juiciosos y bien hechos! » Platon, á quien había llamado la atención semejante estado de cosas, y que conocía sus deplorables consecuencias, quería que, en una república bien organizada, hubiera personas encargadas de presidir los matrimonios y de armonizar á los futuros esposos, de manera que sus hijos fuesen dotados lo mejor posible bajo el aspecto de la organización física y de las facultades del alma. Sin que haya necesidad de instituir para esto un

(1) *De la sabiduría.*

funcionario público, sería fácil remediar ese mal pidiendo parecer al médico de la familia, su consejero natural en semejante circunstancia. Desgraciadamente no se consulta mas que al notario ó al banquero.

El cultivador da la mayor importancia á la eleccion de sus semillas, y el ganadero á la de los animales reproductores buscando en ellos las cualidades que quieren encontrar en los nuevos individuos. Todo el mundo sabe con que facilidad se trasmite por medio de la generacion, las cualidades que distinguen á los mejores perros de caza : sin haber recibido ejemplos ni correcciones, los perros de buena casta se manejan, desde su primera cacería, con la seguridad de los sabuesos experimentados, y de ahí el proverbio tan verdadero : « Buen perro caza de raza. » Así es que los cazadores cuidan mucho de evitar los malos ayuntamientos. En cuanto á los caballos árabes y los de sangre se llega hasta levantar árboles genealógicos, tanta así es la evidencia de que las cualidades adquiridas por las generaciones precedentes se transmiten á los descendientes. En una palabra, solo cuando se trata de dar nacimiento al hombre es cuando se descuida armonizar al padre y á la madre de manera que se asegure la salud del hijo. Se ignora ó se olvida que, por medio de la generacion transmiten la constitucion, las cualidades morales y las enfermedades que poseen. Así es que, hasta ahora, las influencias hereditarias, que deberian ser el medio mas poderoso para perfeccionar á la raza humana, han redundado mas bien en detrimento que en provecho suyo, porque se

han dejado sin direccion y abandonadas á la casualidad.

Basta dirigir una mirada, en nuestro derredor, á la sociedad, ú hojear la historia, para encontrar sorprendentes ejemplos de las influencias hereditarias ya sea para el bien ó para el mal.

Los primeros hijos de padres muy jóvenes son generalmente ó débiles ó poco inteligentes : en el primer caso, porque la constitucion de los padres no ha llegado todavía á todo su desarrollo; en el segundo porque si el cuerpo tiene una fuerza suficiente para asegurar la salud física, el desarrollo intelectual y moral es todavía incompleto. De ahí la superioridad, observada hace mucho tiempo, en las familias nobles, de los hijos menores sobre los mayores. Porque los Espartiatas habian hecho ya esta observacion, queriendo asegurar la conservacion de las excelentes cualidades características de su raza, no permitian el matrimonio sino despues de la completa madurez del alma y del cuerpo : á las mujeres de veintidos á veinticinco años; á los hombres de veinticinco á treinta.

Los hijos de soldados nacidos durante un periodo de guerra y de peligros, son notables en su mayor parte por brillantes cualidades militares. El padre de Napoleon I poseia una bella organizacion corporal, elocuencia, y una vivacidad de espíritu que transmitió á su hijo. En medio de los disturbios civiles y de los combates fué cuando Carlos Bonaparte se casó con Leticia Ramolini, una de las mas hermosas jóvenes de la isla, dotada de una gran firmeza de carácter. Durante la guerra civil, participó de los peligros de su marido, y áun se

dice que várias veces le acompañó á caballo, poco tiempo despues del nacimiento del futuro emperador.

La pasion de Federico II, rey de Prusia, por los granaderos gigantescos, sirvió para reproducir en el hombre una experiencia que hacen diariamente los agricultores y los ganaderos, que escogen como reproductores á sus animales domésticos mas fuertes y mas hermosos. Federico no se limitaba á reunir para componer el cuerpo de sus granaderos á los hombres mas grandes y mas hermosos de su reino; su solicitud iba hasta procurarles para esposas las mujeres mas bellas y mas fuertes. Ha resultado de ahí, que todavía hoy, en los alrededores de Postdam, donde residia ese cuerpo, se encuentra en mayor proporcion que en ninguna otra parte, personas de gran talla.

Las malas constituciones, las disposiciones hereditarias á ciertas enfermedades del cuerpo y del espíritu, los instintos perversos, se transmiten tambien por la generacion. Extrema es su persistencia, y tanto trabajo cuesta hacerlos desaparecer como obtener el aumento de las disposiciones favorables.

Ciertas familias, colocadas en las circunstancias mas felices, encuentran dificultades extremas para educar á sus hijos, que mueren todos, ya de convulsiones, ya de consuncion ó de alguna otra afeccion hereditaria. En otras familias, por el contrario, los niños, colocados en las condiciones mas desfavorables, crecen con facilidad y la enfermedad es, por decirlo así, desconocida. Tales diferencias, que no se puede atribuir á las circuns-

tancias exteriores, dependen evidentemente de la influencia hereditaria de alguno de los padres ó de la de ambos á un mismo tiempo.

Haller cita el ejemplo de dos damas que se casaron por el interes de su fortuna con hombres idiotas, y en cuyas familias se ha perpetuado el idiotismo hasta la cuarta y quinta generacion. Se refiere que un ciego tenia treinta y siete hijos y nietos todos ciegos.

M. de Tocqueville cita un ejemplo de la persistencia de los instintos hereditarios, notable y muy á propósito para poner en relieve toda la importancia que debe darse á estas cuestiones. « He conocido en otro tiempo, dice un oficial americano, á un Indio que habia estado en un colegio de la Nueva Inglaterra: habia obtenido grandes triunfos, y adquirido todo el aspecto de un hombre civilizado. Cuando estalló la guerra entre nosotros y los Ingleses, en 1810, volví á ver á aquel jóven: servia entónces en nuestro ejército á la cabeza de los guerreros de su tribu. Los Americanos no habian admitido á los Indios en sus filas sino á condicion de que se abstendrian de la horrible costumbre de arrancar la cabellera á los vencidos. La noche de la batalla de... C... vino á sentarse al fuego de nuestro vivac; le pregunté lo que le habia sucedido en el dia; me lo contó, y animándose por grados al recuerdo de sus hazañas, acabó por desabotonar su casaca, diciéndome: « No me traiciones, pero « mira! » Vi, en efecto, entre su cuerpo y su camisa la cabellera de un Inglés chorreando sangre todavía. »

La cuestion de la armonía de los esposos, tan

completamente descuidada en general, debería, pues, ser objeto de las más serias reflexiones de las familias. Se debería, ante todo, buscar para sus hijos un tronco sano moral y físicamente, rechazar el que lleva la huella de la acción destructiva de un gusano roedor; ó por lo ménos, cuando las saludes son imperfectas, disponer las uniones de tal suerte que las cualidades y los defectos de las constituciones se corrijan y se compongan.

Si, aplicando á su propio perfeccionamiento el estudio de la herencia, de que ha sacado tan gran partido para el mejoramiento de las razas de animales domésticos, el hombre se cuidara más de esta ciencia cuyo olvido es tan lamentable, nadie duda que pudiera llegar á los mejores resultados. Qué cosa más digna que transmitir á sus descendientes facultades perfeccionadas por largos y penosos esfuerzos? Las modificaciones que el individuo puede producir en sí mismo son débiles, lentas de obtener; pero agregadas la una á la otra, de generación en generación, acaban por conducir muy lejos en la vía de la perfectibilidad, y por operar una verdadera transformación.

De todos los bienes de este mundo no hay ciertamente uno superior á una rica organización, bella de fuerza y de armonía. Este precioso don depende sobre todo, de la salud de los padres y de su armonía, por lo que toca á las constituciones, á las edades y á las razas humanas á las cuales pertenecen. Es un bien que no podemos darnos á nosotros mismos, pero podemos procurarle á nuestros hijos, y seríamos muy culpables si descuidásemos de ponerlos en posesión de un bene-

ficio tan grande. En Lacedemonia, los padres, considerados como culpables cuando sus hijos eran raquíticos y de una mala constitucion, eran castigados con una multa.

Pitágoras recomendaba « no proceder durante la embriaguez al acto santo de la generacion. » No solamente la embriaguez, sino tambien los diversos estados pasajeros del cuerpo y del alma, en el momento en que se opera la concepcion, tienen la mayor influencia sobre la manera con que estará dotada la nueva criatura. Si todos los hijos del mismo padre y de la misma madre no se parecen físicamente, y si por las cualidades del alma difieren muchas veces mas todavía, es preciso atribuirlo al predominio de una facultad particular en los padres en el momento en que les han dado la vida. Si la semejanza de los gemelos es á menudo extraordinaria, á punto de que algunas veces cuesta trabajo distinguirlos, depende de que las disposiciones de cuerpo y de alma de los padres eran las mismas en el instante en que fueron concebidos, puesto que ese instante es único. El hombre verdaderamente digno de ese nombre, debe, pues, rodear de respeto el acto que le perpetúa; no se unirá á la mujer que ama con un amor noble y puro sino en los momentos en que, por el soberano poder del amor, todas las facultades de su cuerpo y de su alma sean armónicamente elevadas á su mas alta potencia (1).

(1) Nos es imposible abordar aquí, ni aún sumariamente, todas esas cuestiones que no hacemos mas que indicar para señalar su importancia. Hace mucho tiempo que nos parecia

VII

DEL AMOR ANTES DEL MATRIMONIO, O DE LOS DESPOSORIOS

No solamente el amor debe cimentar la union de los dos séres que por su libre consentimiento están destinados á fundir, durante todo el curso de su vida, sus dos existencias en una sola, sino que debe tambien preceder á esta union. En efecto, la moral quiere que ántes de unirse de una manera irrevocable el hombre y la mujer hayan estado ligados de espíritu y de corazon, es decir, desposados.

La institucion de los desposorios ha sido sancionada por los mas grandes moralistas, por los teólogos de todos los siglos. Es la única salvaguardia posible de la pureza de costumbres durante la juventud : un lazo virtuoso es la mas fuerte barrera contra las inclinaciones impuras; y miéntras ménos avanzada ha sido la época de su vida en que

sensible no existiese sobre la generacion del hombre un libro serio y decente, escrito á nombre de la ciencia, en un estilo sencillo y casto, en que las personas casadas pudieran estudiar sin ruborizarse esa materia que les interesa tanto en su persona y en su posteridad. Nos hemos esforzado en colmar ese vacío en una obra que está de venta bajo el título siguiente : *DE LA SALUD DE LOS CASADOS, ó Fisiología de la generacion del hombre, é higiene filosófica del matrimonio.*

ha nacido el amor de los esposos, mas fuerte y duradero es su mutuo cariño.

A la edad de la pubertad el individuo se completa no solamente bajo el aspecto fisiológico, sino tambien y sobre todo, bajo el aspecto moral, por tendencias y necesidades nuevas.

Un deseo oscuro que domina todas las facultades del espíritu se abre paso en esa época de nuestra existencia : deseo de amor, afecto del alma, que todo hombre ha sentido una vez por lo ménos en su vida y cuyo poder nadie intentará negar. El primer efecto de ese sentimiento nuevo del amor es inspirar la idea del pudor y de la castidad : el jóven ama sin desear. « Trasonidas, jóven griego, dice Montaigne, habiendo ganado el corazon de una mujer, se enamoró tanto de su amor, que rehusó aceptar sus favores, para no amortiguar, saciar y debilitar por el goce ese ardor inquieto del cual se glorificaba y se alimentaba. »

Así, como lo ha observado el inmortal autor de los *Ensayos*, ese profundo observador del corazon humano, la primera impresion de la necesidad de amar conduce al amor moral, y revela nuestra naturaleza superior : el corazon manda, y el espíritu somete el cuerpo á su dominio. El hombre se completa por la accion omnipotente del amor. A esa criatura hecha á la imágen de Dios el amor acaba de hacerla tal, revelándole el Ideal de la vida. El amor es esencialmente creador ; crea primero en el que le experimenta, ántes de crear fuera de él. Así es que esa época de nuestra existencia en que el amor hace sentir sobre todo su vivificante influencia y sus mas ardientes rayos,

es, entre todas, fértil y digna de atención. Entonces acaban de madurar y de brotar todos los gérmenes de virtud que hay en nosotros : el amante, deseoso de agradar á la que ama, busca con ardor lo bello y lo justo, para los cuales existe en él una aptitud maravillosa; se esfuerza en conformarse á lo que conoce ó conjetura de los nobles votos y de los puros deseos de su amante. En fin, nada se puede imaginar de mas dichoso que el tiempo del primer amor, época fecunda de la existencia humana, y que ha producido tantos ejemplos de virtud, de fuerza de alma y de generosidad : « No hay, dice Fedro en el *Banquete* de Platon, ni nacimiento, ni honor, ni riquezas, nada, en fin, que sea capaz como el amor, de inspirar al hombre lo que se necesita para conducirse bien; quiero decir, la vergüenza del mal y la emulacion del bien, y sin estas dos cosas es imposible que ni un particular, ni un Estado haga nunca nada hermoso ni grande. Me atrevo hasta á decir que si un hombre que ama hubiera cometido una mala accion ó sufrido un ultraje sin rechazarle, no habria ni padre, ni pariente, ni persona en el mundo ante quien tuviese tanta vergüenza de presentarse como ante la que ama. Sucede lo mismo con el que es amado : jamas se halla tan confuso como cuando es sorprendido en alguna falta por su amante, de suerte que si por algun encantamiento, un Estado ó un ejército pudiera no estar compuesto mas que de amantes ó de amigos, no habria pueblo que llevase mas allá el horror del vicio y la emulacion de la virtud. Hombres unidos de esa manera, aunque en pequeño número, casi podrian vencer al

mundo entero, porque no hay nadie por quien un amante querría ménos ser visto abandonando sus filas ó arrojando sus armas que por la que ama, y quien no prefiriera mejor morir mil veces que sufrir esta vergüenza, y con mayor razon, que abandonar lo que ama y dejarlo en el peligro. No habria hombre tan tímido á quien el amor no inflamara de valor y de quien no hiciera entónces un héroe; y lo que dice Homero, que los dioses inspiran audacia á ciertos guerreros, se puede decir mas justamente del amor respecto de los que aman. »

¿Dónde podriamos encontrar un medio mas poderoso de elevacion moral? Así es que no se puede agradar en el amor mas que por la práctica de las cosas mas bellas y de las mas bellas acciones; y es la verdadera vía por la cual llegamos al conocimiento de las unas y á la práctica de las otras. Haciéndonos contraer la costumbre de pensar bien y de obrar bien, nos conduce gradualmente de perfeccionamiento en perfeccionamiento.

Los desposorios son el medio mas poderoso de revelacion del amor casto, y el único que puede, en la época borrascosa de la juventud, hacer conservar la virginidad del cuerpo y del alma. « El amor, dice Plutarco, tiene tanta modestia, tanta continencia, tanta fidelidad, que si se introduce en las almas extrañas á esas virtudes se las hace concebir. Aquellos á quienes el amor domina se encuentran libres de cualquiera otra dominacion. »

Así es que, sin los desposorios, es decir, sin la fecunda educacion del amor casto, el matrimonio no es mas que una institucion grosera, porque el

completo abandono de la persona no puede ser puro y legítimo sino como consecuencia de la union de los corazones.

Débase, pues, condenar con sobrada energía la opinion generalmente adoptada, pero tan culpable en su ligereza, de que el hombre que ha gastado en los placeres sensuales todas las fuerzas de su juventud, que se ha inclinado ante todos los altares de la Vénus popular, es el mejor de los maridos. ¡Nó, eso no puede ser! porque en la primavera de la vida, si un soplo deletéreo impide á la tierna flor del amor casto abrirse en nuestro corazon, como toda semilla que no germina á su debido tiempo, esa planta divina muere para siempre. Y así mismo, el que en sus mas hermosos años ha gastado toda su energía en voluptuosidades sensuales y ha dejado manchar su alma por tan impuro contacto, será siempre un hombre disoluto : ha profanado y disipado el principio de los sentimientos generosos, todo sentimiento elevado de la vida ha muerto en su corazon, y todas las regiones superiores del dominio intelectual le serán desconocidas para siempre.

El uso de los desposorios remonta á la mas alta antigüedad; fueron conocidos de los pueblos del Lacio, los Romanos los adoptaron; los Griegos los han seguido; se encuentra ejemplos de ellos en el Antiguo Testamento, y el Evangelio nos enseña que José se desposó con María.

Todavía hoy, en Alemania, los desposorios han conservado su carácter poético y moral; frecuentemente duran, siempre respetados, muchos años. Algunas veces, con el corazon lleno del recuerdo

de la que ama, el desposado se aleja para acabar su educacion, perfeccionarse en las ciencias ó en las artes y prepararse á los deberes de padre de familia, que no por estar llenos de dulzura son ménos austeros. A su regreso, lleva á la amante fiel un corazon, que ha permanecido puro, engrandecido y fortificado. Por el estudio, ha adquirido la ciencia; por el trabajo, la habilidad profesional; se ha hecho hombre, en fin, y en adelante sabrá proveer á las necesidades de su familia, protegerla y guiarla. Solo entónces se convierte en esposo, y busca, por el cumplimiento del deber, la felicidad en el matrimonio. El recuerdo del tiempo de los desposorios, época de los nobles deseos, de las sublimes aspiraciones y de las mas dulces esperanzas queda de allí en adelante en la memoria de los dos esposos como el de los mas hermosos dias de su vida, sobre la cual, hasta su declinacion, derrama su ardiente luz y sus vivos colores.

¿Quién no comprende, por este bosquejo, cuán excelente era esa costumbre de nuestros abuelos, abandonada por desgracia en nuestros dias, pero á la que nuestros hijos deberán volver con toda la prudencia que ella reclama?

Hoy se abrevia el tiempo que precede al cumplimiento del matrimonio : se mide las horas de conversacion al jóven y á la jóven que van á unirse para siempre ; se cuida sobre todo de que jamas se hablen sin testigos ; en una palabra, se les coloca en condiciones que los hacen casarse sin conocerse, y muchas veces engañarse sin quererlo. El acuerdo de las fortunas es casi siempre el punto de partida de los matrimonios de nuestro tiempo.

Se encuentran pocos padres que sigan el ejemplo de Temístocles. De dos amantes que pretendían á su hija prefirió el hombre honrado al rico : « Quiero mejor, dijo, un hombre sin dinero que dinero sin hombre. » ¿Cómo puede uno asombrarse de ver tan pocas familias felices? ¿Semejantes costumbres no minan por su base esa grande y fundamental institucion de la familia?

SEGUNDA PARTE

IDEAL DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA

NOCION GENERAL DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA

I. — El matrimonio tiene por objeto la asociacion complementaria de un hombre y de una mujer con la mira de su perfeccionamiento mutuo. Nos hace adquirir para toda nuestra vida, un compañero para ayudarnos en nuestros trabajos, un amigo sincero y adicto para participar de nuestros goces y consolar nuestras penas, un guia seguro para ayudarnos á cumplir la voluntad de Dios y conducirnos á El.

Por el nacimiento de los hijos constituye la familia, que tiene por objeto velar por que, en su desarrollo tan lleno de gracia, el hombre que viene á la vida vaya por los senderos de la virtud, y que la bondad primitiva de su naturaleza no sea, por falta de un guia prudente y decidido, corrompida por el vicio de los que le rodean.

En la familia, verdadera escuela de amor, el contacto de los tiernos cuidados de su padre y de su madre, de las caricias de sus abuelos, bajo los rayos de las ardientes y puras simpatías de los

hermanos y de los amigos, es donde el hombre aprende primero á amar; allí es adonde trasporta, convertido en esposo y tronco él mismo de una nueva familia, su alma engrandecida por el estudio de la naturaleza y el amor de la humanidad; allí es en fin donde su corazón recibe su último y supremo perfeccionamiento, si se deja penetrar por la gracia inefable de las criaturitas inmaculadas sobre las cuales le encarga velar la Providencia.

II. — No hay para el hombre vida completa mas que en el matrimonio, puesto que allí es solamente donde posee esa facultad de reproducción que, en la naturaleza, caracteriza al sér completo. En efecto, la creación no ha sido destinada á recaer en la nada al día siguiente de aquel en que ha salido de las manos de su Autor, y para perpetuar su obra, todo sér ha recibido la facultad de asegurar en el mundo la vida continua de su tipo. En las especies inferiores, el individuo se reproduce sin salir de sí mismo, y solo en un grado mas elevado de la escala de los séres es donde tiene lugar la separación de los sexos, que resulta del perfeccionamiento de los organismos y de la complicación que es su consecuencia. Así todo sér, mortal como individuo, debe, para asegurar la vida de la especie, dejar tras sí, cuando ha cumplido su fugitiva existencia, otro sér semejante á él que le reemplace. No hay, pues, bajo el punto de vista fisiológico, mas que un fragmento de sér, allí donde falta la facultad procreadora; y el sér verdadero no existe sino por su unión con otro individuo dotado, bajo ese aspecto, de facultades complementarias de las suyas.

El hombre real y completo, compuesto del hombre y de la mujer, ha recibido, pues, verdaderamente de Dios, con la facultad de reproducirse, el don de la inmortalidad.

La vida corre en el seno de la creacion, á través de cada uno de nosotros; es un beneficio que estamos encargados de transmitir, y el que, despreciando los órdenes de Dios, rehusa cumplir con este deber, se mutila él mismo y permanece aborto. Porque no solamente no debemos buscar para completarnos esa mitad de la unidad de que no somos mas que un fragmento, sino que tambien esa unidad humana debe á nuestra vista reproducirse en el niño.

Los individuos pasan, es verdad, pero á la manera de los corredores de los Panateneos, cada uno viene á su vez á tomar de sus antecesores, para llevarla mas léjos, la antorcha de la vida.

... Inter se vitai lampada tradunt.

Nuestra memoria puede muy bien borrarse de la superficie de la tierra sin que por eso perezca toda huella de nuestra vida. Porque, por la herencia, gravamos primero en nuestros hijos el sello de todo nuestro sér; y, mas tarde, por el ejemplo y la educacion de la familia, repasando el buril por los rasgos primeros é incompletos, concluimos en cuanto nos es posible, esa imágen de nosotros mismos. Nuestros hijos podrán modificar esa efigie con la cual están sellados, cambiarle ciertos rasgos, agregarle otros, pero jamas desaparecerá en ellos por completo la huella de sus padres. Nuestras cuali-

dades, nuestros defectos, nuestra vida entera, deja así un largo surco en el mundo en que hemos vivido. De ahí nuestra justificación ó nuestra condenacion, porque en la felicidad ó en el sufrimiento de nuestros descendientes, en el bien ó en el mal que es obra suya, nuestra responsabilidad subsiste y remonta hácia nosotros.

III. — La pareja no es, por lo mismo, mas que una unidad incompleta en tanto que los hijos en los cuales revive no han llegado á formar y constituir la familia.

En la vida, es decir, en los séres organizados, « todo concurre y todo consiente, » segun la bella y profunda expresion de Hipócrates. Sucede lo mismo en la familia, que es un verdadero organismo cuyos diversos elementos, unidos por los lazos mas íntimos, concurriendo al mismo objeto, gozan cada uno de funciones especiales destinadas á su propio perfeccionamiento físico y moral, y á la trasmision á las generaciones nuevas de esos perfeccionamientos que son el objeto normal de la vida humana.

El padre, el elemento de la fuerza y de la actividad, tiene por funciones representar la familia ó dirigirla en sus relaciones con el mundo exterior, y de ese modo asegurar su conservacion y su desarrollo.

La mujer, tan bien dotada con respecto á la gracia, á la penetracion del espíritu y á la fácil simpatía del corazon, tiene por mision presidir la vida interna de la familia, cuyo bienestar asegura con su ciencia de los detalles domésticos, al mismo tiempo que por su dulzura y su paciencia consti-

tuye su encanto y conserva su paz. Fuente fecunda de donde dimana la humanidad, su rasgo característico, su función principal es la de ser su nutridora. Ella es la que con lo más puro de su sangre provee á nuestras necesidades durante nuestra infancia, y ella también la que, aplicando á todos los miembros de la familia el producto del trabajo del hombre, continúa asegurando á un tiempo nuestra existencia y nuestro bienestar. En razón de sus eminentes facultades de educadora, despierta al conocimiento y al amor nuestro espíritu y nuestro corazón, les ministra sus primeros alimentos. En una palabra, cuerpo y alma, la mujer es la que nos hace lo que somos.

¿Quién, pues, se atrevería, en presencia de esas nobles funciones de la mujer, á tratar seriamente de la cuestión de desigualdad, y decidir que porque ella se diferencia del hombre le es inferior? ¿No es el hombre la carne de su carne, y no es su alma una chispa desprendida de la suya? ¿No á expensas de su sustancia crece nuestro cuerpo? ¿No de su boca recibimos nuestros primeros conocimientos, y la llama del amor no se enciende en nosotros por su inagotable bondad, por su amor sin límites?

En fin, el hijo es el complemento natural é indispensable de la familia, que, sin él, carece de un término necesario, aquel por el cual se sobrevive y se hace inmortal.

Por el hijo, el padre y la madre, fragmentos de un mismo ser, reviven en la unidad de un solo organismo. Es él quien debe asegurar como riquezas adquiridas para el tesoro común de la especie

humana, los progresos y los perfeccionamientos de toda especie, á los cuales, por sus esfuerzos, se han elevado el padre y la madre. Por la herencia se hace depositario de la fuerza y de la belleza de su cuerpo, de la elevacion de su espíritu y de su corazon, de todas sus adquisiciones en la ciencia práctica del bien y de lo justo. De manera que él es su recompensa ó su castigo, segun que se han elevado ó han descendido, que se han mejorado ó empeorado, y que por los cuidados que han dado á su educacion, le han hecho capaz de sacar partido de todas las riquezas de su alma, ó bien que, por su falta de vigilancia, han dejado extraviar á la tierna criatura que Dios les habia confiado al enviarla á este mundo.

IV. — La familia, reducida á sus elementos indispensables, á sus límites más estrechos, no se compone mas que de tres términos : el padre, la madre, los hijos. Pero los hijos mismos no tardan en convertirse en el centro de un nuevo círculo, dando nacimiento á otros séres. Emanacion de la familia primera que es el foco, de que son los rayos, los hijos que componen esta nueva generacion así como los que la siguen, deben permanecer unidos para siempre por un lazo muy poco honrado hoy, el del parentesco. En sus venas corre la misma sangre; su alma se ha iluminado con el mismo fuego. Desde la cuna han aprendido á amar á los mismos séres, han sido fortificados por los mismos ejemplos, heredan el honor y algunas veces la gloria de los mismos padres. A nombre de su comun origen y de sus recuerdos de infancia y de juventud, todos los parientes que componen

los círculos más ó ménos numerosos de la misma familia deben sentir y conservar entre sí sentimientos de afecto, de benevolencia y de adhesión muy particulares, mas íntimos y mas profundos que los que unen á los demas hombres. Débese respetar mucho estos lazos cuyo debilitamiento es uno de los males mas graves de la sociedad de nuestro tiempo.

De todos los deberes de parentesco, los mas serios y mas extensos son los que corresponden á los padres grandes. Sus beneficios para con nuestro padre y nuestra madre han llegado directamente hasta nosotros. Llegados al término de la vida, cuyas pruebas han dejado huellas en su cuerpo y en su alma, libres del trabajo y de los cuidados de la lucha, en el seno de la cual vive todo sér que participa de la vida activa de la sociedad; recogidos, graves, y por decirlo así, santificados por la preocupacion de los pensamientos eternos que se apoderan del hombre á la orilla de la tumba, su alma enternecida y rebosando de una indulgencia sin límites es particularmente propia para atraerse á los niños y ganar su corazon. Previendo bien, á nombre de su experiencia, todas las severidades futuras de la vida y todos sus dolores, compadecen á esos pequeños séres nacidos ayer, tratan de dar toda la felicidad posible á esas criaturas cándidas y puras, tan fáciles de conquistar. Los unos ignoran todavía el mal, los otros se esfuerzan en olvidar el que han sufrido, y de ahí viene que se entiendan tan facilmente. El abuelo que tan penosamente ha adquirido la ciencia de la vida, querría comunicársela á su nieto, hacerle evitar los

escollos y los naufragios que amenazan á los novicios, y á los cuales no siempre escapan los mas experimentados. Transportándose á los años de su infancia, le agrada repasar en sus largas conversaciones con él todos los recuerdos de la familia, y se complace en depositar en su espíritu y en su corazon la tradicion de sus propios abuelos, hácia los cuales, buscando las dulces huellas de su infancia, le trasporta la memoria con emocion. Por sus beneficios, por su inagotable bondad, por su gravedad templada de ternura, por la elevacion de ideas tan natural en un viejo noblemente dotado, el abuelo es el primero que nos inicia en la ciencia de la vida, nos enseña sobre todo el amor y la veneracion de la vejez, el respeto de las tradiciones de familia. El sello que imprime en nuestra alma es uno de los mas preciosos y de los mas fecundos que deben subsistir en nosotros para siempre. Asi es que permanecerá en nuestra memoria como la personificacion de la familia á que pertenecemos, cuyos antecesores hace revivir con sus narraciones, y cuyas virtudes recuerda por su conducta. Nos ha enseñado á honrar lo que ha sido honrado por los nuestros, lo que les ha valido su buena reputacion, la consideracion de la sociedad, el respeto y el amor de la familia.

Instruidos de esa manera, el culto de los antecesores, la tradicion doméstica profundamente grabada en nuestro corazon vendrán á ser la fuente de muchas virtudes. Sentiremos toda la fuerza que une las diversas ramas del tronco familiar á que pertenecemos. Honor, probidad, valor militar, virtudes cívicas, cualesquiera que sean, en una pala-

bra, las virtudes que han caracterizado nuestra raza, nos sentiremos comprometidos por la fuerza del ejemplo á reproducirlas en nuestra vida.

El respeto de las tradiciones de la familia nos hará mas fuertes en el bien, mas poderosos para resistir á las funestas inclinaciones. El que sabe que será comparado á una larga serie de parientes virtuosos y honrados temerá, si en él es débil el amor al bien, aparecer, como un anillo sombrío que la mancharia, en esa larga cadena de nombres que han sido siempre puros, muchas veces durante siglos. El saludable temor de deshonorar á los suyos unido al de una compasion humillante, vendrá á fortificar su debilidad. No solamente de un nombre ilustre, sino tambien de un nombre honrado, debido á la dignidad de la vida y á la elevacion del corazon, conviene decir: *Nobleza obliga*.

El espíritu y la tradicion de la familia permiten pues un noble orgullo, á la vez modesto y legítimo, al que descende de una serie de gentes honradas; y la union de todos los parientes que la componen es una fuente de fuerza y de felicidad.

Que las reuniones frias y ruidosas de la sociedad moderna, en que reina la vanidad tanto como el amor del placer, no destronen, pues, las de la familia, tan amadas de nuestros padres, donde deben encontrarse sobre todo la sinceridad, la benevolencia y la cordialidad; que los festines lujosos no hagan olvidar las modestas agapas de la familia, donde se estrechan los lazos de la sangre, donde, como en un hogar sagrado, se revive la memoria de los antecesores y la piedad hácia los abuelos.

II

DE LAS FACULTADES HUMANAS, DE SUS DIFERENCIAS Y DE SUS CARACTERES COMPLEMENTARIOS EN EL HOMBRE Y EN LA MUJER.

El « conócete á tí mismo » de Sócrates, ese primer precepto de la sabiduría, no es ménos aplicable á la pareja que al individuo. En efecto, sus dos elementos deben conocer á un tiempo sus propias facultades y las de su compañero, lo que posee cada uno de ellos, y lo que les falta, á fin de poner en comun sus dones particulares, de compensar la debilidad del uno con la fuerza del otro, y de hacer su union provechosa para ambos.

El hombre y la mujer, separados, aislados, son seres incompletos, y solo forman un todo por su reunion en la unidad de la pareja. « Dios crió al hombre varon y hembra, dice la Escritura, y, agrega, no son dos, son una sola carne. » No son ni iguales ni opuestos, sino desemejantes. Su union complementaria en la pareja es necesaria, porque el uno carece de las cualidades que el otro posee, y esas cualidades que no encuentra en sí no son ménos indispensables á su vida que aquellas de que está dotado. « El hombre no es sin la mujer, ni la mujer sin el hombre, ante el Eterno », ha dicho san Pablo (1).

La inteligencia y el corazon tienen, pues, un sexo; lo mismo el cuerpo. Y áun el sexo se revela pri-

(1) *Epistola á los Gálatas.*

mero por la inteligencia, porque desde la infancia agradan á los niños las ocupaciones de los hombres y á las niñas las de las mujeres. Estas diversidades no tienen, sin embargo, todo su relieve mas que en el sér que está en posesion de la plenitud de la vida, y sobre todo, en los individuos mas eminentes de uno y otro sexo. Como lo ha dicho un escritor distinguido de nuestro tiempo (1), « las mujeres mas cumplidas son tambien, en razon misma de su perfeccion, las mas esencialmente mujeres por la manera de sentir y de pensar. Se puede decir otro tanto de los hombres superiores. Solamente la mediocridad es neutra. »

Entre el hombre y la mujer, la distincion se halla establecida, no por una diferencia en la naturaleza y el número de las facultades, sino por una disposicion diferente de las facultades, estando las que en el uno son mas poderosas y mas desarrolladas, en segundo lugar y debilitadas en el otro. « Una mujer perfecta y un hombre perfecto no deben parecerse ni en el espíritu ni en la cara (2). »

La organizacion física del hombre es mas poderosa, mas á propósito para soportar la fatiga, las influencias exteriores, tan frecuentemente contrarias, y, por lo mismo, le da una aptitud mayor para obrar sobre la naturaleza, para modificarla segun las necesidades de la vida. Así es que ha recibido la mision de trasformar el mundo físico, de apropiarle á sus necesidades y de hacerse de él un auxiliar poderoso.

(1) Daniel Stern, *Bosquejos morales*.

(2) J.-J. Rousseau.

La construcción física de la mujer es más delicada y más frágil, su sistema nervioso es más impresionable. La imposibilidad en que estaría ella de luchar contra las fuerzas de la naturaleza, de someterlas; su continua necesidad de auxilios, demuestran que está destinada á recurrir, en todas las circunstancias en que la fuerza le falta, al enérgico apoyo del brazo del hombre. Por la delicadeza y la gracia de su persona, está destinada á los cuidados de la familia, al embellecimiento del hogar, y al ornamento del mundo.

La inteligencia del hombre, en relación con una organización física más robusta, servida por un sistema nervioso menos fácil de conmover, pero más poderoso, soporta mejor el esfuerzo de una atención prolongada. Su concepción es menos rápida, pero más profunda; tiene menos fineza, pero más aptitud para generalizar, para abstraer, para encadenar largas series de razonamientos; sabe mejor ver las cosas bajo todas sus facetas, coordinarlas por el método. A una impresionabilidad menos viva, á una imaginación menos pronta, se une más precisión, más imparcialidad en el juicio. Así es que, en virtud de todas esas cualidades, el espíritu del hombre se dirige espontáneamente y con buen éxito, hácia el descubrimiento y la invención en las ciencias y en las artes, hácia el progreso en la sociedad.

El espíritu de la mujer es más vivo y más penetrante que el del hombre. Pero, en razón de su extremada sensibilidad, es más móvil; su impresionabilidad demasiado grande turba á cada instante la imparcialidad de su razón, y con mucha frecuen-

cia el acto precede al juicio, sin que la voluntad, falta de luz y de fuerza, pueda oponerse á ello.

El hombre, dotado de una atencion mayor, es mas dueño de su pensamiento y de sus acciones.

Pero si, bajo ciertos aspectos, el espíritu de la mujer presenta tantas imperfecciones, nada iguala su penetracion y la fineza de sus apreciaciones en todo lo que toca al espíritu y al corazon. Lee, por decirlo así, como en un libro abierto, nuestros pensamientos, nuestras secretas afecciones; y la facilidad con que las comprende ó se asocia á ellas es uno de sus mas preciosos dones. Por eso es el sér compasivo y consolador que nos ayuda, nos anima, nos sostiene y hace renacer la esperanza en nuestro corazon, despues de habernos evitado por su penetracion sutil, hasta el trabajo de divulgar nuestros males. Por esa eminente facultad de penetracion y de simpatía que la distingue, la mujer, tan bien dotada para unirse por el espíritu y el corazon al espíritu y al corazon de todos cuantos la rodean, es el lazo de la familia y de la sociedad, y la mejor educadora del hijo. Tambien se debe remontar á esa fuente para encontrar el origen del imperio que tan naturalmente adquiere sobre el hombre; poder lleno de grandeza y de nobleza, como sucede muchas veces y podria suceder siempre, le emplea en dirigirle hácia el bien.

« Los Galos, dice Tácito, piensan que hay en el sexo femenino algo de santo y de inspirado, y no desprecian ni sus consejos ni sus respuestas.» Así, desde la antigüedad, se habia observado la suprema habilidad de la mujer para decidir, por un instinto mas seguro que el razonamiento, el mejor partido

que debia tomarse en las circunstancias mas difíciles y mas complicadas. Así es que las mujeres gá-las poseian una parte considerable en el ministerio sagrado, y como á las pitonisas y á las sibilas de la Grecia y de Roma, á ellas se atribuia el derecho de pronunciar los oráculos. En la isla de Sena existia un monasterio compuesto de nueve vírgenes que pasaban por conocer el porvenir y que eran consultadas en todas las grandes dificultades que interesaban la suerte de la nacion.

Para admitir todo lo que hay de cierto en esa opinion de los antiguos, no hay necesidad de invocar lo sobrenatural. Basta observar que, por una organizacion física mas inmaterial que la nuestra, la mujer, mas emancipada del cuerpo, se halla tambien mas próxima á un estado hasta cierto punto superior á la condicion terrestre, y reconocer, lo que es incontestable, que está dotada de una manera muy particular de la facultad de elevarse á las cosas divinas, de comprenderlas y de trasmitirnos su nocion. Así la mujer, la de nuestro país, sobre todo, como lo observa Tácito, posee por excelencia el don de reunir en sí todos los rayos celestes que deben alumbrar nuestra marcha por el mundo. Reconozcamos en ella nuestro mejor consejero y nuestro mejor guia en las circunstancias difíciles de la vida, como nuestra inspiradora natural en todas las cosas nobles, puras, elevadas. Puesto que ha sido llamada á ese papel sublime, velemos pues porque la educacion de ese sér privilegiado esté en relacion con su naturaleza y su destino; en el matrimonio, démosle su verdadero lugar, y conservemos toda la digni-

dad del sér que por el vuelo instintivo y poderoso de su alma debe conducirnos al cumplimiento de la voluntad celeste.

Pero si por algunos lados de su naturaleza intelectual la mujer vale mas que el hombre, le es superior, sobre todo, por el corazon. El amor, en ella, domina todo, y llega facilmente á la perfeccion. Sócrates, que hacia profesion de no conocer mas que el amor, debia á Diótima de Mantinea, « esa primogénita de la familia de las Beatrices », todo lo que sabia acerca de él. El amor de la esposa por su esposo, de la madre por sus hijos, que son los mas decididos y mas inalterables de todos los amores, son casi toda la ocupacion de la vida de las mujeres. En el interior de la familia, la mujer reina por el cariño y la ternura; ella es la que anima, la que consuela, y la que, estableciendo la union de los corazones, es la verdadera fuente de la felicidad doméstica. En la sociedad, ella es tambien la que por la inagotable riqueza de su corazon y el encanto de su espíritu, establece entre los hombres los lazos mas dulces y mas fuertes.

Así, el estudio de las facultades humanas en uno y otro sexo, revela no su identidad, sino su diversidad, y las diferencias profundas y características que las distinguen son las que hacen necesaria su alianza y conforme á los designios de la Providencia. Es preciso unir la fuerza y la belleza, la inteligencia y el corazon, puesto que llamados á completarse lo uno por lo otro, no pueden subsistir aisladamente.

Léjos de querer ser iguales á la manera de los partidarios de la quimérica igualdad de los dos

sexos, el hombre y la mujer deben esforzarse en dar á las facultades y á las aptitudes que les son propias, todo su desarrollo, conservándoles con cuidado los caracteres particulares que revisten en cada uno de ellos. Querer hacer de la mujer la igual del hombre, dotándola de las mismas facultades, del mismo poder y de las mismas funciones, es querer despojarla en vano de los magníficos presentes que Dios le ha hecho, é intentar locamente revestirla de los atributos masculinos. Es preciso que permanezcan desiguales, que conserven sus facultades diferentes y complementarias. Jamas llegarán á ser otra cosa que los dos fragmentos de un sér que, el uno sin el otro, permanecen incompletos. Toca solamente á la pareja, segun la voluntad divina, llegar al completo goce de todas las facultades humanas.

Pero si hay motivo para rechazar la falsa igualdad (á la que algunas mujeres que no alcanzan mas que el ridículo, dirigen sus pretensiones), porque ella desconoce las diferencias que distinguen al hombre y á la mujer, no se debe dejar de admitir su igualdad ante Dios, á cuyos ojos tienen un mismo valor y no son mas que las dos mitades iguales de un mismo todo sin que haya lugar de buscar entre ellas ni superioridad ni inferioridad. Como lo ha dicho J. de Maistre, «las mujeres, en manera alguna, están condenadas á la mediocridad; pueden aún aspirar á lo sublime, pero á lo sublime femenino. Cada sér debe permanecer en su puesto, y no afectar otras perfecciones que las que le pertenecen. La mujer no puede ser superior mas que como mujer; pero luego que quiere con-

vertirse en émula del hombre, no es mas que un mono.» Despues, respondiendo á esta pregunta : Las mujeres son capaces de hacer todo lo que hacen los hombres? « La verdad, responde (1), es precisamente lo contrario. Las mujeres no han hecho ninguna obra maestra en ningun género. No han hecho ni la *Iliada*, ni la *Eneida*, ni la *Jerusalen libertada*, ni *Fedra*, ni *Tartufo*; ni el Panteon, ni la iglesia de san Pedro; ni la Vénus de Médicis, ni el Apolo de Belvedere; ni el libro de los *Principios*, ni el *Discurso sobre la historia universal*; no han inventado ni el álgebra, ni los telescopios, ni la bomba para el fuego, ni el telar para las medias, etc.; pero hacen algo mas grande que todo eso : sobre sus rodillas se forma lo que hay de mas excelente en el mundo : un hombre honrado y una mujer honrada. Si una señorita se ha dejado educar bien, si es dócil, modesta y piadosa, educa hijos que se le parecen, y esa es la obra maestrá mas grande del mundo.»

Dividiendo entre el hombre y la mujer los dones que ha hecho á la especie humana, Dios ha mostrado claramente su voluntad á su respecto. Si los ha creado desiguales, es porque queria que siguiesen unidos por parejas el sendero de la vida, y que, gozando juntos de la totalidad de sus dones tuviesen ademas el amor, ese lazo poderoso que los reune, los fortifica y los consuela.

Así la asociacion conyugal es la ley de Dios; estamos destinados á marchar á la perfeccion, no solitariamente sino de dos en dos; y las almas ge-

(1) J. de Maistre, *Cartas y opúsculos*, t. I, p. 148.

melas, separadas en la superficie de la tierra, deben buscarse, reconocerse en la simpatía misteriosa que las impulsa la una hácia la otra, y remontarse al cielo juntas.

Que el celibato pertenezca, pues, solamente á algunos raros individuos tan grandes por el espíritu como por el corazón, que se sienten llamados á servir exclusivamente al género humano; que tengan á la humanidad por esposa, y por posteridad el bien hecho por ellos. « Las victorias de Leuctres y Mantinea son mis hijas inmortales », respondió Epaminondas á álguien que le reprochaba no tener hijos. Lamentábanse ante Miguel Angel de que no se hubiera casado, y de que debiese morir sin posteridad : « He tenido al arte por esposa, dijo, y la obra que dejo es una posteridad que me basta bien. »

La voluntad del Creador, relativamente al matrimonio, está escrita en cada uno de nosotros con caracteres indelebles. Se puede muy bien todavía vencer la carne y sus imperiosas necesidades, pero lo que es indestructible, es un vago sentimiento de lo incompleto de nuestra persona, son las aspiraciones instintivas que nos advierten que, fuera del matrimonio, nos falta el mejor de nuestros medios de perfeccionamiento. No podríamos prescindir sin perjuicio de esa mitad de nosotros mismos que debe regocijarse de todos nuestros goces, sufrir con todos nuestros dolores, duplicar los unos, aligerar los otros, y estimularnos á obrar bien, aunque nos cueste un sufrimiento, ó detenernos en la pendiente del mal, á pesar del atractivo del placer. En fin, á tantas voces que nos gritan que nos con-

formemos al voto de la naturaleza, viene á unirse el irresistible deseo de transmitir el beneficio de la vida, á fin de que encontremos en el amor de los hijos, al mismo tiempo que el mas poderoso estímulo para el trabajo, la fuente mas segura de elevacion moral y de verdadera felicidad.

III

DE LA INVESTIGACION DE LAS CONFORMIDADES MORALES ENTRE
LOS ESPOSOS Y DE LOS PRINCIPIOS DEL MATRIMONIO.

I. *Investigacion de las conformidades morales.* — Si el hombre y la mujer aislados son seres imperfectos hasta que han encontrado esa mitad de sí mismos á la cual están predestinados á reunirse, en qué signo, en el caos del mundo, se reconocerán esos dos fragmentos de un solo todo? Como lo ha dicho Pascal: « El hombre que busca algo que amar no puede encontrarlo mas que en la belleza; pero como es él mismo la mas bella criatura que Dios haya jamas formado, es preciso que encuentre en sí mismo el modelo de esa belleza que busca en otra parte, porque no se desea solamente una belleza, sino que se desea en ella mil circunstancias que dependen de la disposicion en que uno se encuentra, y en este sentido puede decirse que cada uno tiene el original de su belleza cuya copia busca en el ancho mundo (1).»

(1) Discurso sobre las pasiones del amor.

Tal es, en efecto, la causa primera del atractivo que conduce á la union conyugal; tal es la antorcha cuya luz nos hará encontrar al sér que deberemos asociar á nuestra vida.

Tomar otro guia, dejarse conducir por consideraciones humanas, en vez de escuchar al consejero que habla en nuestro corazon, es confiar al azar el acto mas importante de nuestra vida y exponerse locamente á pesares eternos.

Seguramente, como dice Pascal, cada uno de nosotros lleva en sí mismo, en virtud de su naturaleza y de las cualidades de que está dotado, cierto ideal de la belleza que deberá realizar el sér á que conviene que se una. Si sigue fielmente esa luz encontrará la compañera de su felicidad. Solo la ignorancia, la falta de atencion, motivos á los cuales son extrañas las cualidades de la persona, pueden conducir á malas elecciones.

La belleza del cuerpo es generalmente la manifestacion sensible de la belleza del alma y de sus buenas cualidades. Es raro que una alma perversa habite un hermoso cuerpo. Así es que, por la inspeccion del semblante, las personas atentas y dotadas de algun espíritu de observacion conocen con bastante exactitud las facultades y las costumbres de los hombres. No solamente hay que atenerse á las facciones, porque no traducen las cualidades del alma, sino que mas bien debe pedirse á la expresion del semblante que las revele. En realidad, la fisonomía es la que constituye verdaderamente la hermosura ó la fealdad. Una figura afable, alegre, agradable y benévola, es siempre bella, y cualquiera que sea la hermosura de las facciones, una

figura sombría, inquieta, desagradable y malévola se encuentra siempre fea; de manera que se puede decir que lo bello y lo bueno no son mas que una misma cosa.

Hay pues para cualquiera que sabe ver, un signo por el cual puede reconocer al sér que está llamado á completarle. Pero cualquiera que sea el valor del conocimiento así adquirido, la prudencia exige que se ratifique por todos los medios posibles, y no hay otro mejor que el estudio de las circunstancias hereditarias, tanto morales como físicas. La vida y las cualidades de los padres son las mas seguras garantías de las de los hijos.

II. *De los principios del matrimonio.* — Sucede con las almas lo que con la tierra que siembra el agricultor; preciso es, para hacerlas fecundas, que todo se haga á la hora y en la estacion convenientes. Pues bien, ningun momento es mas propicio á la fusion de las almas de los nuevos esposos que los primeros dias del matrimonio.

La jóven no se hace mujer en un dia, como el hombre en un dia no se hace esposo. Los dos, ántes de llegar á formar un todo armónico, tienen que trasformarse. De sus facultades, de sus gustos, de sus costumbres, unos deben ser desarrollados, otros modificados ó destruidos. La fusion de dos séres en uno solo demanda mucho tiempo y mucho cuidado. Se necesita una inagotable buena voluntad, una sinceridad perfecta, una completa y constante expansion de corazon, y por ambas partes, una paciencia que nada agote. Sobre todo, es preciso rechazar léjos, muy léjos, la ligereza, la indiferencia, el amor propio, el orgullo, todo lo que aisla, cierra el corazon, extravía el espíritu.

Los dos esposos deben ser el uno obra del otro. Los dos comienzan una vida nueva, á la cual, en defecto de los desposorios, deben servir de cuna los primeros dias del matrimonio. Es preciso que, segun la expresion de Sócrates, « á nombre de su afecto, los esposos se sirvan mutuamente de preceptores. » La mujer, sobre todo, mas jóven, mas extraña á la vida práctica, ménos preparada y fortificada por estudios serios, debe principalmente al principio hacerse discípula del marido, que se consagrará con felicidad á la educacion de su compañera hasta que le haya elevado al mundo intelectual y moral que él habita.

La jóven debe venir á su marido con abandono y confianza, con el corazon sometido por el amor, completamente llena de buena voluntad, y dispuesta, segun el consejo de Plutarco, á hacer de él « su preceptor y su maestro en todas las bellas ciencias. » Es una planta nueva, que es preciso cultivar y que aspira á encontrar en su esposo un guia y un maestro que la instruya, al mismo tiempo que un protector. Desgraciado de aquel que desconoce esa hora propicia, y que, por no saber sacar partido de esa llama de buena voluntad la deja extinguirse ó volverse hácia otra parte! la hora propicia no volverá nunca y se habrá perdido para siempre.

Enseñar á la mujer que hemos escogido, verla penetrarse y colorarse, por decirlo así, de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos, nada hay en el mundo mas dulce! Es el medio mas seguro de asimilacion de las almas. En ese espíritu y ese corazon que se abren ante él en toda su pureza y entregan todos sus tesoros, el preceptor en-

cuentra la revelacion de un mundo nuevo para él : aprende tanto como enseña, se trasforma, el poder de su alma aumenta, crece su destino, y ese es el resultado mas elevado y mas precioso de la union de los corazones y de los espíritus.

Para que esa educacion de la mujer sea posible y fructuosa, preciso es que ella sea jóven, manejable, que no ofusquen su espíritu ideas demasiado arraigadas, que el amor haya abierto su corazon al mismo tiempo que el de su marido, que la una sea una discípula dócil, y el otro un maestro escuchado á causa de su ciencia y de su ternura.

Si, como sucede frecuentemente, hasta el establecimiento de la verdadera unidad, esa educacion de los corazones y de los espíritus el uno por el otro, encuentra, en la difusion de los caractéres, ántes de que desaparezcan sus asperezas, algunos obstáculos imprevistos, algunos sacrificios penosos cuyo fruto no podrá recogerse hasta mas tarde, acordaos de estas bellas palabras de Plutarco : « En cuanto á las espinas de los principios del matrimonio, no las temais como si fuesen graves heridas ó úlceras incurables. Así como nada hay que temer de las incisiones que se hace á los árboles para ingertarlos, nada hay tampoco que temer de los sacrificios que puede haber que hacer para unirse á una mujer virtuosa. La union no puede hacerse sin que los esposos no tengan al principio algo que sufrir el uno del otro. Los principios del estudio de las ciencias son muy penosos, pero no conservan siempre sus espinas; el amor pierde tambien las suyas. Semejante á los licores que se quiere mezclar, produce primero una efervescencia,

pero luego la calma sucede á la turbacion, y el amor toma un asiento sólido y durable. Entónces es cuando se forma la perfecta union de la sociedad conyugal fundada sobre la naturaleza, protegida por la ley y cimentada por una dichosa fecundidad (1). »

En la naturaleza, toda metamórfosis, todo rejuvenecimiento, tienen lugar en el retiro y el silencio. Para convertirse en mariposa, la oruga se teje un capullo que la aisla de toda influencia exterior. Conviene tambien á los nuevos casados alejarse de los ruidos del mundo, de las distracciones de la sociedad, viviendo juntos lo mas posible, guardándose todo su corazón y todos sus pensamientos. Que así sea hasta que su union se halle sólidamente afirmada, es decir, hasta que se hayan creado un fondo comun de ideas y de sentimientos, que hayan penetrado mutuamente los secretos de su carácter, y que la costumbre de amarse haya venido con su dulce lazo á fortificar su vida comun. Miétras mas completamente se aparten de su pasado para vivir juntos en la intimidad, mas rápidamente llegarán á conocerse, á fundir en uno su espíritu, su corazón, su voluntad. Que ese retiro encantador de los principios del matrimonio, tan lleno de encantos, sea para los dos esposos la tumba de su vida pasada y la cuna de una vida nueva.

(1) Plutarco, *del Amor*.

IV

FUNCIONES Y DEBERES DEL MARIDO Y DE LA MUJER.

El marido y la mujer unidos en el matrimonio, deben tener, en razon del carácter particular que revisten en cada uno de ellos las facultades humanas, funciones diferentes, deberes diversos, un círculo particular de actividad. Pero, además, como seres complementarios, debe existir entre ellos un dominio comun, donde se establece la realizacion moral de la pareja, donde reina la verdadera union conyugal.

I. *Funciones y deberes del marido.* — En la sociedad es el marido el que representa la familia. Su espíritu firme, poderoso, extenso, imparcial, se eleva mas fácilmente que el de la mujer á las cuestiones de interes general.

La razon del hombre es sola bastante fuerte para prever en la vida social, es decir, para decidir, siempre que se trata de grandes determinaciones, que indirectamente, y á traves de los intereses generales de la sociedad pueden importar al porvenir de la familia; á él corresponde, pues, tomar un partido y obrar. En general, la mujer no comprende bien mas que las cosas interiores, y se eleva difícilmente á las cuestiones que interesan á la sociedad entera, sobre todo, si existen aunque sea en débil grado, el sacrificio de los intereses de la familia, del tiempo ó de la tranquilidad de espíritu

de su marido. Es ciertamente conveniente que este se esfuerce en hacérselas entender; y muchas veces lo conseguirá; pero como quiera que sea, su deber es consultar su conciencia y seguir sus inspiraciones. La patria es superior á la familia, á la cual encierra en su seno, protege y asegura su existencia, pero no es dado á todas las mujeres comprender esta jerarquía. En ellas sucede muchas veces que el corazón de la madre de familia turba y debilita la razón de la ciudadana. Aquí pues, si hay necesidad de ello, que la voz del marido sea predominante, y que él obre con toda libertad.

Por su profesión, el hombre está llamado á modificar la naturaleza y á neutralizar sus influencias contrarias. Su misión es el descubrimiento y la invención en las ciencias y en las artes. Debe servirse de su fuerza y de su actividad para producir por el trabajo. De él debe venir el bienestar de que la familia necesita para asegurar el completo desarrollo de cada uno de sus miembros. El es, sobre todo, quien por el comercio y la industria está en relación con las demás familias que componen la sociedad. Aquí la mujer puede muy bien ser frecuentemente su asociada, y siempre debe estar iniciada en sus pensamientos, en sus proyectos, en sus actos, porque está hecha para comprender los unos y concurrir á la realización de los otros. El marido debe convencer á nombre de la razón más bien que mandar; la regla es la unión de las inteligencias y de las voluntades; pero, sin embargo, la mujer de espíritu y de corazón rectos comprenderá la gran carga que el trabajo y la lucha de cada día le imponen; la responsabilidad que

hacen pesar sobre él todas las tentativas hechas para la prosperidad de la familia. Puesto que al marido (á sus propios ojos, á los ojos de los suyos y á los del mundo) se atribuyen los triunfos ó los reveses, que le sea dado, en caso de des-acuerdo en las circunstancias graves, mandar á su bordo, y durante la tempestad tener la barra del timon.

II. *Determinacion general de las funciones de la mujer.* — El dominio de la mujer es el interior de la familia; y en el órden natural, el hogar doméstico, donde le está asignado el papel de Providencia familiar, es el primer círculo de su actividad. Al pasar el dintel de su morada, el marido debe despojarse del carácter de que está revestido en la vida exterior, y no buscar mas que el reposo del cuerpo, la calma del espíritu y el consuelo del corazon.

La educacion fisica y moral de los hijos, durante los primeros años sobre todo, ocupa en las atribuciones particulares de la esposa un rango tan importante como las de ama de casa. Nuestras abuelas las Galas excedian en ello : « Las mujeres de la Galia, dice Estrabon, son fecundas y buenas educadoras.» Los Galos no se presentaban en público con sus hijos sino cuando estos se hallaban en estado de llevar las armas; hasta entónces dejaban á sus mujeres el cuidado de dirigirlos. La paciencia, la perspicacia y la ternura femeninas, esas hijas del amor maternal, demuestran el destino providencial de las madres para ser las primeras iniciadoras de los hijos en la ciencia y en la sabiduría.

La administracion interior de la casa y la educacion de los hijos, tales son, pues, los primeros y

mas importantes de todos los deberes de una esposa. Bajo ningun pretexto debia sustraerse á ellos la mujer, y ningun motivo debe de ser bastante poderoso para arrancarla á su cumplimiento. Sin ser exclusivos, están en primer lugar y los demas les están siempre subordinados.

III. — *Del gobierno interior de la casa.* — La mujer debe proteger en el interior los intereses de la familia, repartir segun las necesidades el producto del trabajo del hombre. ¿De que serviría ese trabajo, en efecto, si una mano previsora y económica no velara sin cesar para utilizar su resultado? La mujer es quien le convierte en una fuente de comodidad ó de riqueza; ella es la que crea, por el órden interior, la satisfaccion de los ojos; por el bienestar, la salud del cuerpo; ella es, en una palabra, quien, Providencia visible de la casa, hace de esta, para cada uno de los miembros de la familia, un lugar amado al que todos se complacen en volver, y cuya imágen vive hasta en su último dia, como un vestigio del paraíso terrestre, en la memoria de los que la han habitado.

Funciones tan grandes por la importancia de sus resultados deberian necesitar de ser realizadas á los ojos de una esposa digna de ese nombre? Hacer reinar el órden en el interior de la casa y gobernarla bien, es, sin embargo, practicar un deber de donde depende en el presente y en el porvenir la dicha y la prosperidad de la familia. Por eso la mujer ha recibido el espíritu y el sentido del órden, el gusto de los detalles y de la vida sedentaria. Ahora bien, ántes que todo es preciso conformarse á su naturaleza.

El gobierno interior de la casa es el verdadero imperio de las mujeres como asociadas del hombre y madres de familia.

Si la mujer no economiza, el marido trabaja en vano, no hay seguridad para nadie, y la miseria está siempre á la puerta.

Si el órden material y el aseo no reinan en la casa; si los servidores y los niños no tienen una vida convenientemente arreglada y ocupada, un traje decente, no hay verdadera honra para la mujer.

Es una cosa tan pequeña saber sacar del fruto del trabajo todo lo que es necesario y agradable á cada uno, hacer que por el arreglo y el embellecimiento de la casa sea la mansion del bienestar y del contento?

Tanto por los cuidados que quita cuanto por las satisfacciones que procura, un buen gobierno doméstico es digno de toda la atencion de la mujer, merece ocupar su espíritu y atraer todos sus esfuerzos. Qué fuente de pesar y de desaliento para el marido, si ve disipar en gastos vanos y superfluos el producto de sus sudores; si al volver á su casa encuentra el desórden y el mal humor que engendra; si carece de los cuidados que deben reparar las fuerzas del cuerpo, y si el dulce júbilo, hijo del deber cumplido, no viene á refrescar su corazon, á dar reposo á su espíritu!

La economía es la madre de la abundancia: es necesaria á todos, al que no tiene mas que conservar lo mismo que al que debe hacer todos sus esfuerzos para adquirir. Para la vida diaria las pequeñas economías son de gran consecuencia, á

causa de la extrema frecuencia de las ocasiones de hacerlas que se presentan. Lo que en el hombre sería pequeñez de espíritu y avaricia, en la mujer, encargada de una multitud infinita de detalles, es natural y legítima economía. Sin embargo, la madre de familia debe guardarse de no caer en la avaricia, porque « ella gana poco y deshonra mucho. Un espíritu razonable no debe buscar en una vida frugal y laboriosa mas que evitar la vergüenza y la injusticia propias de una conducta pródiga y ruinosa. No debe suprimirse los gastos superfluos mas que para ponerse en estado de hacer mas liberalmente los que la decencia, la amistad ó la caridad inspiran. El buen orden y no las economías sórdidas, es el que produce las grandes utilidades (1). »

« Se cita de un bárbaro, dice Jenofonte, una expresion notable. El rey de Persia acababa de comprar un soberbio caballo. Queriendo hacerle engordar lo mas pronto posible, preguntó á un hábil escudero de qué medios se valdria para conseguirlo : « El ojo del amo, respondió este. » Semejante expresion se aplica á todo ; con el ojo del amo todo se embellece y prospera. » Este precepto debe ser, sobre todo, la primera regla de conducta de la buena ama de casa ; sus ojos deben estar siempre abiertos y su vigilancia debe ser incesante. Cuántos cuidados minuciosos no exigen el orden, el aseo, el embellecimiento de la morada, la preparacion de los alimentos, la conservacion de los

(1) Fenelon, *Educacion de las niñas*.

vestidos, la direccion de los servidores, la sobre-
vigilancia y el gobierno de los niños!

Si por el trabajo del marido y la economía de la
mujer, no sobran las cosas necesarias, lo que es
agradable desaparece al mismo tiempo. O bien
si lo superfluo y el lujo tratan, flores de las
ruinas, de mostrarse allí donde la indispensable
falta, es para hoy mas que la miseria; para mañana,
será la vergüenza.

Si la buena madre de familia tiene una hija, en
lugar de dejarla tomar la costumbre de la ociosi-
dad, el gusto del atavío y de una vida consagrada
á los vanos placeres, la asocia desde muy tem-
prano á sus funciones y su ejemplo es su mejor
enseñanza. Una hija que ha concurrido á hacer
reinar en la casa de su padre los encantos de la
vida privada, los introducirá un dia en la de su
marido. Así es como se perpetúa la raza de las
mujeres sencillas, que por una vida dulce y bien
arreglada, hacen la felicidad de sus esposos y la
de sus hijos.

El cumplimiento de estos deberes tan sencillos,
y sin embargo tan elevados por sus grandes resul-
tados, arranca á la mujer á los peligros de la co-
quetería y de las pasiones, y esta influencia salu-
dable realza todavía mas su importancia. ¡Cuántas
no hay entre ellas que bien dotadas y hechas para
la felicidad, han sido perdidas para siempre por el
olvido de esos primeros deberes de una esposa!

Los efectos morales de la vida ocupada y bien
ordenada son de un valor inestimable; sin ella,
no hay orden real en los pensamientos, en los sen-
timientos, en la conducta. Ella produce la igual-

dad de humor, una bella y patética serenidad de alma en que brilla la verdadera virtud, y la que la practica merece el nombre de mujer dichosa.

Si la madre de familia debe escoger con cuidado los servidores á los cuales confiará forzosamente una parte de sus intereses, que le ayudarán á educar á sus hijos, que muchas veces, léjos de sus miradas, estarán entre sus manos, y á los cuales, por un legítimo reconocimiento, darán una parte de afecto, es tambien un deber para ella manifestarles buenos sentimientos : benevolencia, indulgencia, confianza. Ella no olvidará que son séres humanos desheredados mas todavía de los beneficios de la educacion y del buen ejemplo que de los bienes de la fortuna, y que á este título mucho debe serles perdonado.

Se cita muchas veces, extrañándolos, á esos servidores de otro tiempo, tan adictos á las familias en medio de las cuales se les veia muchas veces nacer y morir. Pero esos viejos domésticos que han pasado al estado de mitos, formaban parte de la familia á la cual ligaban su suerte, su afecto era correspondido con un afecto igual. Hoy, la indiferencia de los servidores tiene frecuentemente por causa la indiferencia, la frialdad, la arrogancia de las familias en cuyo seno viven sin que se trate de atraérselos. No será tal vez inútil referir cómo, desde la antigüedad hasta una época muy cercana de la nuestra, se hacia para incorporarlos hasta cierto punto en las familias :

« Hicimos ama de gobierno, dice Jenofonte (1),

(1) *La Económica*, cap. IX.

á aquella de nuestras mujeres que despues de un maduro exámen, nos pareció mejor dotada y mas capaz de pensar en los medios de agradarnos y de merecer recompensas. Le inspirábamos amistad por nosotros regocijándonos con ella cuando estábamos alegres, afligiéndonos con ella si teniamos pena. Le dábamos el deseo de mejorar nuestra fortuna participándola con ella. La excitábamos á la justicia honrando á las gentes honradas. Hé ahí bajo que pié la habiamos puesto en nuestra casa. »

Nada de mas sabio que los consejos de Fenelon sobre este asunto : « Tratad de hacerlos amar de vuestras gentes sin ninguna baja familiaridad; no temais hablarles con bastante frecuencia afectuosamente y sin altivez sobre sus necesidades. Que estén seguros de encontrar en vosotros consejos y compasion : no los reprendais agriamente por sus defectos; no parezcáis ni sorprendido ni enfadado miéntas esperáis que no serán incorregibles; hacedles comprender con dulzura la razon, y toleradles muchas veces su mal servicio, á fin de hallaros en estado de convencerlos á sangre fria de que les habláis sin enfado y sin impaciencia, mucho ménos por vuestro servicio que por interes suyo (1). »

Esta ciencia del gobierno interior de la casa ó de la economía doméstica, demasiado poco honrada hoy porque está mal comprendida, era estimada en su justo valor y considerada como la principal ocupacion de las mujeres, por los antiguos, que instruian en ella á sus esposas con el mayor cuidado.

(1) Fenelon, *Educacion de las niñas*, cap. XII.

Así es que nos quedan sobre este asunto notables escritos tratados por hombres ilustres, grandes capitanes ú hombres de estado (Jenofonte, Caton, etc.). « Se necesita, en efecto, dice Fenelon(1), un genio mucho mas elevado y mucho mas extenso para instruirse en todas las artes que se refieren á la economía y para ser capaz de dirigir bien toda una familia, que es una pequeña república, que para gozar, discurrir sobre las modas, y ejercitarse en pequeñas gentilezas de conversacion. »

Sobre este punto, escuchemos un instante á la sabiduría antigua, hablando por la boca de Jenofonte, capitan ilustre que fué al mismo tiempo notable escritor : « Cuando una mujer es la causa de la ruina de su casa, ¿ á quién debe culparse? se preguntaba Sócrates. — Cuando un rebaño se halla en mal estado, se acusa ordinariamente al pastor, respondió él. En efecto, si los maridos se conducen juiciosamente respecto de sus mujeres, cuidan de enseñarles sus deberes, encuentran en ellas auxiliares para mejorar su fortuna; miéntras que si observan á su respecto una conducta opuesta, sucede muchas veces que ellas aceleran la ruina de su casa. Si una mujer bien educada por su marido se gobierna mal, ella sola es culpable; pero si el marido la deja en la ignorancia de lo que debe hacer, no es á él á quien se debe vituperar con justicia? Por lo que á mí toca creo que una buena compañera está completamente á media con el marido para el bien de la casa. La fortuna, es, en efecto, el producto del trabajo del hombre,

(1) *De la Educacion de las niñas.*

pero la mujer es la que está encargada de emplearla en los gastos necesarios. Si se emplea bien la casa prospera; si mal, cae en decadencia. »

« Estoy poco en mi habitacion, dice Iscomaco, porque á mi mujer corresponden los cuidados de la casa, y por cierto que los desempeña muy bien. — ¿Eres tú, Iscomaco, el que has enseñado á tu mujer sus deberes de ama de casa, ó la has recibido instruida de sus obligaciones á este respecto? — ¡Eh! Sócrates, ¿cómo me la habrian dado instruida? Apénas tenia quince años cuando me casé con ella. — A nombre de los dioses, Iscomaco, dime cual fué tu primera leccion, porque te escucharé con mas placer que si me refirieras un combate gímnico ó la mas hermosa carrera de caballos. — Cuando ya se habia avenido á mi carácter y familiarizado conmigo al grado de hablarme con libertad, le dirigí poco más ó ménos las preguntas siguientes : Dime, esposa mia, comienzas á comprender por qué te he tomado, y por qué tus padres te han dado un marido? Se trataba para ambos de armonizarnos lo mejor posible para tener una casa é hijos. Desde ese momento he puesto en comun todos mis bienes, y tú has hecho otro tanto con lo que has traído. Pues bien, deber es de un hombre y de una mujer sensatos manejarse de manera que sean administrados lo mejor posible los bienes que posean, y de que adquieran cada dia otros nuevos por medios justos y honrados. — ¿Pero en qué ves que pueda yo cooperar contigo para la prosperidad de nuestra casa? — Cumpliendo lo mejor que puedas las funciones que te destina la naturaleza. Dando al hombre un cuerpo

robusto y una alma fuerte que le pongan en estado de soportar el frio, el calor, los viajes, la guerra, los dioses le han encargado de los trabajos de afuera; pero dando á la mujer una constitucion mas débil parecen imponerle como una ley que se limite á los cuidados del interior. Todo lo que es conforme á las facultades que el cielo ha concedido á cada uno de los dos sexos es honrado y hermoso. En efecto, conviene mejor á una mujer guardar la casa que estar incesantemente ausente de ella, y un hombre vive mas conforme á su naturaleza ocupándose en los negocios de afuera que permaneciendo encerrado en su casa. Si descuidando sus propios deberes, usurpa uno el lugar del otro, obran contra la voluntad divina y no tardan en sufrir el castigo. Asi, ninguno de los dos es perfecto, viven en una dependencia reciproca, y su union es tanto mas útil cuanto que lo que á uno falta puede el otro suplirlo. No serian vanos mis cuidados si no tuviera á nadie que conservara lo que traigo á la casa? Mira qué piedad inspiran esos locos que quieren llenar un canasto agujereado! Tendrás, pues, que cumplir deberes no ménos importantes que los míos. Cuando, por ejemplo, de una esclava ignorante hayas hecho una buena hilandera, cuando de una ama de gobierno torpe hayas hecho una persona inteligente en las cosas de la casa, fiel y activa, un verdadero tesoro, en una palabra; cuando todos los muebles, todos los utensilios de la casa estén distribuidos en ella de la manera mas conveniente no disfrutarás de un verdadero placer? La simetria da á todo una gracia singular, nada hay en el mundo mas her-

moso y mas útil que el orden, y á tí, esposa mia, despues de haberle establecido te corresponde velar porque se mantenga. Reina en tu casa, conserva en ella el orden y la disciplina. Pero el mas dulce de tus goces será cuando mas perfeccionada que yo, encuentres en mí el mas respetuoso y tierno de los esposos; cuando la edad, léjos de alejar de tí la consideracion, atraiga, por el contrario, la veneracion de todos á la buena ama de casa, á la vigilante guardiana de la inocencia de nuestros hijos. Porque es la virtud, mucho mas que la belleza, la que da derecho al verdadero respeto.

« Sabe, Sócrates, que hoy mi mujer corresponde con su conducta á las lecciones que le he dado; el número de sus virtudes es igual al de sus deberes (1). »

Citemos tambien el retrato que el sabio hace de una mujer fuerte : « Su precio es como el delo que viene de léjos y de las extremidades de la tierra. El corazon de su esposo se confia á ella; jamas carece de los despojos que él le trae de sus victorias; todos los dias de su vida le hace ella bien y nunca mal. Ella busca la lana y el lino; trabaja con manos llenas de habilidad. Cargada como un buque mercante, lleva de léjos sus provisiones. Se levanta ántes de que haya luz, y distribuye el alimento á sus domésticos. Considera un campo, y le compra con su trabajo, fruto de sus manos; planta una viña. Ciñe su cinturon con la fuerza, endurece su brazo. Jamas se apaga su luz durante

(1) Jenofonte, *la Económica*.

la noche; su mano se aplica á los rudos trabajos, y sus dedos toman el huso. Abre, sin embargo, su mano al que se halla en la indigencia, la extiende sobre el pobre. No teme ni el frio ni la nieve: todos sus domésticos tienen dobles trajes. Ha tejido un vestido para ella misma; el lino fino y la púrpura son sus ropas. Su esposo es ilustre á las puertas, es decir, en los consejos, donde está sentado con los hombres mas venerables. Ella hace vestidos que vende, cinturones con los cuales comercia con las Cananeas. Está revestida de fuerza y de belleza, y sonreirá cuando llegue su última hora. Abre su boca á la sabiduría y una ley de dulzura está en su lengua. Observa en su casa hasta las huellas de sus pasos y jamas come su pan sin ocupacion. Sus hijos se han elevado y la han llamado dichosa; su marido se eleva lo mismo y la ensalza: várias mujeres, dice, han amontonado riquezas, vos las habeis superado á todas. Las gracias son engañosas, la hermosura es vana. La mujer que teme á Dios es la que será alabada. Dadle frutos de sus manos y que á las puertas, en los consejos públicos, sea alabada por sus propias obras. »

« Aunque la extrema diferencia de costumbres, agrega Fenelon (1), la brevedad y el atrevimiento de las figuras hagan desde luego oscuro este lenguaje, se encuentra en él un estilo tan vivo y tan lleno que encanta si de cerca se le examina. Pero lo que sobre todo deseo que se note, es la autoridad de Salomon, el mas sabio de los hombres; es la

(1) *De la Educacion de las niñas*, cap. XIII.

del Espíritu Santo mismo, cuyas palabras son tan magnificas, para hacer admirar en una mujer rica y noble la sencillez de las costumbres, la economía y el trabajo. »

Es un error singular creer que para ocuparse en todos sus deberes de ama de casa la mujer debe deponer todos sus encantos y toda su gracia, ser triste, taciturna y sin encanto. Si hay algunas mujeres que presentan ese carácter repugnante no se debe culpar de ello á la costumbre de los cuidados domésticos, y sin razon tratarian de hacerlo creer ellas mismas : son las falsas devotas de la religion de la familia. El mal humor, las fantasías irracionales, los caprichos ofensivos, son hijos de la ociosidad, del fastidio y del olvido del deber : el trabajo no engendra mas que el buen humor y el dulce júbilo.

La mujer dichosa sabe siempre hacer brillar en el asilo de su felicidad el contento de su alma : todo es allí gusto, elegancia, poesía. No hay necesidad para eso de los dispendiosos refinamientos del lujo : un aseo exquisito, algunas flores, la eleccion y la disposicion de los muebles mas sencillos, bastan para ese trabajo. La mujer amada es mágica : trasforma todo cuanto toca. Sabe, siguiendo el consejo de Platon á Xenocrates, templar la austeridad de sus costumbres y sacrificar á las Gracias. Se debe aconsejar á la mujer honrada y casta que trate de fijar á su marido en la casa por medio del amor, á fin de que, retenido por los encantos tan poderosos de una mujer amable no lleve para otra parte su ternura.

Para merecer el afecto de su esposo, el respeto

de sus hijos y la estimacion de todos, preciso es ciertamente que la mujer practique todas las virtudes y todos los deberes de su sexo. Pero esto no quiere decir que ella deba evitar la sociedad, desear todas las espansiones; sino que por el contrario deberá procurar á su familia y á sus amigos agradables reuniones donde reinarán á un tiempo el júbilo y el contento del alma. Es cierto que el círculo íntimo y limitado en que una buena madre de familia hará brillar al lado de su esposo todos los atractivos y todo el encanto de su espíritu y de su carácter no se parecerá á las asambleas tumultuosas y confusas hoy tan á la moda. La estimacion, la amistad, el amor y la práctica de todas las virtudes, el gusto y la cultura de las bellas artes, presidirán la eleccion de sus amigos, y la casa de Sócrates podrá siempre bastar para tales reuniones.

IV. — *Deberes de la esposa como asociada del marido en su vida exterior.* — La mujer esposa y madre no debiera jamas ser arrebatada completamente á esas dos funciones dominantes de su vida. Sin embargo, las necesidades sociales que la obligan á cumplir el deber del trabajo para el cual tiene aptitudes tan variadas, tan delicadas y tan particulares, la apartan muchas veces de su marido. Pero felizmente es dado al mayor número de entre ellas permanecer al lado de él y ser sus compañeras mas fieles y mas útiles.

El comercio y la industria nos muestran todos los dias mujeres que se convierten en el asociado mas inteligente, mas activo y sobre todo mas adicto del marido en su profesion. El amor revela entónces su poder bajo una forma nueva, porque

el amor conyugal unido al amor maternal es el que hace surgir así todas las facultades cuya necesidad siente la mujer para cumplir sus deberes de esposa y de madre; su abnegacion le da una aptitud muchas veces eminente para las cosas en apariencia mas extrañas á su naturaleza, á su organizacion femenina. En la vida práctica el impulso del corazon puede dar á la mujer todas las aptitudes.

En las profesiones de un órden diferente, en las carreras mas elevadas, el esposo puede encontrar, y encuentra en efecto mas frecuentemente de lo que se cree, en su compañera una asociada, un guia y un sosten. El pintor, el poeta, el literato, el hombre de Estado, el filósofo mismo, han encontrado algunas veces en la mujer, dándole acceso al círculo de sus pensamientos, iniciándola en sus trabajos, un consejero á quien el amor, que hace comprender todo y preverlo todo, ha dado la gracia de abrir ante ellos vias nuevas y fecundas, ó de cerrar bajo sus pasos abismos entreabiertos y ocultos. Aquí la mujer obra, crea y fecunda sin mostrarse, y esa influencia de carácter misterioso y decidido le agrada, le encanta, y reviste para ella un hechizo mas. Bajo esa forma, haciendo el papel de invisible Egeria, la mujer debe participar de la accion de su esposo en todos los círculos de la actividad humana que no son directamente de su resorte. Perderia su encanto, su gracia y una gran parte de su poder, rasgando el velo que oculta su influencia y su concurso. Aquí es donde es preciso acordarse de aquel consejo de Plutarco, de que « en una casa bien arreglada todo parece hacerse conforme á los designos y á la voluntad

del marido, bien que todo se haga de comun acuerdo; » y tambien de este otro que no debe desagradar á la esposa « de no dejarse oír, como la flauta, mas que por la lengua de otro. »

V. — *De la vida íntima de los esposos, ó como se establece la unidad moral de la pareja.* — Si en las diversas esferas de la vida se debe presentir el acuerdo de los dos elementos de la pareja, en la intimidad del hogar sobre todo, en lo mas profundo del santuario doméstico, es donde la union debe llevarse á cabo en toda su perfeccion. Allí es donde, en el amor de un mismo ideal, se reconstituye la unidad de la pareja, y el sér humano se completa. Ese ideal de la vida, objeto de un mismo culto, lazo de las almas, debe ser buscado de concierto, por el marido con la inteligencia y la ciencia, por la mujer con el corazon y el sentimiento : unid el corazon al espíritu y enderezad el uno por el otro, si quereis encontrar la verdad y la justicia; no olvideis jamas que solo el amor del bien y de la virtud crean afecciones durables.

Sabed bien, esposos que quereis ser dignos de ese nombre, que no en la obediencia por la supresion de una voluntad, sino en el acuerdo de las voluntades, es en lo que existe el matrimonio : no tendrá verdaderamente lugar sino cuando vuestras almas vibren al unísono. El esposo y la esposa deben, no mandar y obedecer, sino, como dice san Pablo (1), « sujetarse el uno al otro por el amor! » Solo de nuestro corazon debe partir la cadena que nos ate á nuestro compañero de viaje, y no de su

(1) Epístola á los Gálatas.

voluntad extraviada por el orgullo y el amor de la dominacion.

El marido se eleva elevando á su compañera, se purifica al contacto del instinto sentimental tan delicado y tan seguro que existe en ella. Si no la hace un auxiliar, á cada instante se le convertirá en un obstáculo; es preciso que ella sepa adonde tienen esos esfuerzos que le ve hacer, adonde deben conducir los sacrificios que le son exigidos y de los cuales participa; es necesario que los dos avancen al mismo paso, se eleven con el mismo vuelo, si nó, el retardatario se convierte para el otro en un estorbo y un impedimento invencibles; si el esposo no fortifica á la esposa, ella le comunicará ciertamente su debilidad.

En el matrimonio, ideas, proyectos, esperanzas, triunfos ó reveses, nada debe estar oculto. El alma toda entera, espíritu y corazon, será puesta en comun.

Mientras mas completamente ¡oh esposo! asocies á tu compañera á tus ideas, á tus sentimientos, á tus proyectos y á tus acciones, mas te amara y mas perfecta será vuestra union. En virtud de su naturaleza, del carácter particular de sus facultades, todo lo que reciba de tí se trasformará en ella: la idea se convertirá en sentimiento; su viva imaginacion la embellecerá, le dará color; su sensibilidad, fácil de despertar, le comunicará el movimiento y la vida.

Solo por la completa iniciacion en las empresas que interesan á la familia, es posible obtener el concurso de los esfuerzos, de las voluntades y de los sacrificios. Por falta de una confesion y del buen

consejo que la hubiera seguido, pueden cometerse y hacerse irreparables muchos graves errores.

No se ha notado bastante, pero para toda palabra, para toda accion, no hay mas que un momento oportuno: ántes ó despues, es demasiado temprano ó demasiado tarde. Pues bien, sucede sobre todo así en la estrecha intimidad de la union conyugal. Una confesion, una confidencia que no se ha hecho á su debido tiempo, se vuelve difícil, algunas veces imposible, y puede convertirse en una fuente séria de division. Sed pues el uno para el otro de una confianza y de una buena fe sin límites.

La completa sinceridad es el mas seguro fundamento de la union de los esposos. Pero puede ser útil y conveniente escoger el momento de las confesiones ó el de los consejos. Es preciso compadecer la debilidad humana. Para no hablar en vano se debe aguardar á que desaparezca la turbacion que algunas veces oscurece nuestro espíritu, al apaciguamiento de las tempestades que trastornan nuestro corazon. Pero aparte de esa reserva relativa al tiempo, es una ley confesarlo todo, porque es el único medio de evitar las malas inteligencias y las divisiones: los gérmenes de discordias no incubados abortan con toda seguridad.

Solamente á la belleza y á la grandeza del alma corresponde conquistar otra alma. La mujer no se da realmente á su marido, no le entrega su corazon, sino el dia en que le aparece su valor moral, en que por la elevacion de su pensamiento, por la nobleza de sus acciones, reconoce que es digno de ella. Le pertenece completamente cuando ha sen-

tido su alma engrandecida y fecundada por los buenos sentimientos que irradian de su corazón. Desde entónces está orgullosa de tener á su lado una noble criatura de Dios y de llevar su nombre.

Si la mujer, en razon de sus cualidades especiales, es, bajo ciertos aspectos, inferior al hombre, hay tambien otros bajo los cuales le es superior. Las cosas elevadas, puras, delicadas, están en su naturaleza; su vida se convierte fácilmente en su práctica y su modelo. Así es que, viviendo en la sociedad del hombre, le eleva, le purifica, le quita la rudeza que con harta frecuencia es la compañera de su fuerza, y le sustituye algo de su delicadeza y de su gracia.

La mujer es siempre del partido del que defiende las santas cosas del corazón. Los hombres no son los mismos en su presencia que en su ausencia. Quando ella está presente, la conversacion toma un carácter mas noble, mas puro; los sentimientos religiosos son respetados y en caso de necesidad tienen un defensor. Los que, léjos de ella, se burlan ordinariamente de las cosas del cielo, de la virtud, del desinterés, de todos los sentimientos generosos, se inclinan y permanecen mudos.

Quando el marido ó la familia se hallan en la afliccion es cuando sobre todo se engrandece el papel de la mujer. La paciencia, la abnegacion, el cuidado de los enfermos, el consuelo de los afligidos, la adhesion á los que sufren, son las grandes virtudes de la mujer. Ella es siempre la que, como Elena, se encuentra oportunamente al lado del hombre para verter en su corazón el Nepentes, ese bálsamo maravilloso « que destierra el pesar, que disipa la

cólera y hace olvidar todos los males (1). » Si ella es el ornamento, la alegría, el encanto de la casa en tiempo de la dicha y la prosperidad, es sobre todo su ángel consolador el día de las lágrimas, porque es el sér compasivo por excelencia. Toda mujer sufre con los que están apenados, sobre todo si su corazón ha sido abierto á la aflicción, porque como lo ha dicho un gran poeta : « El corazón es como esa especie de árboles que no dan su bálsamo para las heridas de los hombres, sino cuando el hierro los ha herido á ellos mismos. »

No hay felicidad para la mujer comparable á la de sentirse amada con un amor digno de ella, reconocer que ocupa su justo lugar en el corazón del hombre á quien ha dado su alma. Solo hasta entónces, tomando sus facultades todo su impulso, adquiere ella todo su valor, y á través de su corazón es fácil llegar á su espíritu.

Por su educación, por su iniciación en el mundo de la literatura y de las bellas artes, la mujer debe poder llegar á ser la compañera de espíritu de su marido. Si no estuviera él retenido en su casa por este encanto, si no encontrara allí esa alta satisfacción, la nobleza y la elevación misma de sus gustos podrían alejarle de su interior. « Solo un espíritu cultivado, dice Rousseau, hace agradable el trato de una esposa; y es una cosa triste para un padre de familia á quien le agrada su casa verse obligado á encerrarse en ella consigo mismo y no poderse entender con nadie. » Concluye de ahí que

(1) *Odisea*, IV.

no conviene á un hombre que tiene educacion tomar una mujer que carece de ella.

Lo que necesita la mujer no es ser conducida pedantescamente, por largos y secos razonamientos, á la ciencia abstracta, sino por una enseñanza á la vez sencilla y elevada, á la intuicion sumaria de los resultados que componen el dominio científico, á fin de que su marido pueda, en toda la dulzura, la confianza y el abandono de la intimidad, seguir su pensamiento, madurarle, y algunas veces trasformarle, gracias á los buenos consejos de un consejero lleno de tacto y de sagacidad.

« Una esposa, dice la señora de Rémusat, debe complacerse en la conversacion de un marido ocupado en los asuntos públicos. Puede tener, de ella á él, un parecer sobre su opinion si es miembro de una asamblea; sobre su libro, si es escritor; sobre su voto, si no es mas que ciudadano. Debe tomar parte en sus proyectos relativamente á los progresos de la ciencia, del arte ó de la profesion que ejerza; ilustrada y sensible, adicta y prudente á un mismo tiempo, casi siempre la razon se aplaudirá por haberla consultado, y el amor le dará una parte del triunfo. Su afectuosa aprobacion debilitará la impresion de los juicios ligeros ó severos, y superará tambien algunas veces por el entusiasmo esa estimacion necesaria, que el mas justo no obtiene jamas de los hombres tan pronto como lo ha merecido (1). »

El marido no sufrirá que por un exceso de amor,

(1) *Ensayo sobre la educacion de las mujeres*, p. 99.

de abnegacion y de confianza, su esposa se aniquile, que su pensamiento se absorba en su pensamiento, que su voluntad desaparezca en la suya. Es preciso, puesto que como él ella es responsable de su vida, que sea un sér libre, que conserve su personalidad. No hay dignidad para ella y para él sino en tanto que con una modesta confianza en su fuerza ella conserva intacta, por el libre goce de todas sus facultades, el alma que Dios le ha dado. Que esa flor, que es el ornamento de su morada, brille con todo su esplendor, dé todo su perfume.

La mujer prudente debe consagrar todos sus cuidados á conservar á su marido el noble y modesto orgullo que es la medida de su fuerza real y de su mérito. El esposo se hace inferior á sí mismo si cesa de tener confianza en él. Nada rebaja á un hombre á sus propios ojos ni le desanima como comprender que ha perdido la estimacion de su mujer. Si notais ¡oh tierna esposa! el menor signo de ese mal, prodigad á ese querido enfermo el fortificante brebaje de vuestros estímulos. Si le sois superiores, lo que puede suceder muy bien, pero lo que no debeis creer con demasiado facilidad, disimulad esa desigualdad, sobre todo á los ojos extraños. No le ofendais en su dignidad si en algo teneis la felicidad de ser amada, la única verdadera de este mundo.

Importa á los intereses sagrados de la esposa velar sobre su corazon para conservarle todo entero á su esposo. No debe dejarle invadir por amistades, que de naturaleza á ocupar un rango subalterno, tratan algunas veces de subir al primer lugar. Es posible que tenga que hacer algun esfuerzo para

eso, y que le falte abnegacion. Si es asi, su vigilancia debe ser mayor por lo mismo. Por otra parte, que se guarde de hacerse ilusiones, y de escuchar en eso la vanidad y el orgullo, malos consejeros. Porque es mas expansiva, mas brillante, se comunica con mas brillo y acoge triunfos que muchas veces aumenta la lisonja, la mujer no siempre vale mas que el sér bueno, sensato, laborioso, pero un poco desprovisto de encanto y taciturno que ha aceptado por compañero. Que á ese modesto esposo que la ama con todas sus fuerzas le guarde su alma entera; que sepa ser dichosa con ese amor en accion que se manifiesta por una abnegacion sin límites, en vez de traducirse por resonantes palabras extrañas á la realidad.

Es preciso, por otra parte, que los esposos sepan bien que áun en las uniones mediocramente armonizadas no hay mas que una manera de salir bien del matrimonio, y es permanecer en él franca y completamente, no solo de cuerpo, sino de espíritu y de corazon. En la copa extraña que puede serles ofrecida, no pueden beber mas que el descontento y el desprecio de ellos mismos, en lugar de las satisfacciones del espíritu y de los consuelos del corazon.

Así, en todos los actos de la vida conyugal la unidad debe encontrarse, aparente ú oculta; siempre el esposo y la esposa deben sentir, pensar y obrar de concierto, porque ese es el matrimonio real. El marido y la mujer, el padre y la madre apoyados el uno sobre el otro, deben marchar juntos con un paso igual, poner en comun su espíritu y su corazon, fundirlos en uno solo, unirse para buscar

lo verdadero, lo bueno, lo justo, y lanzarse hácia ellos.

Pero para que el matrimonio sea tambien una alianza para el bien, es preciso que en los esposos la bondad nativa del alma haya sido abrigada durante la juventud contra todo soplo corruptor, que lecciones y ejemplos hayan hecho brotar en ellos todos los gérmenes preciosos, y que durante la vivificante estacion de los desposorios el amor puro haya dado con sus ardientes rayos un vigor nuevo á todas sus facultades, raíces inquebrantables á todas virtudes.

En nuestro tiempo, en que se llega á ser esposo sin haber sido desposado, en que la educacion del hombre y de la mujer, por sus diferencias, preparan las discordias de la familia mas bien que sus armonias, los principios del matrimonio deben reemplazar los desposorios sirviendo de cuna al amor, y borrando las diferencias de la educacion, en una palabra, crear la unidad de la pareja.

Si ahora esa unidad real de la pareja, sin la cual no existe ni matrimonio, ni familia verdadera se ve tan raras veces, esto depende sobre todo de la educacion actual de la mujer, que deja casi sin cultura las facultades sérias de su naturaleza. Por tanto, solo por medio de una educacion fuerte y completa en relacion con la grandeza y la severidad de la vocacion maternal, la esposa puede llegar á ser para el hombre una compañera digna de él; para el niño un maestro hábil capaz de arrojar en su espíritu las primeras semillas de la ciencia.

En el santuario íntimo, esfera suprema del matrimonio y de la familia, donde se encuentra el ori-

gen y el término de nuestra vida práctica, el amor debe mostrarse no solamente consolador, consejero y maestro en todas las cosas, sino también purificador. Después del estudio del objeto de la vida, cada día mejor y más noblemente comprendido, viene el paralelo de la realización práctica con la noción ideal. Ante ese tribunal íntimo, conciencia de la pareja humana, cada uno de vosotros, tiernos esposos, debe mostrar, al mismo tiempo que un incorruptible amor de la justicia, una indulgencia extrema. Que vuestras faltas, vuestros olvidos, vuestros extravíos, notados con un cuidado escrupuloso mezclado de ternura sean reconocidos con candor y sinceridad. Que vuestros defectos y vuestras miserias no debiliten ni turben vuestra unión. Por mucho que tengáis que quitar de las altas esperanzas que habíais cifrado en el compañero de vuestra vida, sabed tener en cuenta la parte de la debilidad humana, y amad en él al igual del buen éxito, la ardiente investigación del bien no satisfecha. Suplid por las virtudes que en vosotros existen las que le han sido rehusadas, y complacedos en recibir en cambio un servicio semejante. Buscad la felicidad ó el consuelo en la sinceridad de las expansiones y en la embriaguez de las mismas esperanzas. No podeis ser dichosos sino por la completa fusión de los corazones, ó encontrar alivio á vuestras penas en los días de prueba, más que pidiendo al amor, ese gran curandero, el bálsamo soberano que cierra las llagas del alma.

Así debe hacerse la unión de los esposos, larga y dulce cadena que se extiende á todas las esferas de nuestra vida, que las reúne, que constituye

nuestra fuerza, y en cuyos anillos todos se encuentra el juego libre de cada uno de los elementos de la pareja, y el respeto de sus diferencias, y su encañamiento complementario. Encontramos, pues, al fin de este estudio el principio establecido desde que le comenzamos, que en el matrimonio solamente poseemos, iguales en fuerzas, las dos alas que, segun Platon, nos han sido dadas para ir á Dios : la inteligencia y el amor.

V

DE LOS HIJOS, DE SU PAPEL EN LA FAMILIA Y DE SU EDUCACION.

I. *Del papel del hijo en la familia y de su accion refleja sobre sus padres.* — En el hijo que completa la familia de que es el lazo y el complemento, el padre y la madre, unidad creadora, reviven indivisiblemente unidos. Los autores de sus dias, de los cuales depende igualmente por el nacimiento y por la educacion, deben ocupar el mismo lugar en su corazon; es preciso que para ellos su respeto y su afecto sean sin límites, porque nada hay mas grande para un hijo que amar y venerar á su padre.

La herencia, es decir, la trasmision de las cualidades de los padres á los hijos, es uno de los principales fundamentos de la familia. El padre y la madre reconocen en sus hijos las tendencias buenas ó malas que los han arrastrado en la vida; cultivan las unas y estudian el modo de destruir los gérme-

nes de las otras ó de debilitarlas. ¿Quién podrá suplir á la educacion de la familia, puesto que descansa en semejante base? A quién podria ser dado mejor reconocer esas tendencias en su gérmen, y dirigirlas con mas éxito, que á los padres en quienes tienen su fuente, y en los cuales, en la práctica de la vida, su naturaleza ha sido mostrada por sus frutos?

No únicamente por la accion directa y reciproca de los dos esposos el uno sobre el otro es nuestro medio principal de perfeccionamiento la familia, sino tambien por la influencia tan saludable de la infancia. Nos elevamos y nos hacemos mejores á la vista de las buenas y puras tendencias de los hijos; recobramos una vida nueva al contacto de esas criaturas inmaculadas de donde se escapan rayos divinos y vivificantes, que hacen á los que se dejan penetrar de ellos un segundo vestido virginal. Nuevamente salidos del seno de Dios, esos pequeños séres conservan todavía algo como un recuerdo del cielo, y su candor, esa transparencia del alma, deja ver toda la excelencia de su origen. Una educacion mala, la vista del mundo, la práctica de la vida, no han borrado aún ni de su alma ni de su cuerpo la marca de la mano del Creador, de quien son la imágen.

Así es que educar niños no es solamente obrar sobre ellos, sino tambien sufrir su accion, y por ella educarse de nuevo. La obra modifica al obrero y le recompensa.

Esta accion refleja de la educacion de los niños sobre el educador mismo y sobre su perfeccionamiento, no es uno de los menores beneficios de la

familia. Cuando el padre ha concluido su educacion, la comienza de nuevo haciendo la de sus hijos, y mas tarde la de sus nietos, siempre elevándose por esa asociacion á generaciones mejores y todavía puras. En esas inmersiones sucesivas, que nada puede reemplazar como medio de elevacion moral, se impregna cada vez mas de la nocion y del amor del bien, y toma nuevas fuerzas para practicarle.

Esta educacion moral sucesiva y siempre nueva es necesaria al hombre como medio de conservar en él el calor del alma; la Providencia le conserva por medio de ella la juventud del corazon, ese raro y precioso tesoro. Su falta es una de las causas profundas de la decadencia moral de los solteros, de la aridez y del aspecto desolado de su vida en sus últimos años. Solo no envejece aquel cuyo corazon está habitado por el amor moral, que por su eterna juventud, nos conserva la bondad, la dulzura, la ternura y la alegría, rayos llenos de encanto que nos hacen amar, y sin los cuales no hay felicidad. Lo que caracteriza al soltero, cualquiera que sea su sexo, ese pobre sér sin familia y sin hijos, es la sequedad del corazon y su dureza. Se puede decir de él lo que santa Teresa decia del demonio: «Desventurado! no ama.» Sí, el infierno se halla donde quiera que ha perecido el corazon! Compadecemos á los que no aman; huyamos de ellos, pero guardémonos de maldecirlos, están demasiado castigados.

II. *El hijo y la hija.* — La bienhechora influencia de los hijos sobre sus padres no se limita á los primeros años, sino que continúa durante todo el

curso de la vida; y además, una influencia recíproca igualmente saludable se ejerce entre los niños educados juntos en la familia.

Es una felicidad para el padre verse revivir en su hijo, con cualidades nuevas y más perfectas, unidas á fuerzas inalteradas todavía. Todos sus nobles deseos no satisfechos los cumplirá su hijo; más dichoso, gracias á su prevision y á su abnegacion, tendrá todo lo que ha faltado á su padre; la ciencia y los buenos consejos se unirán para enseñarle el uso de su fuerza. Para él, los obstáculos no existirán ya, los escollos serán señalados, y el éxito coronará todos sus esfuerzos. ¡Qué ocupacion moralizadora y qué fuente de felicidad no es para un padre esa preparacion del provenir de su hijo! Eusebio cuenta del padre de Orígenes que muchas veces, en el silencio de la noche, á fin de satisfacer, sin traicionarlas, las emociones de su corazón, ese padre afortunado, acercándose á la cuna y descubriéndole con precaucion, besaba devotamente el pecho de su hijo, como un domicilio del Espíritu Santo.

El hijo, cumpliendo los votos más caros y las esperanzas más ardientes de su padre, le dará el placer de asistir á la realizacion de su obra por excelencia, la de su hijo, hombre inteligente y bueno, convertido en ciudadano útil, practicando el bien, amado y honrado de todos. En fin, después de haber encontrado largo tiempo en su padre un amigo, un guía, un consejero, un apoyo, el hijo por una reciprocidad tierna, le dará toda la felicidad de su vejez.

Relativamente á los otros hijos, como hermano,

el hijo es el amigo y el consolador mas decidido de sus hermanos y hermanas. En memoria de los años pasados juntos en el Eden de la familia, á nombre de un afecto que ha nacido en la cuna, y dia por dia ha sido tejido en la trama de la vida, está siempre dispuesto á practicar la verdadera fraternidad, y hacer las veces de un segundo padre de familia.

• La madre se complace en la educacion de su hija, se hace su guia, su amiga, quiere hacerla digna de ser amada y capaz de desempeñar un dia la carrera de esposa y de madre; encuentra su felicidad en estar rodeada de cuidados por esa compañera de predileccion en la cual se ve renacer, y por quien le agrada verse superar. La gracia y la pureza de la jóven llenan á la familia de un encanto inefable: « A favor de su presencia, como dice un poeta indio, el padre participa de la vida de las vírgenes.» Ella divierte, embellece, orna y vivifica el hogar, y todos, padre, madre, hermanos y hermanas, disfrutan el beneficio de su radiante hermosura, llena de un puro y suave atractivo. La hermana es el consejero amado, el buen génio de su hermano; para los mas pequeños una segunda madre, alegre, tierna y cariñosa. Viene mas tarde para sus padres la vejez con su cortejo de enfermedades, su decadencia, su debilidad; la hija entónces, por una metáfora encantadora, se convertirá para ellos en una madre tierna y abnegada, y se complacerán, buenos y amantes viejos, en estar, como hijos suyos, rodeados de ternura.

III. *Algunas consideraciones sobre la educacion.*
— Es preciso que el niño jamas se encuentre ais-

lado, desprendido prematuramente de su familia. Allí solamente se encontrarán ojos bastante previosores para conocer y penetrar con seguridad su naturaleza moral, y una direccion bastante vigilante y tierna para adaptar á su carácter propio las lecciones que deben formar su corazon. La primera cualidad del educador consiste en amar, para llevar la luz del corazon á todos los pliegues del alma y hacerse amar á su vez. Sócrates, ese gran preceptor, volvió un dia un jóven á su padre diciéndole : « Nada puedo enseñarle, no me ama. » « Por qué se ilustra uno? decia. Porque se ama. Maestros y discípulos, todos tienen un maestro comun, el afecto. El que no ama y quiere instruir, se parece á un hombre que toma una tierra en arrendamiento : no trata de mejorarla, sino de sacar de ella el mayor provecho. El que ama, al contrario, se parece al propietario de un campo : de todas partes lleva lo que puede para enriquecer el objeto de su cariño. »

A. — *De la educacion anterior al nacimiento, y de la influencia de la crianza sobre las cualidades del alma.* — La madre es la que en un sentido mucho mas riguroso de lo que se cree, dota al niño de todas las cualidades del cuerpo y del alma, y está llamada á cultivar en él las delicadas y preciosas facultades que harán un dia la grandeza del hombre.

La primera parte de la educacion es, como lo notaba ya Charron, anterior al nacimiento. « No es, dice, estimada y observada con tal diligencia como se debe, áun cuando tenga tanta ó mayor parte en el bien y el mal de los niños así de su

cuerpo como de su alma, que la educacion y la instruccion despues de que han nacido y crecido. Ella es la que da la sustancia, el temple, el temperamento, el natural: la otra es artificial y adquirida; y si se comete falta en esta primera parte no la repararán ni la segunda ni la tercera (1). »

En efecto, el sér moral del niño así como su organizacion corporal toman su origen, no solamente en la manera de ser habitual de los parientes bajo estos dos aspectos, sino tambien en sus disposiciones particulares en el momento de la concepcion, y sobre todo, en la salud del cuerpo, el estado del alma, la direccion ordinaria de los pensamientos de la madre durante su preñez. A la salud de la madre debe, pues, pedirse la del niño, tanto en lo físico como en lo moral.

Quando se trata de escoger una nodriza, se exige que reuna todas las condiciones de constitucion, de salud, de edad, etc., que pueden asegurar la bondad de su leche y por consiguiente la buena constitucion y el vigor del niño. Seguramente, esa solicitud es legítima y razonable, pero no lo seria todavía mas comenzar por pedir todas esas cualidades á la mujer que debe ser madre de ese niño, proporcionar la trama y los primeros materiales de su organizacion? Se alimentará con su sangre durante los primeros nueve meses de su vida, y si no toma en ella durante ese primer periodo de su existencia mas que elementos orgánicos imperfectos ó viciados, cómo podrá remediarlo la leche de la mejor nodriza? Ademas, la eleccion de la madre

(1) CHARRON, *De la sabiduría*, lib. III.

dispensaria de la de la nodriza, si se la tomaba capaz de desempeñar sus funciones, y la leche de mujer alguna puede hallarse tan en relacion con las necesidades de su hijo, con los caracteres particulares de su organizacion.

Aunque ménos observadas, las influencias morales de la madre sobre el niño no son ménos reales. En efecto, el niño es ante todo la encarnacion del pensamiento maternal; porque naturalmente, largo tiempo ántes de darle á luz, cuando le lleva todavía en su seno, es el objeto de su constante preocupacion. El ideal del niño al que muy pronto dará á luz invade el alma entera de la jóven madre. Su imaginacion le atavía de todas las bellezas, le dota de todas las perfecciones, de todas las virtudes, coronándole en el porvenir de los mas nobles y mas brillantes triunfos

Esa influencia del estado físico y moral de la madre sobre el niño que lleva en su seno es desconocida generalmente, aunque sea muy digna de ser notada y de conducir á aplicaciones prácticas. A consecuencia de sus observaciones á este respecto los Griegos acostumbraban reunir en el gineceo ó departamento de las mujeres, las mas bellas obras de arte que podian encontrar.

Si es cierto que la contemplacion habitual de la hermosura corporal sea un medio de contribuir al perfeccionamiento de la forma humana, y que como ha dicho un poeta (1) :

« Hermosos mármoles contemplando su frente

(1) Brizeux, *Ternarias*.

en un estanque, depuran, al pasar, los ojos de las jóvenes madres, que amoldan el fruto de su seno á esos maravillosos ejemplares. »

Hay tambien todavía mas razones para creer en las influencias morales. Si no se las observa mas, es porque no siendo predominante en la vida ordinaria de las mujeres facultad alguna, ninguna facultad está en relieve en el niño. Pero en los casos excepcionales, en que un órden particular de ideas ó de sentimientos se eleva á un alto grado de actividad, esa influencia se hace sentir de una manera incontestable. El asesinato de David Rizzio fué ejecutado por los cómplices de Bothwell á los ojos de María Stuart, poco tiempo ántes del nacimiento de su hijo que fué despues Jacobo I de Inglaterra. Se sabe que ese monarca no podia ver sin estremecerse una espada desnuda, y todos los historiadores hablan de su naturaleza cobarde que constituia una excepcion al rasgo característico de su familia en la cual la bravura era hereditaria. ¿Este hecho tan conocido no demuestra claramente cuán cierto es que se puede llegar al alma del niño á traves de la de la madre?

Así, pues, la educacion debe comenzar mucho ántes del nacimiento, y áun preceder á la concepcion. Hay pocas obras humanas que no demanden una preparacion anterior. Si un artista quiere hacer un cuadro ó una estatua, ¿no comienza por impregnar fuertemente su alma del hecho histórico que quiere hacer revivir en el lienzo, por iniciarse en la vida del personaje que su cincel va á sacar del mármol, por penetrarse de sus sentimientos é identificarse con él? Esta obra hecha de

esa manera en él, y proporcionada á la hermosura y á la grandeza de su alma, no es la preparacion indispensable para la que va á salir de sus manos? Pues bien, no solamente en el mundo del arte, sino tambien en el mundo real, es preciso primero crear en sí mismo, exaltar las facultades que se quiere trasmitir. Puesto que el hombre está llamado á concurrir á la creacion del hombre, por qué, pues, se muestra generalmente tan poco solícito para elevarse á la altura de su obra?

A la salida del seno maternal, el sér humano no es todavía mas que un bosquejo, el mas bello y mas maravilloso que nos pueda ser dado contemplar. El padre y la madre van á apartar sus miradas de esa obra viva y á confiar á manos extrañas el cuidado de conducirla á su perfeccion? Pero las mismas razones que acaban de demostrar toda la influencia de los séres procreadores subsisten para reclamar de ellos la conclusion del nuevo sér y son bastante fuertes para ganar una causa que no deberia necesitar ser defendida.

¿Qué cosa es la leche? ¿Es solamente un alimento incomparable preparado por la naturaleza, la mas tierna de las madres, con un cuidado y una prevision que la hacen imposible de reemplazar, porque contiene todos los elementos materiales de la organizacion humana? Ese es su menor mérito, porque flúido vivo, está animada por el alma maternal misma, estando destinada á completar en lo moral así como en lo fisico la obra de la que la proporciona. Así se ve á las nodrizas trasmitir á sus hijos de leche su carácter, sus gustos, sus pasiones y sus enfermedades, y no sin razon ha dicho un

poeta : « La que cria es mas madre que la que engendra (1). »

¿Esto no debe bastar para impedir á las madres que hagan criar á sus hijos por una extraña, cuando su salud no se opone absolutamente al cumplimiento de este deber? Además, de su madre debe recibir el niño (fuera de mil pequeños cuidados atentos y cariñosos que una nodriza no sabe tomar) los primeros conocimientos y las primeras impresiones morales tan influyentes sobre todo el resto de la vida. En todas las cosas lo que importa mas es los cimientos del edificio.

B. — *De la educacion propiamente dicha, de las aptitudes especiales como bases de la vocacion, y de la necesidad de dejar á las facultades humanas su coordinacion natural.* — La educacion propiamente dicha toma al hombre á su nacimiento y tiene por mision presidir á su desarrollo físico, intelectual y moral. Nada puede crear en él y tiene forzosamente que limitarse á sacar partido de los gérmenes que existen, á restablecer la armonía favoreciendo el crecimiento de los unos, comprimiendo los otros, segun que son buenos ó malos.

Seguramente la especie humana es una, pero en esa unidad hay diferencias, cuyo número, propiamente hablando, es igual al de los individuos. Porque al mismo tiempo que las facultades humanas son iguales en cada sér particular por su naturaleza y su número, difieren de tal manera por su fuerza y su agrupamiento en derredor de una de

(1) Quæ lactat, mater magis quam quæ genuit.

ellas que domina á las demas y determina su carácter, que en general llaman la atencion mas las diferencias y las desigualdades que las analogías.

Una educacion hábilmente dirigida puede modificar las diferencias que separan á los hombres, pero nunca pueden ser completamente borradas. El cultivador no busca en las plantas mas que las propiedades que en ellas son naturalmente predominantes; no va á pedir azúcar á la que no puede dar mas que fibras textiles, ni aceite á la que no contiene mas que fécula. ¿Por qué, pues, cuando se trata del hombre, descuidando las facultades innatas, los predomios naturales, se pretende con tanta frecuencia crear por medio de la educacion aptitudes extrañas á su naturaleza, para confiarle mas tarde, en la sociedad, funciones que no le estaban destinadas, y por las cuales no tenia verdadera vocacion?

Las aptitudes especiales son el fundamento natural de la especialidad de las funciones que cada hombre está llamado á ejercer en el mundo. Nada hay, pues, mas digno de la atencion de los padres, de los maestros y de los mismos niños, porque no puede suceder al hombre desgracia mayor que extraviarse en la eleccion de una profesion. ¿Qué mas triste descubrimiento se puede hacer que el de reconocerse impotente para satisfacer su conciencia, cumpliendo todos los deberes de su posicion, porque las facultades que se poseen no están en armonía con ella? Las naturalezas buenas y distinguidas no están al abrigo de esta desventura, á la que su espíritu de sumision

las conduce frecuentemente. ¡Cuántos de aquellos que á nuestro lado, atacados sin causa aparente de una incurable tristeza, pasan por la vida como vencidos que conocen su derrota, son así heridos en la fuente de la vida, y guardan el secreto de ese mal que con demasiada frecuencia no tiene remedio!

Pero cualquiera que sea la importancia de las aptitudes especiales y el cuidado que en ellas ha de ponerse, no deben sin embargo ser las únicas cultivadas. Al ocuparse de las disposiciones predominantes, se debe tambien no descuidar las que no son mas que secundarias, porque todas las facultades se ayudan unas á otras y se prestan recíproco apoyo. Por otra parte, las disposiciones especiales no tienen todo su valor y no están exentas de peligros sino cuando no rompen demasiado sensiblemente la armonía, porque hay un límite mas allá del cual se encuentra el estéril y peligroso reino de la excentricidad, límite del de la locura. Además, no revelándose siempre desde la infancia las aptitudes especiales, ni en la misma época de la vida, es prudente dar á la educacion general todos los cuidados que merece.

Así todas las facultades del hombre deben ser cultivadas y fortificadas por la educacion; las del cuerpo, como bases de todas las demas; las de la inteligencia por la precision del espíritu; y las del corazon por la virtud, la paz del alma, y la verdadera felicidad.

Educar á un niño es presidir al crecimiento, al desarrollo gradual de todas sus facultades, dejándoles su coordinacion normal, es decir, respetando

su personalidad y haciendo madurar todos los frutos divinos cuyos gérmenes están en su alma. Destruir la naturaleza propia de un hombre para trasformarle en un sér facticio, es una falta irreparable; tomarle á su salida del molde divino, siempre diverso en su perfecta uniformidad, y querer ponerle en un molde humano siempre demasiado estrecho y deforme, es desconocer la obra de Dios y atacarla; es alterarla queriendo reformarla, cuando solamente se necesitaria velar porque se mostrara conforme á su voluntad y á sus designios. Para eso no hay conocimiento mas seguro que el instinto maternal; ningun iniciador es superior á la madre y puede reemplazarla, porque la crianza moral no es para ella un deber ménos imperioso, una funcion ménos particular que la crianza física. A pesar de sus dificultades, la madre, sintiéndose llamada por Dios, cumple con felicidad esas funciones sublimes. María fué quien educó á Jesus, y quien « por El aplastó la cabeza de la serpiente », enérgica expresion de lo que el hombre cuya alma ha sido amoldada é inspirada por la mujer puede tener de poder para vencer el mal.

La educacion pública prematura borra muchas veces en el hombre el rasgo característico, destruye su naturaleza propia. En los años de la infancia, sobre todo, es cuando se puede fácilmente romper en el alma humana la pieza principal, el resorte mas precioso, el germen de toda su originalidad, y por consiguiente de todo su valor. Entónces el educador debe ser dulce, amante, tierno y paciente; arreglar su paso por el de su discípulo,

acomodarse á sus fuerzas, poseer el secreto de su carácter, ocuparse del individuo, de su corazón mas bien que de su espíritu; en una palabra, tener las cualidades especiales de la mujer, y salir de un corazón maternal. Lo deplorable es que la educación pública, instrumento siempre un poco ciego y brutal, rompe así, cuando es aplicado demasiado pronto, las naturalezas finas y delicadas. ¿Quién podría decir cuantas organizaciones privilegiadas se han perdido de esa manera para siempre?

Que el niño no sea pues llamado á recibir el fuerte alimento moral de la educación pública sino en el momento en que su personalidad esté suficientemente desarrollada, cuando esté asegurado el juego regular y normal de todas sus facultades y comiencen á ser bastante poderosas para que sepa ver, pensar y obrar conforme á las particularidades de su naturaleza.

* Pero que nunca sea interrumpida completamente la influencia familiar, porque la vida práctica del padre y de la madre debe obrar sobre las miradas y el espíritu del niño lo mas pronto y con la mayor frecuencia posible. Esto no quiere decir que los actos que la componen deban serle explicados, — el niño es observador : aprende por lo que ve tanto y mas que por lo que se le enseña, — si es testigo de la vida ejemplar de su padre y de su madre, ella influye sobre él y forma su carácter mucho mejor que las mas elocuentes lecciones. Nada puede reemplazar esa acción preciosa de la familia como medio de la educación moral, y es siempre sensible que el niño que debería sufrirla todos los dias pase largos años sin resentirla.

VI

LA VIUDEZ

Algunas veces la muerte viene á separar prematuramente á los dos seres que el amor habia unido. ¿Aquel de los dos compañeros que sobrevive á esa triste y fatal separacion se encuentra, cuando la union está rota, en las condiciones que han precedido á su formacion? Nó, sin duda, y el amor sobrevive á la muerte cuando ha sido verdadero y ha tenido por mansion una alma grande y fuerte. A la verdad, no se puede hacer de la viudez una regla estricta, y se ve todos los dias en la sociedad condiciones que excusan y legitiman nuevas alianzas. Pero « no se es con dignidad esposa y viuda mas que una vez (1), y el matrimonio solo conviene á un gran corazon que el amor ha llenado : « Conservo viva en mi seno la imágen de tu pureza, » dice Dante á Beatriz. « Yo amaba su virtud que vive todavía, » dice Petrarca. En fin, la madre de san Juan Crisóstomo escribe á su hijo estas bellas palabras :

« Hijo mio, Dios os hizo huérfano, y me dejó viuda ántes de lo que convenia al uno y al otro. No hay palabras con que pueda yo representar la turbacion y la tempestad en que se ve una jóven que acaba de salir de la casa paterna, que no

(1) J. Joubert, *Pensamientos, Ensayos y Máximas*.

conoce los negocios, y que el mismo día en que la voluntad divina la hunde en la mayor desolación que haya en el mundo, se ve obligada á tomar nuevos cuidados de que son poco capaces la debilidad de su edad y la de su sexo. Es preciso que se guarde de los malos tratamientos de los que la rodean, que supla á la negligencia de sus servidores, se defienda de su malicia, que sufra constantemente las injurias de los partidarios, la insolencia y la barbarie que ejercen en el levantamiento de los impuestos. A pesar de todos esos males, hijo mio, yo no me he vuelto á casar; he permanecido firme entre esas borrascas y esas tempestades, confiándome en la gracia de Dios, resuelta á sufrir todas esas turbaciones de la viudez, y sostenida por un solo consuelo, el placer de veros sin cesar, querido hijo mio. »

FIN

INDICE
DE LAS MATERIAS

LOS PRECEPTOS DEL MATRIMONIO

PREFACIO.	5
Plutarco á Poliano y á Euridice.	11
Preceptos	12

ENSAYO

SOBRE EL IDEAL DEL AMOR

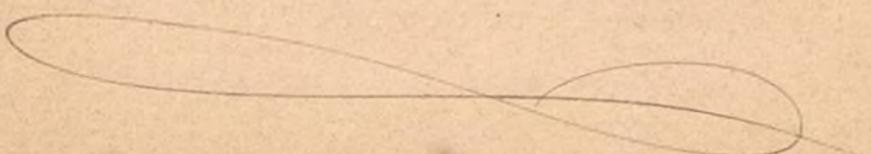
DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA

DEDICATORIA	43
PREFACIO.	45

PRIMERA PARTE

IDEAL DEL AMOR

I. Noción del amor.	49
II. Del corazón (ó del hombre considerado como sentimiento) en sus relaciones con la inteligencia y el cuerpo.	50



III.	De las fuentes del amor	52
IV.	El amor en la infancia	54
V.	I. Del amor en la pareja humana	57
	II. Ideal del amor moral	54
	III. Su tradicion	60
VI.	I. Del amor sensual	70
	II. Una palabra sobre las influencias hereditarias y la armonía de los esposos	73
VII.	Del amor ántes del matrimonio, ó de los despo- sorios	80

SEGUNDA PARTE

IDEAL DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA

I.	Nocion general del matrimonio y de la familia . .	87
II.	De las facultades humanas, de sus diferencias y de sus caractéres complementarios en el hom- bre y en la mujer	96
III.	I. De la investigacion de las conformidades mo- rales entre los esposos	105
	II. De los principios del matrimonio	107
IV.	Deberes y funciones del marido y de la mujer . .	111
	I. Funciones y deberes del marido	111
	II. Determinacion general de las funciones de la mujer	113
	III. Del gobierno interior de la casa	114
	IV. Deberes de la esposa como asociada del marido en su vida exterior	126
	V. De la vida íntima de los esposos, ó cómo se establece la unidad moral de la pareja . .	128
V.	De los niños, de su papel en la familia y de su educacion	133

DE LAS MATERIAS

137

I. Del papel del hijo en la familia y de su accion refleja sobre sus padres	138
II. El hijo y la hija	140
III. Algunas consideraciones sobre la educacion..	142
A. De la educacion anterior al nacimiento, y de la influencia de la crianza sobre las cualidades del alma	143
B. De la educacion propiamente dicha, de las aptitudes especiales como bases de la vocation, y de la necesidad de dejar á las facultades humanas su coordinacion natural.	148
VI. De la viudez	152

FIN DEL INDICE

